

CAMPOS, RAMÓN (1755?-1808)

DE LA DESIGUALDAD PERSONAL EN LA SOCIEDAD CIVIL

ÍNDICE

CAPITULO I

Del flujo porque nos hagan caso

CAPITULO II

Del flujo por armonizar

DIGRESION I

Congruencia de la cortedad del período de la vida con el flujo porque nos hagan caso

CAPITULO III

Modificaciones generales del derecho de trato

CAPITULO IV

Del desigual trato de entrambos sexos

La pasión del hombre

Frialdad natural de la mujer

Sujeción y fuego de la mujer

Congruencia de la cortesía con el bello sexo

CAPITULO V

Cómo la desigualdad de la pasión iguala el contrato de los sexos

CAPITULO VI

Desigualdad de pobre a rico

CAPITULO VII

Congruencia de esta desigualdad

CAPITULO VIII

Modificaciones de la desigualdad por la riqueza, y de la gradación de clases

CAPITULO IX

Congruencia de la gradación de clases

DIGRESION II

Del efecto de la solemnización del traje en los Clérigos y Religiosos

CAPITULO X

De la proporción de la moralidad y de la racionalidad con la cultura

CAPITULO XI

Del progreso de los amores y de sus congruencias

DIGRESION III

De la felicidad en general, y particularmente con relación a los amores

CAPITULO XII

De la decadencia de la ingenuidad

DIGRESION IV

Comparación de la vida del campo y de la ciudad

CAPITULO XIII

De la desigualdad por las cualidades interiores

Salud

Fuerzas

Hermosura

Virtud

Habilidades

Valor

Sabiduría

CAPITULO XIV

De las desigualdades facticias

CAPITULO I

Del flujo porque nos hagan caso

La filosofía moderna no reconoce en la naturaleza del hombre sino pensamientos, discursos y apetitos encaminados a la conservación del número uno de cada cual.

Para quien no ha hecho estudio por libros somos un conjunto de flujos o como manías naturales que, inútiles en nuestro concepto, nos llevan sin embargo a todo cuanto, o por lo menos a casi todo, lo que hacemos. Y sin pensarlo, nos tienen en la vida racional que nos distingue de los animales. Al modo que éstos, por otros flujos o manías, también sacadas de nacimiento, hacen indeliberadamente y cada cual en su especie la vida particular que los caracteriza.

De nacimiento tenemos que respetar la comunidad de nuestros semejantes, en términos de ser infelices o dichosos, según el modo con que nos miren.

A solas, se está con entera libertad, y hace uno lo que quiere. Con testigos, aunque nada hayan de decir, no hace uno lo que quiere, se siente menos libre, sin saber por qué.

El vernos registrar para otra cosa que para hacernos caso, es una violencia incomprensible que saca los colores. Delante de muchos, como no sean sus súbditos, uno solo se encorta. Y al pasar por donde haya gentes en observación, se llama pasar baquetas.

Cuando nos reparan, nos estudiamos hasta en el paso. Si conocemos intención de criticar, nos indispone; pero si es por admiración o por cariño, engríe o enternece, y el exterior rompe impensadamente en los ademanes correspondientes a estos movimientos interiores.

El que, de estudio, no nos miren, el que no hagan de nosotros el asunto que creamos merecer, incomoda mucho. Al que va en tono de presunción es castigo de discretos no mirarle. No mirarle es mostrarle que no hace eco, que no es objeto digno de la curiosidad que él parece suponer en su aire tan estudiado, es apearle del rango de su fantasía, es mortificarle.

De aquí dimana el uso de saludar, de quitarse el sombrero, no volver espaldas, escuchar al que habla, responder al que pregunta. En una palabra, el uso de hacer de las personas que encontramos o con quien estemos, el asunto que parece natural hacer, y por el cual todo el mundo tiene flujo.

Pero en este flujo hay dos extremos. Unos, creídos que son más papel que los otros, que ellos deben hacer más sensación; que, en vez de mirar, son para ser mirados, no miran a nadie si no se les hace antes una grande cortesía; miran comúnmente como al descuido o muy por encima, como desdeñándose de hacer alto, no sea que los otros entiendan que ellos se tienen en menos. Y no habiendo motivo para tal engreimiento, se desazonan del chasco que les dan cuantos los encuentran, y siempre están de mala cara, como para hacerse respetables por la condición y por aquel aire como asustador. Un fachenda¹ así es muy repugnante.

Pero si el tenerse en más de lo justo es defecto, no lo es más pequeño tenerse en menos. El que se tiene en menos, él mismo se baja a inferior clase: su aire, sus palabras, sus cortesías, la gente de su roce, todo es menos de lo que le corresponde. Los de su clase se desdeñan de su vulgaridad y poca estima; los de clase inferior también le murmuran el poco decoro, porque parece natural que cada uno se trate con toda la dignidad que le corresponde, y el que así no lo hace lo pasa mal en el mundo.

Un hombre poco sentido, que sufre menosprecios y que, sufriendolos, llama nuevos menosprecios; que no vuelve por sí, que no apoya su derecho, sino se tiene a raya, irá decayendo de concepto y de trato gradualmente hasta tratarlo y tenerlo todos por un tonto. Porque la tontería, como bien observa un escritor Escocés,² no consiste tanto en la falta de luces como en la falta de carácter. El que tiene resolución, y apoya lo que dice, aunque sea un disparate, no se le burla en su cara nadie. Pero el irresuelto o apocado, aunque tenga muchas luces, cede a todos, y en consecuencia, todos se le ponen encima, todos lo desprecian y le hacen burla. La tontería viene a ser una especie de apocamiento, conforme la locura suele consistir en sobra de resolución. Los hijos educados con mucha sujeción y acostumbrados a deferir siempre al dictamen y arbitrio de sus padres adquieren una irresolución que los inutiliza para cualquier manejo, y acaso les hace pasar plaza de tontos a despecho de sus buenas luces. Es fácil de concebir que las facultades del ánimo se emboten con el no uso, a la manera que los miembros del cuerpo, en no ejercitándose, se entorpecen, pierden el movimiento, y se inutilizan para siempre.

Prescindiendo del efecto de la costumbre, el tener más o menos resolución es cosa que se saca ya del vientre de la madre. Y el concepto del valor y dignidad de uno mismo es un sentido tan variable por naturaleza como la cara, la estatura y todos los sentidos y facultades del hombre. Hay cortos de genio que, en viendo juntas dos personas, ya se inmutan y descabalan. Y por este estilo es el caso de los tontos, y quizá el de los tartamudos. Hay vergonzosos y desvergonzados, como pusilánimes y arrogantes. Hay quien no tiene talento sino de aparentar tenerlo: hombres de desparpajo, de lucimiento, de ademanes oportunos, y de un exterior feliz, que emboban el mundo sin tener ninguna cualidad digna. Al contrario otros, instruidos, profundos y dignísimos, no lucen, tienen rasgo, no admiran, por falta de carácter o de concepto propio. Así es también en otras cualidades: algunos, gastando poco, pasan por rumbosos; otros, derrochando, pasan por mezquinos.

Concluamos que el conceptuarse y conducirse uno de modo que todos le hagan caso y se inclinen a darle su derecho, es una de las partes esenciales en el hombre.

En lo cual es de notar que el derecho de que aquí se habla no es el derecho en punto de haberes, sino el derecho en punto de trato, que es el que constituye la distinción, el aprecio, el rango, y la jerarquía de las personas. De este derecho es del que naturalmente somos más celosos. Y por mucho que la filosofía grite que de la distinción y de los cumplimientos no se nos pega nada de substancia, lo cierto es que no hay inclinación más natural que la de tener suposición, o que nos hagan mucho caso.

Todo se arrumba por el flujo de hacer papel, por sonar, o por hacer viso. Nadie que no es mendigo quiere dejarse ver lleno de jirones. Es bien corriente tratarse como Estoicos en la casa para parecer Epicúreos regalados por la calle. Las doncellas de mérito, entendimiento y conveniencias se entierran en vida, casándose gustosamente con cualquier sileno que las mantenga en ostentación. Pocos hijos y ningunos padres dejan de consultar para el matrimonio la razón de estado. Razón de estado quiere decir, medios o esfera en el un contrayente para no desdecir del otro en viso.

El afán con que nos exhalamos por mejorar la suerte no es por mejor mujer, de pan, de sueño; ni lo material de los objetos de ostentación tiene de su atractivo alguno. A solas acomoda tanto una piel como el mejor vestido, un plato como el mayor banquete, la choza como el palacio, y el ir a pie como el andar en coche. Los gustos materiales de la vida están al alcance de todo el que tiene brazos. Y la felicidad animal puede hallarse en cualquier parte.

Sin embargo, todos estamos inquietos por el equipaje, la vivienda, el tren. El pobre se desvive por rayar entre sus iguales, el rico por sobresalir en la ciudad, el grande quiere estremecer el reino, y a los monarcas se les hace poco un mundo. Estos son los pensamientos que nos embeben día y noche, y nos hacen llevar con gusto los sudores del trabajo o el yugo de las leyes.

El mercader se encarcela, mísero, a pasar vergüenzas del continuo engaño, ciego idólatra de la talega; y el labrador quiebra diario con el sueño por anticiparse al sol entre hielos y asperezas. Mientras, otro traspone el mundo a buscar patria nueva, o se alista en hambre para quizá teñirse en la sangre de su propio hermano: ufanos y envidiados luego, si al cabo del reniego de tal vida logran hacer un poco más ruido.

Otras pasiones tienen sus intermisiones, sus períodos, sus edades; y basta caer enfermo o entrar en años, para hacer tregua con ellas y quizá desalojarlas. Pero viso, distinción, poder, como objetos sin coto, así hacen la impresión. Cuanto más se disfrutan, mayor sima abren en el pecho. Y el período propio de esta pasión es desde la vez primera de abrir los ojos hasta la vez última de cerrarlos.

Hay muchas apariencias de que el don de la palabra procede del flujo por tener quien nos atienda y nos acompañe en las sensaciones y pensamientos, o de que el romper en habla los niños es efecto de una inquietud y como esfuerzo central por traer al compás de su exterior el exterior de los otros hombres.

En cualquier cosa que les hace gracia a los niños, mudos aún, es su flujo general señalarlo con el dedo, gesto y voces a los demás, llamándolos a hacer caso de su alegría y alegrarse con él. La voz, por tener la ventaja de entenderse con luz o a oscuras, de cara o de espaldas, y juntamente muchas más inflexiones o diferencias que ningún otro elemento del hombre, gana la primacía para la comunicación, como los metales preciosos ganan la primacía para el cambio por razón de su divisibilidad, inalteración y poco bulto.

En sus desazones, los niños, al ver gente, redoblan el lloro, no porque los socorran, sino por lo material de la compasión, o de que les hagan caso; y en viendo que los compadecen se aquietan. Al niño que llora, el modo más seguro de acallarlo es llorar con él. Y cuando le da pasión de risa, se ríe doble si hay otro que también se ría.

Ni el horror de la muerte nos contiene del flujo de señalarnos, y de que nos hagan caso. No se encaminan a otro intento los funerales y la pompa, y las memorias que se testan. Los mismos que salen al suplicio se esfuerzan, se reprimen y toman un aire de serenidad para llamar la atención hasta en el modo de dar el alma.

CAPITULO II

Del flujo por armonizar

Además del flujo porque nos hagan caso, tenemos otro flujo por igualar unos con otros el exterior, y el que se pone al revés de los demás, siendo sus iguales, pasa por insolente o por insensato.

Así, el que llora se reprime en viendo gente; y si llorara por la calle, hiciera reír a todos. Con el que está en cólera es arriesgado el reírse; con el afligido parece falta de sangre no mantenerse siquiera serios. Donde todos están serios es inmodestia principiar a risotadas; si están sentados, lo es tenderse o pasearse por el medio; si no comen, está mal visto comer; si descubiertos el cubrirse, etc.

Entre los que están con recogimiento escandaliza el desahogo, y entre los que están con desahogo disuena el aire de reserva. Y los ademanes de amores están muy feos delante de cualquiera.

Cuán doloroso y mal visto es estar fuera de esta como armonía y, por ejemplo, echar un chiste de que no se ría³ sino el autor, o tener una singularidad que nadie acompañe: tanto complace el verse acompañados. La alegría cunde a proporción que se parte; los quebrantos se aligeran con que los sientan otros, y las cuitas se consuelan mucho con sólo que nos las oigan compasivamente. Cuando hay algún gran motivo de júbilo, se convida, se hace fiesta, se difunde a los demás, para estar acompañados. Porque, como suele decirse, a uno solo nada le luce.

Así como gustamos de que nos acompañen, tenemos también el flujo por acompañar. Es natural correr a los ruidos, a las desgracias, a la enhorabuena, al pésame. Con el más pequeño motivo se acude a estas extrañezas. Y el gusto de acompañarlas, paga por la incomodidad.

Por este flujo de no ser solos nos reportamos en aquellos movimientos o pasiones en que a los demás les tuerce el temple el acompañarnos, o no son de su genio o actual disposición.

Por la misma razón cubrimos las carnes. No por el frío o el calor, como se dice vulgarmente, sino para ocultar las singularidades involuntarias en que incurriéramos a cada paso con desazón de los demás o con mucha irrisión nuestra. Porque las singularidades que no están identificadas con la persona no las perdonan ni aun los hijos a sus propios padres. La burla que de resultas de embriagarse dio Noé a sus hijos, es sumamente natural, y la desazón que da cualquiera obscenidad, dimana originalmente de que por naturaleza propendemos a recatar las singularidades que pueden recatarse. La4 publicidad de las obscenidades que suele decirse de algunos pueblos es una mentira manifiesta. Y cuanto se refiere de Príapo y de la antigüedad de la cruz en alusión solemne a lo más pudendo de la naturaleza, puede defenderse a cierra-ojos que es una fábula. Es muy verosímil que la vergüenza que, a pesar del vicio y de la costumbre, sienten los sexos en descubrirse los órganos de la generación, dimana radicalmente de la incomodidad general que causa la desarmonía. Hasta la falta en el color o en la cantidad del pelo tuvieron los hombres que cubrirla luego que ocurrieron medios para ello. Y los que dicen que la peluca y los polvos son efecto de la vanidad entienden bien poco de moral. El hacer gala de un cráneo relumbrante o de unas barbas muy crecidas no arguye mucho seso. Y si a malicia va, tanta o más vanidad puede hacerse de la calva y de la crecida barba como del pelo postizo y del afeitarse cada día. Tanto se abusa de las miserias de la naturaleza como de sus correctivos.

Los trabajos mismos y las desgracias son objeto del alarde. En una cárcel o en un presidio, el más célebre es el que conoce más aquella casa o aquel grillete. Suelen juntarse en corro a contar sus trabajos. Al que cuenta poco lo interrumpen porque no cuenta cosa digna. Y aquel malhechor que más delitos tiene y en más calabozos estuvo suele ostentarse desentendidamente y en aire de ferocidad, cuando por las admiraciones y las señas comprende se está haciendo conversación a los forasteros de sus atrocidades y desastres, y de su infalible mérito para la horca. El crimen se mira allí dentro como un título para las incumbencias que producen alguna granjería. Y el cobrar el barato es la regalía del más forajido entre ellos.

Aunque se pierda honrosamente un brazo, siempre parece bien llevar dos mangas. Al contrario, fastidia el oficial que, quizá por huir del enemigo, llevó un balazo, y casi le pone un marco con su cristal a la cicatriz para hacerla más señalada.

En la repugnancia de estar al revés de los demás está el principio que los Juristas Alemanes controvierten flemática e inútilmente muchos tiempos hace, y a que dan el nombre bárbaro de principio cognoscitivo del derecho natural. Quiero decir, para que todos lo entiendan: la afrenta o desazón que se siente de estar al revés de los demás es el principio o la causa de que cada cual se atempere al sentir común, y la especie viva bajo la ley y los estilos que más cuadran con sus instintos indeliberados, sin ser posible en ningún tiempo sino una sola y mismísima ley natural, bien que modificada según las circunstancias de cada período social. Porque suponiendo lo que se debe suponer, por ver retratada en todas las historias y poemas antiguos, nuestro propio corazón moderno, suponiendo, digo, que la especie no ha padecido la degeneración sustancial que escandalosamente le suponen los más de los escritores, bien claro es que los movimientos espontáneos o indeliberados, o naturales, de todo hombre imparcial son los mismos en

todos los tiempos. Y por tanto, cualquiera halla en el semblante indeliberado de los demás un mismo freno o una misma regla para conducirse sin disonarles. Lo que, puestos en nuestras circunstancias, aprobarían o reprobarían los antiguos, eso mismo es lo que el corazón imparcial de nuestros contemporáneos o vecinos les dicta aprobar o reprobar. Y lo que nosotros, puestos en las circunstancias de los antiguos, hubiéramos aprobado o condenado, eso propio es lo que ellos aprobaron o condenaron.

El ser, pues, una sola la ley natural, consiste en que el pregonero de ella no es el sentido o la pasión, o el discurso del individuo, sino el movimiento espontáneo o indeliberado del resto de sus semejantes, es decir, el movimiento fijo de la especie.

La ley natural es indeliberada para la especie, pero es reflexionada para el individuo. Porque éste, para conocerla a despecho de su pasión, tiene que atender al rostro o demostración natural de sus semejantes. Y por consiguiente, para que la ley natural hiciese fuerza, es decir, para sentirla pregonada en el corazón, para sentir ésta su coacción interior que llamamos el grito de la conciencia, era indispensable que la propensión por no estar al revés de los demás, la propensión por atenderles al rostro, y estar acordes, fuese el flujo, o pasión natural más fuerte.

Porque si tuviésemos algún otro flujo naturalmente más fuerte, es claro que éste nos daría la ley. El flujo, pues, por no estar al revés de los demás o, en otros términos, el flujo por consonar o armonizar con los demás, es evidentemente el instinto o principio cardinal de la moralidad.

Es cierto que los otros flujos o pasiones suelen distraernos por el momento, retrayéndonos de atender al grito de la conciencia o desazón de ver contra nosotros el semblante de los otros hombres. Pero en cesando el rapto de la pasión, en enfriándonos, en mirando nuestro lance con los ojos imparciales de los demás, la fuerza que éstos nos hacen asumidos por imaginación, nos desazona de nuestra conducta, y nos hace conocer en esta erupción mecánica o espontánea de toda la especie a la vez, no tanto nuestro interés o nuestra reflexión, como el destino forzoso de nuestra existencia y la voluntad despótica y poderosa de quien nos la diese.

El mismo discurso puede aplicarse a lo que llamamos buen modo o decencia. Pues las reglas de decencia, los estilos de crianza, y las leyes de justicia, todo procede de un mismo principio, todo tiene un mismo género de moralidad, y no hay otra diferencia sino la calidad o cantidad de la coacción.

El que viola las leyes de justicia, se acarrea la cólera y la venganza de toda persona imparcial; el que quebranta las reglas de la decencia, se acarrea el odio y menosprecio; y el que falta a los estilos de crianza, se acarrea el desconcepto y la irrisión,⁵ y si su falta choca con la dignidad y honra natural del agraviado, se acarrea también la venganza proporcionada en el pecho de todo el mundo.

Cólera, odio, desconcepto, e irrisión, conforme son distintos movimientos en el que los tiene, así también hacen distinta impresión en aquél contra quien se dirigen. Y esta

diferencia de pena o de sanción es la única diferencia que hay tanto en la coacción interior o fuerza de la conciencia del agente, como en la censura o apodo moral del espectador o del agraviado en cada caso.

Pero debe advertirse que en todos los tres casos de quebrantar la justicia, la decencia o el modo, siempre la sanción parte del interior de los otros hombres. Y el sacerdote de la naturaleza, tanto en los puntos graves como en los de menos consecuencia, es bien el sentido de los otros hombres; pero su oráculo es el rostro indeliberado de ellos: ¡oráculo tremendo, que sin truenos ni conjuros, hinca de rodillas al déspota más impune!

La pasión, pues, y los apetitos que desenfrenarían al hombre, los contiene el solo principio de su propensión por estar armonizados con los otros. Esta propensión, por ser perenne, puede llamarse gravitación armónica. ¡Sencilla naturaleza! Por una gravitación hace familia una especie animal, conforme por otra gravitación voltean en sistema los disparados carros de los planetas.

Si el flujo por no disonar de los demás es el instrumento de la moralización del hombre, también el flujo por tener quien esté a nuestro igual, el flujo porque nuestros movimientos interiores tengan correspondencia en el corazón de los demás, es el móvil que nos impele a la sociedad, o que, nacidos ya en ella, nos la hace mirar como el elemento de la vida. De suerte que la sociedad política no es efecto de ningún contrato expreso ni tácito, sino una erupción espontánea e indeliberada, procedida únicamente de la propensión natural a la compañía con nuestros semejantes.

Tantos males como se dicen de la sociedad, no hay quien tenga valor para dejarla, ni ningún tirano pudo hacerla bastante desagradable para disolverla.

La soledad parece bien desde poblado, como el campo desde los balcones. Tal es panegirista de la vida silvestre que no puede sufrir un mes de campo.

Todos los males son sufribles menos el de estar a solas. Este es el más penoso castigo para hombres y para niños. El salvaje y el hombre del campo aborrecen la ciudad por hallarse ridículos en ella. En traje, en estilo, en lengua y en modales se diferencian de nosotros: si se nos interesan, nos reímos; y ellos, afrentados, huyen a su aldea o a su tribu, donde encuentran mejor liga. Propiamente, prefieren la sociedad mayor a la menor, con la diferencia de ser mayor para ellos la que es menor para nosotros.

Creerse contentos en un desierto con la persona que más se estime, es dicho para los rincones del amor, no para el teatro de la filosofía. La idea de la hermosura se borra en quitándole las contraposiciones que la constituyen, como la delicada flor que en la planta parece bien, y al ir a cogerla para mejor gozarla, tal vez cae deshojada, dando su esencia al viento.

Los escritores que injertan en amor propio las raíces del corazón no ven, groseros, otro atractivo de la sociedad si no es la comodidad y conservación. Nuestra reunión la

representan como nacida, no de la propensión a reunirnos, sino de la aversión reflexionada a las fieras y a la hambre.

¡Cuántos no pudieran llevarse las seguridades civiles y las servidumbres domésticas a un despoblado, y sin embargo es menester el furor de la venganza o una especie de locura para ejecutarlo!

El equipaje y las conveniencias no son grillos suficientes para aprisionarnos.

Nadie gasta lujo y delicadeza a solas. Y sin los ojos de los otros hombres valen bien poco las conveniencias.

Lo que llena el corazón de una persona es las otras personas. Los males los consuela la compañía; los placeres los aumenta la compañía. La principal parte de los gustos consiste en ver que los demás los tantean en su imaginación, y nos acompañen en la alegría, o bien nos hagan admiración.

La hermosura del campo es relativa como todas. Y sin la novedad, la singularidad o la contraposición, no hay nada que parezca hermoso. Ninguna cosa tan hermosa como el sol y si nunca se pusiera fastidiaría pronto. La primavera es bien hermosa, y si todo el año fuese primavera, se estimaría poco: los países donde tal sucede no son tan agradables como donde se goza la variedad de las estaciones.

Lo que más nos atrae en los objetos del campo son los animales. De éstos, los que queremos más son aquéllos que se nos sujetan: los querríamos más aún si tuviesen lengua para explicarse con nosotros; se querrían más si fuesen personas. Nada llama tanto el cariño de un hombre como los otros hombres.

Entre el interés que tomamos por un bruto y el que tomamos por una persona viene a haber una diferencia como la que se nota en la afinidad de las partículas heterogéneas y la de las homogéneas. Para salvar a uno de nuestra especie matáramos todas las especies animales, y no se nos hiciera desproporcionado el sacrificio. Al llegar al rostro de nuestros semejantes, sentimos una fuerza incomprensible que nos atrae. Y esta como afinidad o atracción es en el mundo moral, al modo de lo que sucede en el mundo físico, la causa de desentendernos de los otros entes y reunirnos. El pez nace destinado al agua, el ave al aire, y el hombre no se halla si no es en la sociedad.

Repitamos, pues, que el flujo por armonizar es el impulso social, y la desazón de estar desarmonizados con nuestros semejantes es el móvil de la moralidad y racionalidad del hombre. Pero por lo que hace al objeto de este escrito, basta considerar ese segundo flujo en general como el principio que es de las reglas del buen modo. Es decir, de aquellas prácticas que caracterizan la especie racional en cada período de la sociedad y que, en medio de no tener razón antecedente alguna, son tan naturales que pasaría por un irracional quien no les conociese la propiedad.

Todos nos sentimos con derecho al buen modo, a pesar del necio dicho de los libros del día que miran como indiferente todo aquello que no hiere ni en la salud, ni en los haberes, ni en la libertad, ni en la conveniencia material. Ningún escritor ha considerado hasta ahora el derecho de trato. Sin embargo, la igualdad o desigualdad de este derecho es lo que constituye la igualdad o desigualdad civil. El faltar al derecho de trato es una de las cosas que más desazona al agraviado; conforme al transgresor, cuando lo reflexiona, lo sofoca de vergüenza. Por lo contrario, el cumplir finamente con los modales granjea las voluntades, y tiene el mundo quisto.

Este derecho no es de la misma extensión en todas las personas, sino que guarda ciertas variaciones bajo reglas fijas cuya naturaleza se explicará bien pronto.

DIGRESION I

Congruencia de la cortedad del período de la vida con el flujo porque nos hagan caso

La presunción de la mayor experiencia y conocimiento, y la raíz honda de sus cuentas y costumbres hace punto en los ancianos el no dejarse corregir y el ser quejicosos a todo género de novedades. El adoptar las modas y los nuevos estilos, el deshacerse de su traje y trato por tomar el traje y trato moderno, sería reconocer que aún necesitaban de corrección en sus ideas acerca de la propiedad, comodidad o elegancia. Y así, el viejo que se va mucho con lo moderno se acredita de tener poco juicio. También la autoridad de los años da acción para vestir y tratarse casi como les dé la gana. Y los ancianos que no usan de este fuero, los que se atienen rigurosamente a la moda, quedan tan desafortados y ridículos como aquél de ellos que tiene la debilidad de casarse o hacerse el igual con una niña.

El vestido propio de los ancianos, bien que en él luzca la riqueza, ha de ser un vestido cómodo y holgandero, el pelo postizo no deben llevarlo muy disimulado, su modo de presentarse no ha de ser violento ni estudiado. El lenguaje que les cuadra es un lenguaje pausado y de poco adorno. Todo el porte de los viejos debe parecer animado de aquella frialdad que inspira, como suele decirse, el desengaño del mundo.

Pero esta cachaza exterior no procede tanto de tenerla interiormente, como del miramiento por el rango. Ni la dejadez de la edad madura es de suyo más virtud que la prolijidad de la edad lozana.

El ceremonial de la marchita clase, esto es, la frialdad de sus estilos y de su trato proceden realmente del calor por hacer viso. Y si se ahonda un poco, hay más presunción en los ancianos que no en las edades inferiores.

Por lo mismo que se amortiguan las otras pasiones en que se cebaban los pocos años, la de hacer viso queda menos distraída, se concentra y domina más.

Parece que la experiencia debe enseñar a poseerse y disimular mejor los propios flacos. Pues a pesar de esta ventaja, el anciano es cabalmente quien menos disimula su flujo por sobresalir, y de consiguiente lo tiene con más fuerza.

Sin embargo de ser palpable que con los años no se abren tanto las luces como con el estudio, no hay viejo alguno que en punto de gobierno político y de manejo baje cabeza al mozo más sobresaliente. Y si éste lo necesita, hiciera muy mal de empeñar con aquél ninguna disputa, y en no mirarse mucho aun en el modo del mero contradecirle.

Generalmente todo viejo es amiguísimo de mandar, y de que se le haga la venia y acatamiento. En todas partes exige una deferencia⁷ excesiva, como si en el mundo no debiera de haber más rango que el de las arrugas. Siempre está con la palabra experiencia en la boca, como suponiendo que el perder el pelo es el único modo de hacerse racionales; y no obstante, quiere lo sean quienes lo conservan todavía. Por maravilla se le ve la cara alegre. Siempre está tachando, siempre reprendiendo y sonrojando con descaro, haciéndose aborrecible que conviene para que la muerte que se lo lleva nos haga no ahogarnos mucho de la pérdida.

En los viejos que llegan a edad muy avanzada, es corriente envanecerse de sus años, contarlos intempestivamente y hacer del Matusalén, diciendo, sin venir a cuento, que el tener la boca sin huesos les es una preeminencia más rancia que una ejecutoria, y acompañando de muchacho criatura, y de gesto de menosprecio, cualquier otro bisabuelo que nombren y que no sea tan caduco como ellos. Y se hacen una gloria de llamar ayer o anteayer el año de Añañita o las guerras de Felipe V. Otros aburren a todo el mundo con la gala misteriosa de la quebradura o alifafe que les hace tal vez medio acertar la proximidad de la lluvia o la mera mudanza del tiempo. Tanto puede el flujo por distinguirse, que hasta de las miserias y vergüenzas hace honra la edad que presume de más juicio. Es mucha debilidad en unas canas venerables estar ciegas de ambición y ser alabanciosas en términos de no guardar el miramiento y el decoro que es tan común en la gente joven.

Cuanto más hábil es un joven, tanto más amable se hace, al modo que los hombres más pudientes son los que visten un diario más sencillo. El estudiante de mucho fondo hace alarde de ocultarlo, a no ser en ocasiones grandes, bien así como el magnate no envidia su poderío sino en los casos de lucir. El que de ordinario relame mucho su estilo, o menciona intempestivamente su carrera, o hace estudio de términos facultativos, se acredita de estudiante adocenado; bien así como el que se mira la ropa o hace asunto de sus pequeños muebles o dijes, en vez de acreditarse de pudiente, vocifera en ello su información de pobre.

El de grandes talentos, fuera de las ocasiones solemnes, no luce si no es cuando se electriza y rompe en un torrente de ideas grandes y precipitadas que confunden al pedante que lo provoca. Entonces, las expresiones salen estampadas en la valentía y en la soltura con que corta el pensamiento, y cada rasgo lo caracteriza con más admiración por lo mismo de no producirse de pensado.

Los estudiantes de poco talento son descubiertos en el momento que se calientan. Por bien que hablasen antes, entonces infaliblemente lo echan a perder. Estos tales, en lo ordinario miden todas sus palabras, se escuchan cuando hablan, y en la misma sencillez postiza que quieren aparentar, y que tal vez deslumbra a quien sabe poco, demuestran su futilidad y petulancia al buen conocedor.

No tenía Cicerón, ni con mucho, el fondo que le supone el erudito, pero pesado, escritor de su vida.⁸ Por poco que se atiende, se echa de ver que la afluencia de Cicerón no era afluencia de ideas, sino afluencia de palabras. Puede decirse que tiene verbosidad, pero no elocuencia, y así en toda traducción pierde infinito. No hay oración suya cuyo contenido no pueda ponerse en el diezmo de papel sin perder nada de su claridad y fuerza. En sus obras son rarísimas las imágenes: prueba de la poca energía de sus conceptos. Y así, cuando quiere realzar una cosa, miente y adula. Bien claro se ve en su retumbante elogio de Cneo Pompeyo.

Todo el que se alaba a sí mismo es por conocer no tienen mucha opinión de él los circunstantes. Todo el que se alaba choca con éstos, les produce un efecto contrario al intento de las alabanzas, y de consiguiente es un mentecato. Pues no se alaba poco Cicerón en la divinación contra Cayo Verres, cuando dice sin sustancia y sin propiedad que desempeñó la Cuestura en Sicilia de tal modo, que les dejó a los sicilianos una memoria eterna y diurna de su nombre. Y en la oración por Archias también principia haciendo presentes sus propias habilidades para ponderar a su ahijado. Siempre que podía, Cicerón traía de los cabellos la ocasión para hablar de sí, al modo que las damas presumidas nunca pasan por el espejo sin darse alguna ojeada. El tratado De oratore parece escrito con solo el designio de recomendarse, ocupándose mucho en encarecer sofística y localmente la dificultad y la infinidad de ciencias necesarias en un orador, y casi nada o nada en la directa explicación del arte. No sé si alguno de sus fanáticos comentadores ha hecho la observación, y si ha caído en la notoria malicia y vanidad del título.

Bien es verdad que los escritores romanos más insignes solían pecar de alabanciosos. Lucrecio, sin embargo de su mucha agudeza, tiene el flaco de alabar él mismo sus versos, y no una vez sola en el cuerpo del poema. Horacio, tan sesudo⁹ como era, se cantó miserablemente en las odas Exegi monumentum y en Non usitata. Virgilio, siendo tan bondoso, parece que en su Melibeo se disfrazó bajo el nombre de Coridón para darse unos elogios desmesurados. Más valiera que los hubiese tributado a su maestro griego, cuyas finas ocurrencias él lucía con la opulenta ropa que era su talento saber poner.

Salustio y Tácito tienen una elocuencia muy distinta de la de Cicerón. Brillan no sólo por lo exquisito de los conceptos sino por el modo de casarlos, y por la brevedad de su expresión, vaciándolos de un modo que su expresión es más simultánea y consiguientemente de mayor efecto. No de otra suerte que en las potencias mecánicas, cuando se resumen todos los grados sucesivos y se descargan en un momento, como en el golpe de un martillazo, se produce un efecto incomparablemente mayor y se remacha un hierro que no cedería a los pesos más enormes. Salustio, pues, y Tácito, ponen las construcciones de un modo, que antes de ver la última palabra de cada una, no significan

nada, pero esta última cierra y da idea de todo el concepto, procediendo de aquí la sorpresa continua que se experimenta en la lectura de estos dos escritores elocuentísimos.

Si se quiere palpar la infinita distancia de Salustio a Cicerón, no hay sino comparar las dos arengas de Catilina y las cuatro que Cicerón escribió en contra de él. En las primeras, que son de Salustio, la causa es mala, y en las otras es buena; en aquéllas habla un sujeto de ninguna dignidad a un auditorio bajo; en las otras habla un cónsul Romano a presencia del senado. Las de Catilina están dictadas por un historiador frío; y las otras por un interesado de cuya vida y honra se trataba. No obstante esta desventaja de circunstancias, es tanta la ventaja de la elocuencia de Salustio, que casi da lástima el ver luego deslogrado el atentado de su héroe. Cicerón no sabe ni aun explicar la cólera. Por mucho que llenen la boca aquellas expresiones del Quousque tandem, o la flema del Tandem aliquando, y la machaca del abiit, excessit, evasit, erupit, no se descubre ni una sola cláusula de finura política, ni hay en las cuatro oraciones sino un alboroto frío.

Plinio, el del Panegírico, es breve y cortesano en las palabras, largo y poco fino en los conceptos. Su panegírico parece hecho absolutamente sin otro plan que el de arañar adulaciones para mantenerse hablando un par de horas. Horacio es quizá el más elocuente de los latinos, porque a la brevedad y simultaneidad de la impresión añade aquella facilidad de casar las cosas más distantes, y los felices epítetos o graciosísimas digresiones con que caracteriza al paso cada cosa, dando a entender que no sólo estaba en los por mayores, sino también en los más pequeños pormenores. Pero es menester confesar que el lenguaje de Horacio tiene poca soltura por lo general, descubriéndose en él la reflexión más bien que no la vena.

Entre los poemas modernos, Gessner¹⁰ tiene una soltura como la de Píndaro y Anacreonte. J. J. Rousseau ha descubierto un estilo que no se conocía antes. Él vacía por decoro toda la intensidad con que lo hería el pensamiento; y a pesar de su poca invención y no mucho juicio, nadie ha tenido una elocuencia tan suelta, sencilla, fina y penetrante como la suya. De la expresión de J.J. a la de los otros escritores hay una diferencia por el estilo de la de Píndaro a Horacio.

El viejo erudito que llega a puesto de consideración se hace un ente ridículo, llano y afable para cualquier hombre bajo, pero difícil y misterioso para los literatos y hombres de jerarquía. Es enemigo declarado de todo el que brilla por otra cosa que por habilidades. Él trata con desprecio y con insolencia a los opulentos, no midiéndoles el valor sino por la afición que tengan a las letras. Nunca se le cae de la boca el necio dicho de que nada vale sino la ciencia. «Ésta, dice (como Cicerón decía, con bien poca gracia, de las humanidades) es el alimento de la mocedad, el recreo de la vejez, el realce de las felicidades, y el alivio y consuelo de las cuitas. Ella deleita en casa, no estorba fuera, acompaña de noche, y sigue en los viajes y en las romerías».

No obstante esta injusta parcialidad, el corneja literato no sufre se celebre a nadie de su propio oficio sino a alguno de los que se le subordinan, o de los siglos remotos que ya no pueden hacerle sombra.

Nada es más curioso que la extravagante vida del anciano que se cree sacerdote de Minerva. Él afecta un solemne abandono de todo lo que no son letras, y a consecuencia es liberal y generoso, y tiene algunas virtudes procedidas de puro vicio. Su sermón eterno es que en el mundo no hay sino dos clases: la de los ignorantes y la de los literatos. De éstos él es el jefe; aquellos otros viven al modo de las bestias sin gozar la felicidad de saber el alfabeto de los Caldeos, las piezas de moneda en que fue vendido José, las pulgadas de agua del Mar Rojo, o el número y hazañas de los insectos, o el valor del pie Pirriquo, y mayormente la sarta de disparates que principiaron los filósofos antiguos, y que han completado los modernos.

El viejo literato exterioriza su rango en un 11 como colmenar de grandes cartapacios dorados, alzados en trofeo de la carrera, y calados de registros o cataduras, o más bien de heridas que hizo a aquellos gigantes silenciosos, y cuyas cicatrices se dejan en anuncio del trabajo que se echó en sacarles las entrañas.

Tal deben suponerlo aquellos infelices aplicados que necesiten al anciano literato, mostrándole la envidia general que causa a los Potentados el tesoro de su erudición que no son dueños de usurparle, y diciéndole que el mal del mundo es no tomar el aviso de él, y que los hombres no serán dichosos hasta que o reinen los filósofos o los reyes entiendan de ergos. Estas adulaciones no le parecerán tales por frecuente que se las repita. Tal los padres gratifican los elogios o anuncios que el mendigo les hace de sus hijos, el enamorado sirve a cualquier insensato que pregona lo envidiable de la dama; y los militares se granjean la consideración de las gentes haciéndoles conversación del atraso del grado, del poco premio de un trabajo tan fastidioso como el de mandar estrepitosa y despóticamente a muchos, sin obedecer si no es calladamente a uno, no haciéndose tampoco el cargo de que, a ser más fuertes los sueldos, el concurso de otros jóvenes más granados, hábiles y pudientes, les imposibilitaría los ascensos, y quizá les hubiera quitado su fácil entrada en la carrera.

Si tal adolece un viejo de cien años, ¿qué genio, qué orgullo, qué insolencia no tendría un viejo de ochocientos o mil años que, además del grado de su eternidad, tuviera el apoyo patriarcal de cien mil descendientes suyos con el fuero paterno de abofetearlos en público sin riesgo de que se le rebelen? ¿A qué monarca de la China, a quien la inmensidad de millares de súbditos opulentos eleva poco menos que al rango de los Dioses, se llegaría nadie con la deferencia y acatamiento que un joven ante las aras de su ochentavo abuelo exaltadas con la humillación creciente de 79 padres sucesivos, y de una infinidad de venerables colaterales? Si con la edad crece la rigidez, el flujo por mandar, y el espíritu de venganza ¿quién había de terminar la guerra entre dos familias? Parece que el período natural de la vida humana es el único que cuadra con la libertad y felicidad del mundo, y que el mejor modo de hermanar los hombres es quitar del medio aquellos antiguos ascendientes que serían por fuerza los obstinados e inviolables caudillos de las familias y, enemigos de lo nuevo, no permitirían adelantar la sociedad y sacarla de su primitivo estado salvaje. De suerte que la mortalidad y la cortedad de la vida, que se miran como una miseria para el individuo, son parte absolutamente esencial en el plan de la naturaleza humana.

CAPITULO III

Modificaciones generales del derecho de trato

No corresponde un mismo trato con todas las personas. De unas se hace más caso, y de otras menos, según que suponen más o menos. Al que supone más, se le trata con respeto, con cortedad, con acatamiento. Se le da preferencia en todo. Uno le saluda antes, y la salutación es más profunda. Si va a hablar, no interrumpimos y se presta más oído. Conforme su persona nos parece de más suposición, así también de todo lo suyo se hace más caso. Su agrado o desagrado contenta o mortifica más. Sus saluciones y agasajo son más apreciables. El gastarnos confianzas, el tratarnos con amistad, es un favor que se mira como una honra. Todos procuran rozarse con personas de suposición, y como que se les pega el viso de éstas.

El trato con los inferiores es muy otro. Nuestra salutación no es tan profunda como la suya, se espera siempre que ellos la hagan antes, y el anticiparla uno se mira como una bondad. Al inferior se le trata con llaneza, con autoridad, suponiendo que él naturalmente debe ceder la primacía. Si cuando estamos hablando, nos corta la palabra, se mira como un atrevimiento. De la persona del inferior no se hace caso sino porque él lo hace de nosotros, de modo que el trato que le damos es un trato de correspondencia que a él le toca excitar, anticipando los oficios. En público nadie quiere acompañarse con sus inferiores, si no es que acompañen con respeto y deferencia en tono de inferiores. El acompañar como iguales, el no tenerse cortos, el no sufrirnos la autoridad, el saludarnos o hablarnos con la confianza o desahogo que si fuésemos la misma cosa que ellos, sería un desacato, sería provocarnos. Delante de inferiores, el superior lleva la voz. Éstos no se cubren, o se sientan, o comienzan a comer hasta que el otro se les adelanta. Adelantarse ellos pareciera muy mal, y se tendría por una injuria.

El distinto trato que, en igualdad de conocimiento, se da a cada uno, es el criterio o señal de su distinta suposición, es decir, del caso que le hacemos, o en última resolución, del distinto tamaño, esfera o valor de que nos parece. Debiéndose inferir de esta desigualdad de trato que no todas las personas nos parecen iguales.

Así, los azares o las dichas, las mujeres y los hijos, y hasta los criados y las pertenencias de los de más esfera parecen cosas de más consideración, y se miran como más importantes en el mundo. Y consiguientemente si el grado de las cosas es el que natural y espontáneamente les da el género humano, deberemos concluir que las cualidades extrínsecas son un título que naturalmente desiguala a los hombres, es decir, que los hace de desigual suposición, de desigual valor, de desigual dignidad, de desigual esfera.

Las desigualdades primordiales del mundo son las que proceden de la edad y del sexo. Pero el límite de las desigualdades, es decir, el punto fijo por donde graduarlas es la igualdad. Ésta, para no suponerla arbitrariamente, la consideraremos en la amistad perfecta, porque la amistad iguala conocidamente y sin contradicción de nadie.

Al amigo, del mismo modo que se le dispensan los derechos de justicia, esto es, los haberes y facultades, se le dispensa también todo lo que hay de incómodo en los derechos de crianza y de decencia. Estos derechos los pregona la naturaleza en el corazón de cada uno para asociar la especie y contenerla en los límites que a ella le convienen y cuya conveniencia ignora el individuo. La amistad asocia más que todo, y hace que el amigo tenga en el corazón la conveniencia del amigo. La amistad suple por aquellos derechos, y si todos fuésemos amigos, no habría necesidad de derecho alguno.

Al muchacho se le tutea, se le trata con autoridad, y se le hace tener respeto. El estar con muchachos ata muy poco. Nos hallamos entre ellos con casi el mismo desahogo que entre irracionales o a nuestras solas. Si nos contenemos en algo, es por el ejemplo, y el derecho que les reservamos tiene más de compasión que de otra cosa. Al muchacho no se le saluda como no sea de cariño. No se gasta con él cumplimiento alguno.

Al contrario, los muchachos no se sienten tan libres con nosotros como ellos entre sí. Un niño no ata con los ojos a otro niño. Se vuelven mirada por mirada, y la cosa queda igual. El adulto lo confunde con mirarlo hito a hito. Y no se diga que el apocamiento del muchacho procede de miedo a las fuerzas del adulto. Porque el carácter del apocamiento de miedo es quitar los colores, y el apocamiento que los saca, como es el del muchacho, es apocamiento de respeto: conociéndose bien así la desigualdad de entrambas clases. Confírmase la desigualdad con que en el adulto son afrentosos los resabios de muchacho, y al revés la vanidad de los muchachos es por hacer del hombre.

La clase de los ancianos es superior a la de los jóvenes. Delante de aquéllos, los jóvenes se sienten atados y llenos de respeto, no usando con ellos la llaneza y la confianza que con los iguales, y dando gustoso mil libertades a la augusta edad.

En las sociedades salvajes la edad hace rango. Los menores llaman a los mayores de padres, éstos a aquéllos de hijos, y los iguales se dan el tratamiento de hermanos. En España, al que no tiene más rango que el de la edad, si es de la nuestra, le hablamos de amigo; si es hombre maduro, de tío; y si ya muy anciano, de abuelo. En Inglaterra, país más nuevo, se dice todavía, con menos finura, madre en vez de tía.

La desigualdad por el sexo es tan obscura y disputada por lo intrínseco cuan conocida y palpable es por lo exterior. A proporción que los pueblos se cultivan se diferencia más el trato de la mujer del trato del varón, originándose de aquí muchas cuestiones reñidísimas y nunca decididas en orden al destino, esfera y trato natural de la mujer.

Quizá ninguna cosa se elogia y se critica con el extremo que el bello sexo. Para los célibes no hay ocupación tan gustosa como la de obsequiarlo. Los que no lo son y los que pican de serios, si bien le guardan la cortesía, tienen flujo por murmurar de él. Según éstos, la mujer es la peste; según aquéllos, la gloria de la sociedad.

Tampoco están de acuerdo los escritores. Los unos predicán tenerla punto menos que en un silo, los otros desnuda por la calle a la merced de todos. Hay quien recomienda su consejo, y hay quien la hace irracional.

No son los de menos crédito los de estas extrañezas. El célebre legislador de Lacedemonia¹² se propuso cortar los amores y el predominio del bello sexo, estableciendo tal rigor en el matrimonio, que ni se hiciese por elección, ni cohabitase luego a lo público. Platón, que mereció el apodo de divino, fue indiferente para las mujeres en términos de idearles una licencia sin límite con todo hombre, y que turnasen en los oficios varoniles indistintamente, sin exceptuar el de las armas. Algo más celoso (por su confesión propia) el filósofo de Ginebra,¹³ no obstante trueno mucho contra los amores que excedan de lo animal. Y el trueno de su elocuencia aturde cada día más al mundo. El poeta Inglés,¹⁴ que se hizo célebre fuera de su patria por lo que escribió del hombre, habló luego con tal menosprecio de las mujeres, como decir que no tienen ninguna sustancia en el carácter. Peor aún que los que opinan que la mujer es un libro tan raro, que cuanto más se versa, se entiende menos.

Parece difícil apurar un asunto disputado así de los hombres grandes, o conocer en la poca edad lo que no alcanzaron los más maduros. No quisiera se atribuyese a presunción el dictamen que se va a dar del instinto de la naturaleza en orden al bello sexo, sus fueros y su trato.

CAPITULO IV

Del desigual trato de entrambos sexos

El distinto trato de los sexos se funda originalmente en la distinta impresión que se hacen el uno al otro, y en la distinta fuerza corporal de que están dotados.

La pasión del hombre

Nosotros no podemos tocar la mujer sin sentirnos en algún modo influenciados del sexo, a la manera que los animales más bravíos, en llegando a sus hembras, se desarman por instinto.

Nuestros amores no admiten ni rival ni compañero. En hallando lo segundo, embravecen lo que halagaban, el hombre se hace una fiera, no se sacia de sangre, abravándose de la suya propia.

Violentada que sea una mujer sin su consentimiento, la infeliz se hace aborrecible del marido. Él se siente degradado, sin que ni en su concepto ni en el de nadie la integridad de la conciencia pueda subsanar el azar del cuerpo.

La soltera que se entrega libremente a uno, contrae para todos los demás una mancha que no se quita. Siempre, como suele decirse, tiene por qué callar. Tan delicada es la pasión del hombre.

La razón condena estas delicadezas, pero la naturaleza las inspira por unos fines tan sabios, al parecer, que no podría subsistir el mundo si la pasión del hombre no estuviese bajo de estos términos.

Que el bello sexo nos excite maquinalmente la pasión es tan necesario como que, sin ella, nos sería indiferente tener hembra de nuestra propia especie o de especies ajenas.

Los celos son también absolutamente necesarios, porque sin ellos nadie se cuidaría de excluir a los demás en el logro de los amores, ni tampoco se aprisionaría por una mujer determinada, así como nadie gasta su calor natural en hacienda que esté a discreción de otros. Los hijos se mirarían con frialdad y con desagrado desde los principios, al modo que los hijos de casa ajena, y bien pocos padres sufrirían la larga impertinencia de criarlos. No habría educación ni familias, los hombres carecieran de las obligaciones que los sujetan, e indómitos como fieras, no reconocieran fácilmente otras leyes que la fuerza.

Frialdad natural de la mujer

La mujer está organizada de otro modo que el hombre en orden a los amores.

La hembra, por principios mecánicos bien obvios, en ninguna especie necesita sentir tan vehementes estímulos como su compañero. No sólo no los necesita, mas también parece que no los experimenta, porque si los experimentase, mostraría de antemano el frenesí de aquél, o tiene tal vez algún instinto que la contenga del anhelo.

El personal del hombre hace poca impresión en el sentido de la mujer. Nuestras veleidades son rarísimas en ella. Le es extraño, le es desnatural, le es bochornoso, desmerece de ser la primera en los avances. Y el despagarse ella de una figura ridícula, es más bien por la afrenta de lucirse¹⁵ con un mueble tan fuera de todo estilo.

Por mucho que la mujer se arrebate de un hombre, por clara que le vea a éste la pasión, y por segura que esté de su buen fondo y consecuencia, siempre se avergüenza de parecer fácil. Resuelta ya, y confesada la resolución, son del decoro todavía las dilaciones. Aun en una amistad o matrimonio largo, nunca las dificultades de la mujer desagradan seriamente al hombre de entendimiento. Los animales mismos, como que respetan la frialdad de la hembra, pues a pesar del fuego que los devora, no se embravecen contra ella, ni desisten fastidiados de la resistencia. En los hombres algo libres es tan corriente decir que si ellos fueran del otro sexo no guardarían sus escrúpulos y delicadezas, como en las mujeres el negarlo: prueba del distinto interior de entrambos sexos en esta parte. La oda primera de Safo sólo es propia de una mujer tan escandalosa como su autora. Y Teócrito, a vueltas de su finura para tratar los amores del hombre, tuvo poca discreción para tratar los amores de la mujer. Irrita en el Bucolista¹⁶ ver a las doncellas rondando a aquel zafio pastor, cuya brutal vanidad consistía en tener velludo el pecho.

Tampoco los celos de la mujer tienen por objeto lo material de la infidelidad, sino el menosprecio que ésta arguye o el apartamiento que amenaza. Y así, toda mujer perdona los deslices en que no hay lugar a estas consecuencias.

Los amores de la mujer no se dirigen a lo exterior, sino a lo intrínseco, o a los connotados de la persona. Y lo que dice el autor de la Novela más larga que se conoce,¹⁷ que el hombre de talento no da su mano a mujer que titubease un momento en preferirlo aun emperador, es un error muy claro. Bien que la nación inglesa, como más novicia, no tiene todavía en punto de amores mucho voto. Algo más sesuda, la nación española tiene por refrán la mujer es de quien la trata. Aunque sea poco recomendable el personal de uno, aunque a primera vista le repugne a la mujer, la pasión, la humildad, la discreción y la constancia al cabo consiguen el triunfo. No le sucede lo mismo al hombre. Si le repugna el personal de una mujer, cuanto más oficiosa se le muestra, tanto más le aumenta la repugnancia. Tampoco vemos que ninguna mujer de juicio se prende de quien no lo merezca. Y es frecuente en los hombres de más entendimiento perderlo por una loca. Pocas enamoradas tienen extravíos, y raro enamorado deja de tenerlos.

Ni puede decirse que este juicio natural en los amores y conducta de las mujeres proceda enteramente del instinto separado que llamamos pudor, sino principalmente de la frialdad, es decir, del poco sentido al personal del hombre. Porque si nuestro personal le hiciera a la mujer la misma impresión que el de ella a nosotros, el pudor podría retraerla de ser fácil, pero se le conociera en todos los ademanes una impresión como la del amor, que es bien difícil de ocultar.

Esta frialdad natural de la mujer era muy necesaria para tener quietos los celos del hombre ¡Desgraciado aquél cuya consorte no hubiese tenido más motivos que los sensuales para quererlo! El casado guarda juicio porque todas le huyen sino las que o lo degradan o lo arruinan. No está en ese caso la consorte. No la huyen los solteros, y por hermosura que él tenga, la facilidad y la costumbre a todo lo material le quitan el realce.

Pero la costumbre de juzgar el corazón ajeno por el corazón de uno mismo ocasiona dos errores contrarios en los sexos.

La mujer, no experimentando interiormente el calor y los voraces celos del hombre, no puede formar tanta idea de la ofensa del adulterio como él. Por esto las mujeres tienen menos horror y más facilidad en hacer oficios de tercería, y les es natural la insolencia de decir que ¿por qué se ha de castigar con más rigor la infidelidad del un sexo que la del otro? Esta ocurrencia sería funestísima, si las mujeres tuviesen fuerzas corporales para poderse apoderar del mando.

Los hombres, también juzgando los movimientos del corazón de la mujer por los del suyo propio, no pueden hacerse cargo de que la pasión de aquélla sea distinta de la de ellos mismos. Y, a consecuencia, le atribuyen el mismo objeto y la misma voracidad. Y así, es general en los hombres el bárbaro deseo de deshabituarse a la frialdad y el pudor del bello sexo, sofocándolo con la ruinosa idea de infundirle la desvergüenza del nuestro.

Algunos ignorantes se van al otro mundo quejosos de que sus mujeres nunca les fueron hombres, y atribuyéndolo, ¡mentecatos!, a falta de cariño. Otros maridos de genio terco no se fían hasta que las vencen con mucha guerra: hasta entonces no dejan su honra en mano de la mujer. Entonces le dan anchura, entonces le entregan la honra. Se la entregan cuando le quitaron las fuerzas para guardarla y cantan victoria en el momento de consumir su pérdida.

Otros creen que la mujer, desde que se casa, les tiene o está obligada a tenerles pasión sensual como la de ellos. A consecuencia, cuanto les dicta a ellos su ceguedad sensual otro tanto suponen le cuadrará a la mujer. Y desde el primer día los vemos coserse¹⁸ con ella, comer quizá y beber en un mismo plato y vaso, estarle hechos unos continuos sombras ultrajándole el pudor, y haciendo como ostentación de sus miserias y defectos, sin guardar respeto, ni siquiera cortesía. El que se nos interna muy de repente, tomándose más confianza que la que corresponde a los antecedentes, se mira como un mentecato menospreciable. La infeliz mujer calla y sufre los fastidios y suplicios por prudencia. Pero aquel furor de confianzas y licencias que, empleadas poco a poco y quedándose siempre cortas de la voluntad de la mujer, se recibirían bien y le fomentarían insensiblemente la pasión, la espantan y le concilian el mayor fastidio y aborrecimiento, sin quedarles en el corazón sino el miramiento del interés y de que ya es forzoso acomodarse con aquel indiscreto marido. De esta suerte, un corazón que bien conllevado sería noble, se hace un corazón bajo y dispuesto a sacrificar el placer y el pudor por el interés, pues que con sólo este vil título el marido se erige en déspota absoluto de su cuerpo, libertad y sentidos.

Otros todavía, por tener la fuerza, suelen ser poco amigos de contemplaciones. Pero, acostumbrada la mujer a recibir inciensos de todos, principalmente del mismo marido, cuando soltera, hállase chasqueada del matrimonio al ver que las cosas mudaron de semblante, y que aquel hombre tan rendido, tan humilde y tan allanado a cualquier partido, vuelve sobre sí, principia a tomarse fueros, se hace dueño de toda la casa, escudriña y dirige hasta lo más mínimo, sojuzga, pérfido, a aquélla a quien juró con lágrimas ser su esclavo y, con pretexto de quitarle ocasiones, le niega o le regatea el gusto en cosas que no siendo de sustancia para nosotros, son muy sustanciales para el sexo. Las desdichadas doncellas, faltas ordinariamente de edad y de mundo, no tienen aún alcances para discernir y graduar al hombre, creen tal vez discreto y fino al que en el fondo es un zafio, y caen del engaño cuando ya es tarde.

El hombre de poco talento no tiene que aspirar sino al capricho de una loca, o a ser infeliz con una mujer de bien. El marido que trata con decoro a su consorte, al mismo tiempo de robarle el alma, infunde tal respeto que, cuanto más franqueza da, más contenidos hace a los solteros. En conociendo éstos falta de delicadeza, es decir, en viendo ademanes de fuerza, autoridad, derecho, suponen naturalmente apartado del marido el corazón de la mujer, y se hacen adelantados. Y si la mujer llega a verse ajada, piensa por venganza lo que no le ocurriera por inclinación.

Estas son las causas del vicio de las mujeres. Fuera de estos casos, la mujer, que no necesita a nadie, por maravilla deja de ser fiel; conforme la que, recibiendo mal trato, se acostumbra al vicio, y lo deja fácilmente.

Sujeción y fuego de la mujer

Explicada ya la diferencia de la impresión mutua de los sexos, es bien fácil explicar la sujeción del bello sexo, el trato de urbanidad que disfruta de los pueblos cultos, y el igual partido que, a pesar de su inferioridad de fuerzas corporales, halla en el contrato matrimonial.

Si es cierto el verosímil pero improbable principio de que en la naturaleza no hay nada por acaso, debemos inferir que la pasión del hombre no es dada con sólo el intento de la propagación de su linaje, sino que tiene algunos otros respetables fines. Pues, por lo que hace a la propagación, no se necesitaba aquel fuego perenne que desvive al enamorado, mas era suficiente una pasión o periódica, o que dependiese de la alteración física de la hembra, como suele suceder en los animales, propagándose mejor por eso mismo.

El primer efecto de la celosa pasión del hombre es estar a la mira de la mujer, tenerla recogida, y consiguientemente domiciliarse él mismo. No sosegaran los celos en los pueblos cultos, si las mujeres tuviesen nuestra educación, oficios, y vida libre.

Pero sería vano el intento de tener recogido el bello sexo, si al nuestro no le asistiesen mayores fuerzas corporales.

Los celos inspiran sujetar la mujer hasta hacerle físicamente imposible la infidelidad. Y en estos duros términos la sujetan los poderosos en los pueblos bárbaros.

La mujer, pues, siendo independiente de suyo, se hace independiente por excitar la pasión y los celos de un ente más fuerte, así como el animal pequeño, por tener menos fuerzas, recibe la ley del animal grande.

No le queda otra amparo a la mujer si no es su frialdad, su atractivo, y la contrariedad mutua de los hombres.

El hombre ama hallar cariño en la mujer, pues, por bien que le cumpla ésta, no le llena el pecho si el cumplimiento no procede de pasión. La pasión en la mujer no se excita con lo sensual, ni con oro, con amonestaciones, ni con dádivas, sino con el amor y con el buen trato. La frialdad, pues, de la mujer la ampara de la tiranía del hombre. La frialdad le da una ventaja por el estilo de la del que vende sin necesidad y se puede hacer de rogar. Cuanto más fría está la dama, tanto más le da la ley a aquél que se le apasiona; así como aquél que vende, cuanto menos ganas tiene de vender, tanto más alto precio saca. También a proporción que está más apasionado el hombre, mayor partido ofrece, así como el precio mayor lo da el que tiene más ansia de comprar. En suma, la frialdad de la mujer balancea las fuerzas corporales del hombre. Y si al bello 19 sexo le fuera dado

apasionarse como el nuestro, nos estaría en la más estrecha servidumbre. Por lo contrario, si teniendo la frialdad que tiene, estuviera dotado de mayores fuerzas corporales, claro es que seríamos nosotros entonces los esclavos.

El atractivo de la mujer tiene mil puntos por donde cautivar al hombre. No hay nada en el cuerpo de ella que a él no le despierte el ojo. El más mínimo elemento suyo puede embriagarlo de pasión. Unas veces le atrae el rostro, otras una facción sola, el talle, el cuello, el brazo, la mano, el pie, la voz, las gracias, el cabello y aun el modo de prendérselo. Nada es más incierto que el tiro que nos hace la mujer. A haber en esto reglas fijas, no se pudieran avenir los hombres. Todos se decidieran por la misma persona y, o estuvieran en guerra, o cayeran a la par esclavos de una mujer sola.

En cualidades, pues, tan imposibles de definir como los atractivos, todas tienen campo abierto para pretender la primacía, o por lo menos para hacer figura. Tal sucede con los militares y los letrados por disputarse también unas cualidades difíciles, aunque no tanto, de graduar.

El mérito del parecer, a pesar de ser una cosa sin fundamento a los ojos de la razón, es un asunto de la mayor suposición para la mujer. Es una cualidad tan seria para quien la posee, como solicitada y comprada caro.

Valuar, pues, en esta parte las mujeres menos de lo que ellas se valúen, es como hacer de uno menos caso que el que crea corresponderle, es una ofensa grave que no se perdona fácilmente.

Por fea que sea una hay pocos quince años feos, y aun para los que lo son hay muchos hombres de mal gusto. Pocas de esa edad carecen de apasionados que las tengan por las mejores del mundo. Pocas hay que, imbuidas desde entonces de su mérito sobresaliente, no sigan conceptuándose más de lo que son. Todas, pues, presumen. Y la presunción de la mujer dimana de las adoraciones del hombre apasionado. Dimana, en suma, de la mayor pasión que el bello sexo excita. Los hombres presumieran también si le hiciesen tanta impresión al bello sexo como éste les hace a ellos.

Por tanto, para no ofender las mujeres, para no chocarles su concepto propio, es menester suponerlas mayor mérito del que nos parezca, mostrarles más agrado del que nos infundan y, a consecuencia, estarles deferentes y serviciales, bien en algún modo como cualquier galán se lo está a su dama.

No guardar este tratamiento lisonjero sería desaprobado en su cara y condenar por locos a los apasionados o consortes de cada cual. Raro hombre culto quedara por encerrar si no usásemos la lisonja general con las mujeres. Y el bello sexo se abismaría de ver que no se le apasionaba sino algún loco.

La cortesía, pues, que de nosotros exige el bello sexo en los pueblos cultos depende originalmente de la política o buena armonía que entre nosotros tenemos que guardar los hombres. Y consiguientemente no envuelve de parte de la mujer ninguna mira injusta ni

amorosa, cual sería la de que la adulasen seriamente, o la de tenernos verdaderamente conquistados, sino limpiamente la mira de que le tributemos el agasajo, la condescendencia y la distinción política que para su consuelo y nuestro propio bien le destina la naturaleza, cuya mira está tan ajena de todo vicio, que las mismas damas que, a fuerza de méritos y de tiempo llegan a estar frenéticas de pasión por uno, exigen de los demás la cortesía. Y los celos fiscales, delgadísimos como son, no le encuentran nada que morder, mas antes se envanecen de que el objeto que los tiene alerta, parezca por la demostración de todos bien valen la pena.

Congruencia de la cortesía con el bello sexo

La principal parte de aquella cortesía es no posponer a las claras una dama a otras. Esto, que sería una vanidad notoria si el atractivo estuviese sujeto a reglas fijas, tiene unas utilidades morales muy grandes.

En virtud de la presunción de las mujeres, el que se señala con una se acarrea el tedio y la murmuración de todas, y así la presunción del bello sexo hace contenido al hombre.

Por el mismo principio, el que hace distinción duradera, el que se casa, en el momento de hacerlo puede despedirse ya de las demás, seguro de no ser bien recibido si no es por interés o por cumplimiento, forzándole así la naturaleza a recogerse con su mujer y a ser mejor marido.

A causa de presumirlo todas, ninguna mujer se une de corazón con otra si no es con la que no está en edad o en sazón de presumir. Las demás son rivales mutuas, bien así como los de un mismo oficio, o como los candidatos de un mismo puesto. Con lo cual, ahuyentada de su sexo, la mujer inclínase al otro, haciendo así la sabia naturaleza que proceda de miras políticas una inclinación que arruinaría al bello sexo si le proviniese de estímulos sensuales.

Ésta es la congruencia y éste es el origen de la sujeción y de la distinción del bello sexo. Veamos ahora cómo, en virtud de la pasión del otro, adquiere un partido de igualdad perfecta en el matrimonio. Éste será el asunto del capítulo siguiente.

CAPITULO V

Cómo la desigualdad de la pasión iguala el contrato de los sexos

Cuando se trata de la pasión amorosa, no debe confundirse la sensualidad con los amores, el gustar de una mujer con el quererla. Un hombre puede ser muy sensual, y no haberse enamorado nunca. La hermosura y aun el mero sexo de la mujer excita el corazón del hombre, pero no siempre lo fija. Es decir, no lo arrebató hacia una hembra determinada,

en términos de quitarle el pensamiento con ninguna otra. A un mismo tiempo puede haber sensualidad con muchas personas, pero no puede haber amor si no es con una sola.

Al acercarse uno a la que meramente le gusta, el agrado y la sonrisa acuden al instante al rostro, los ojos se electrizan suavemente, el pensamiento discurre listo, y el hombre más tosco se hace elocuente.

Pero cuando se presenta el semblante de la que penetra de veras, pasa por lo interior como un rayo indefinible que trastorna enteramente. El hombre se melancoliza, los ojos se le fijan encendidos y llenos de pavor en el objeto, como anunciando, involuntarios, el alto poderío que le reconocen. No se experimenta entonces estímulo sensual, sino al contrario, un sumo apocamiento de respeto. Las palabras no acuden a la lengua, el más despejado titubea, enmudece, se atribula de cada vez más, hasta la ocasión de rendirse en lágrimas reprimidas y en razones mal formadas al sereno objeto, el cual, si carece de experiencia, se espanta y ríe de ver que tan fácil arranque las existencias. A cada vista se aumenta la pasión, y el hombre o está a pique de enfurecer si no pone mucha tierra de por medio, o logra se le acepte el escaso sacrificio²⁰ de mil vidas y libertades²¹ que tuviera.

Aceptado éste, se aprende lo que es amor. La vida que huía, se fija y toma una extensión nueva. El corazón se aposenta por imaginación en ojos, en manos, en pies, y hasta en las pisadas de la querida. Cuanto fue tocado de ésta la renueva a aquél maquinamente la impresión, y se le figura con otro lustre. El aire hace el respirar más blando, el sol luce más alegre, los campos reverdecen, toda la naturaleza acompaña en la adoración al fino amante. Hasta las cosas que carecen de sentido se le antoja vienen a disputarle el logro, y no muere su zozobra hasta obtener un juramento irrevocable de ser el único querido para siempre.

Al transigirse este ajuste, parece que la ventaja esté de parte de la mujer, porque ella no necesita todavía al hombre, y éste no puede ya vivir sin ella. Pero como el poderío de la mujer no tiene otro cimiento que el eco que le hace a su amante, se ve forzada a darle una ley que no le aparte el corazón de él. Y así, respetándole los celos, se conviene en no ser nunca para nadie sino para él sólo. Este es el contrato a que propenden los amores serios. En él los celos del hombre enfrenan la tiranía de la mujer, y la tiranía de la mujer enfrena la liviana volteriedad del hombre. Los celos, pues, del amante le hacen gravitar hacia el matrimonio, como a su centro de reposo.

Contraído éste, los oficios y la compañía engendran o acrecientan el amor en la mujer, porque labra tanto en los racionales la compañía agradable, que las piedras mismas, que la diesen otros años, enternecen de agradecimiento cuando se vuelve a ellas.

El cariño del hombre también se arraiga y toma con el logro un progreso rápido. Cuanto ve o discurre, otro tanto lo refiere hacia la querida. Él le asume por la imaginación el cuerpo y los sentidos, con éstos lo ve y lo palpa y lo mide todo. Cualquier cosa de mal o²² de bien, figura que le hará una impresión inmensa al delicado ente. Y ya que no puede desertar vivo al interior de éste a participar sus bienes y sus males, desierta de pensamiento, y le está hecho un perpetuo como torna-eco: por cada sensación que aquél

recibe, él experimenta ciento. Y sus propios gustos o disgustos, su existencia misma, no le es importante sino por la relación que tenga con el adorado ídolo. Se queda corto el dicho de que el alma del amante vive en el cuerpo de la querida.

La perseverancia, la discreción y la finura del marido acaban de decidir al fin la pasión de la compañera. El agradecimiento le arranca todo aquello que hace beneficios. El árbol que diese sombra o recrease con su pompa, agrada verlo. La casa o choza que albergase, da congoja si luego se ve caída. Un mero mueble que haya servido tiempo, como que hace duelo deshacerse de él. Y la tabla que nos salvase de un naufragio, se guarda religiosamente como un sagrado. Si esto mueven las cosas que carecen de intención, ¿qué será el racional que con pleno conocimiento se sacrifique por abrumarnos de beneficios a tiempo sin más interés que el de agradarnos? ¿qué mujer, aunque en vez de tener la ternura de su sexo, fuese de bronce, no había de ablandarse por un alma noble, por un rendido, por un amante humilde que coloca su felicidad en hacerla a ella feliz a costa de sus entrañas propias, que se desvive discretamente y con alegría, que se goza de pudrirse en el pecho los suspiros y las ansias del amor por no incomodarla, y que aun los cortos premios, cuya confianza le lee en el rostro, no acude a recogerlos si no es con mucha timidez de fastidiar, y con aquel apocamiento de respeto que le infunde el idolatrado objeto de sus amores, y que de justicia se debe a un ente que le parece en cierto modo como el supremo, por el fácil poderío que tiene de trastornarle la existencia?

La mujer, pues se apasiona al cabo, también llega a sumirle por imaginación el cuerpo y los sentidos al amante, se hace como torna-eco de él, y recibe de rechazo las sensaciones que quizá de suyo no supiera.

Llegado este caso y ciega ya la mujer, no admite tantos sacrificios del hombre, quiere ella ostentarlos suyos, ya poco tiempo quedan iguales los oficios sobre poca diferencia. Y éste es el período peligroso para el bello sexo, peligroso sobre todo si el hombre no está atado con un nudo indisoluble. Como el hombre suele apasionarse a primera vista, deja tal vez un amor por otro, en hallando casualmente quien le haga impresión. Toda mujer que se apasiona al modo del hombre, si está libre su amante, cae por lo general esclava de él para experimentar luego un desengaño. Es indiscreta la que no se hace desear y no tiene bien corto a su amante libre. Lo único que se necesita para sujetarlo es serenidad y dureza, despreciando altamente las amenazas. La dureza oportuna nunca hizo quebrar el cariño serio. Si el hombre quiere de veras, bien quisiera no estar sujeto, pero tiene que morder el freno. Sus protestas y amenazas son mentiras, cantan ellas mismas la pasión. Algunos retienen la cólera, y se hacen los fríos, pero pronto se descubre la estratagema. Y si la mujer entonces se mantiene firme en la frialdad, primero se ensoberbece, luego acude a sus pies el hombre. Si el bello sexo culto, conociendo su poderío, tuviese nuestras entrañas duras, por bravo que fuese el hombre, tendría que estarle a la cadena.

La época de la sucesión, en vez de entibiar, enciende más al fino enamorado. Lo que la mujer pierde en lo material al hacerse madre, como que es una pérdida causada por el hombre mismo, le mueve doble a lástima, y si por un lado la compañera se va ajando, por otro le deja renuevos frescos de sus propias carnes. Los hijos, muestras ostentosas de las escondidas y, en el dictamen del amante, envidiadas dichas con la madre, envanecen el

pecho del padre. Los trazos vivos de la imagen, o el mero ser pedazos de aquélla, lo arrebatan de cariño. Y el sentir empeñada la preciosa sangre en librarle del imperio del olvido su persona propia, le hace alborozarse agradecido en los escuálidos despojos que escapasen por fortuna a la fatiga de los meses.

Hasta coger esta prenda no se sacia la vanidad natural del hombre. Pero cogida ya, el pecho se le despeja, el capricho se muda en reflexión, y la pasión pierde de su voracidad, o se volviera loco el hombre de sobrecargarla con los hechiceros grillos que la substituyen. Y cuanto más fino amante principiase el hombre, tanto más gustoso aplica el hombro al peso de la familia.

¡Qué dicha la del hogar mediano, pero fino, vivido y fructificado del amor! Allí, sin amonestaciones ni resguardo, los consortes están olvidados de pura confianza y como insulsos de cariño; sus tiernos semejancitos asidos de ellos, la entrañable ²³ condescendencia reina en medio. Y los títulos de padres entonados a cada instante, mecen el pecho en inexplicables glorias.

A proporción, pues, que la pasión calma, la naturaleza echa otros cordeles más fuertes, mostrando desde el principio hasta el fin un conato decidido porque el vínculo del matrimonio subsista y crezca hasta la muerte. Ni aún ésta separa enteramente: quedan identificados en la prole padre y madre.

La gente de poca esfera suele incurrir en la bajeza de pedir corrección contra la mujer, pero nunca piden el divorcio, y mucho menos descasarse, ni aun en los pueblos donde se consiente esta corruptela.

La guerra de nación con nación es mala, la guerra civil es más mala, y la peor guerra de todas es la casera. Ningún enemigo tan cruel como el que fue amigo. Todo convida en el matrimonio al amor, todo lo retrae de romper en guerra.

El divorcio escandaliza, y a ningún marido le hace honor el solicitarlo, aun cuando sea demostrable el motivo justo. Más vale pasar por hombre de demasiada buena fe que solemnizar uno su deshonra.

En los matrimonios tempranos, la docilidad de los años suple por la reflexión, congenian fácilmente y se llevan bien.

Para el que se casase adulto, cualquier cosa es mejor que acreditarse de tan poco delicado como haber tomado una mujer conocidamente mala, o carecer de partidas para formarla bien, porque hasta las alimañas se domestican y siguen nuestra voz con una blandura juiciosa.

En los matrimonios que se hacen por razón de estado, el grito de la naturaleza es también por el vínculo perpetuo. No se le puede negar a una señora de honor el fuero de toda mujer común.

Toda contrata temporaria o por el tiempo de la voluntad, es afrentosa para la mujer. Ésta queda desmerecida, porque aunque no haga intención de unirse luego con otro, es afrenta en el concepto del mundo el tener impedimento moral. Nadie sino el que está ciego de pasión quiere por mujer a quien haya tenido conexión a las claras con ningún viviente, y si la embriaguez de la pasión le hace resolverse, no es sin mucha afrenta suya. A buen cierto que no gustará verle la cara al compañero fatal, aunque fuese su propio hermano ¡Qué honra en una matrona ir voltaria de contrato en contrato, franqueando a unos y a otros aquello que la naturaleza le enseñó recatar desde la niñez, y que sólo deja de sacar los colores a fuerza de distraerse de pasión! ¡Qué ejemplo para los hijos e hijas el de unos padres livianos, mudando cohabitación como viviendas de alquiler!

Al expirar el marido, es común rogarle a la mujer joven la palabra consoladora de que no se casará jamás. En algunos países, como en Bengala, las mujeres se iban vivas con el marido muerto a la sepultura. El casamiento de la viuda o viudo es ruinoso para los hijos, subleva la parentela del difunto, y en los pueblos pequeños llama una mofa y escarnio que las justicias no se sienten con autoridad de reprimir.

La naturaleza, pues, por todos caminos retrae de la contrata que no es perpetua. La naturaleza le aplica todas sus sanciones, la naturaleza la condena, y la única indulgencia que hace a los amores es el matrimonio indisoluble. Y si es preciso y conducente que haya mujeres malas, no lo es menos que las demás, huyéndoles el lado, las adviertan que están sin honra.

En suma, la pasión del hombre le hace desear todo el bien posible a la que escoge para dueña de sus confianzas. Quiere decir, la pasión del hombre no se satisface si no es ganando el corazón de la mujer: un corazón no se gana si no es con otro corazón. El hombre, pues, por razón de su pasión propende a entregarle el corazón a la mujer. Por otro lado, la delicadeza de los demás hombres hace afrentosa para aquella mujer cualquier contrata no perpetua. El amante, pues que la quiere bien, no puede proponerle tal deshonor. Deduciéndose de aquí que la pasión y los celos del hombre son los caracteres indelebles de la ley del vínculo perpetuo. Y por tanto el fuero de la mujer está entallado en el pecho del hombre. Tal se requería para que el ente fuerte no avasallase al ente débil. Tal es el origen de la igualdad moral entre dos entes físicamente desiguales.

CAPITULO VI

Desigualdad de pobre a rico

La filosofía siempre ha estado quejosa del eco que los ricos hacen en el mundo. Todos convenimos en la queja, y todos bajamos cabeza al opulento.

No hay ley ninguna escrita en punto a quitárnosle el sombrero, y la reflexión dice: «Ese es un hombre como tú». Sin embargo, todos hacemos diferencia entre el pudiente y el mendigo. Éste, aunque nada pida, en todas partes incomoda, y no encuentra quien quiera

darle el lado. Y el que viene lleno de galas y de tren, aunque nada dé, en cualquier parte hace honra con tomar asiento.

Todos quieren rozarse con el rico y la riqueza. Los hombres, para hacer fiesta, juntan sus mejores muebles: los festines y las solemnidades públicas no parecen bien si no relumbra el oro y el lujo en ellas. En una choza se entra como se quiere. En un palacio naturalmente nos movemos a estar con modo.

Esto está sucediendo más de cuatro mil años hace en la China, país que equivale a la mitad del mundo. Y esto es lo que sucede en toda sociedad donde hay haberes. Este, pues, parece el destino natural del linaje humano, no rigiendo en él los discursos, la cábala, el silogismo, sino los flujos, las manías, los movimientos espontáneos e indeliberados, es decir, el instinto o la potencia irresistible de la naturaleza. Pues, como todos los entes tienen naturalmente las afinidades o tendencias, en virtud de las cuales sigue cada uno su carrera o su destino, así también, como se dijo al principio, el hombre tiene sus tendencias naturales que, independientemente del discurso, y aun contra los dictados del discurso, le hacen guardar esta vida o forma particular que llamamos racionalidad. Así, el flujo porque nos hagan caso, y el flujo por no estar al revés de los demás, son evidentemente los principios cardinales de la asociación y de la moralización. Aquellos dos flujos son unos movimientos o tendencias ciegas e indeliberadas del corazón, sin tener por cierto la más mínima conexión o roce con el discurso. Y lo mismo sucede en los demás flujos o propensiones generales, de suerte que en el sistema práctico de la racionalidad no es móvil en manera alguna el discurso.

Lo que se llama luz de la razón es una cosa muy distinta de la naturaleza. Ésta, en nosotros es un conjunto de afinidades o propensiones, o instintos. Y la luz de la razón es una como antorcha que alumbra el interior. La naturaleza en nosotros obra imprimiéndonos un sistema de potencias o movimientos. Y la luz de la razón no tiene otro efecto si no es ver o calcular. Si los planetas tuviesen la luz de la razón, con ella podrían tal vez ajustar la cuenta de sus propios movimientos, pero no podrían trocar la dirección o intensidad de sus potencias. Podrían conocer que de este modo o del otro irían mejor o peor, pero este conocimiento, erróneo o fundado, no les crearía o aniquilaría las potencias o afinidades que les están impresas naturalmente.

Del mismo modo, aunque el ojo del discurso o la luz de la razón nos haga conocer o calcular nuestras tendencias o propensiones naturales; aunque lanzándose, por decirlo así, fuera de nosotros, tantea el mundo y pronuncie las correcciones que se podrían o deberían hacer a nuestra naturaleza, no por eso produce o aniquila las tendencias del corazón, ni puede tener en nuestros movimientos naturales más influjo que los cálculos astronómicos en el movimiento de los planetas.

Así es que aunque el discurso diga que lo mismo es estar al revés que al derecho, la naturaleza nos hace desazonar de hallarnos al revés de los demás. También aunque diga que lo mismo nos debe ser hacer ruido que estar desconocidos, nos alegra irremediamente el ver que se haga asunto de nosotros.

Hay, pues, mucha diferencia de la voluntad o conato de la naturaleza al aviso o sentencia de nuestro discurso, y no es lo mismo ser una cosa conforme o no al discurso que a la naturaleza. Toda cuestión acerca de lo que es conforme o no a la naturaleza es una cuestión de hecho. Y la conformidad o disonancia con el discurso es cuestión de derecho. No deben confundirse estos dos géneros de cuestiones.

La naturaleza le ha puesto al hombre la pierna atrás, y tal vez el mal discurso de alguno dice que estaría mejor delante. La naturaleza nos arroja al mundo desnudos, y el ignorante discurso grita que sería mejor vestidos. La naturaleza nos señala un corto período de vida, y el discurso dice falsamente que seríamos más felices viviendo mucho. La naturaleza no nos da andar a cuatro pies o volar por los aires, y hay quien piense estaríamos mejor de aquella manera. La razón en abstracto compadece la locura de los celos, y nadie que es amante deja de tenerla. La razón no halla por qué ha de sernos mal visto muchas mujeres para un hombre, muchos hombres para una mujer, ni cualquiera de las abominaciones a que el pudor rehúsa nombre. Tampoco tiene ningún fundamento racional la compasión. Pues, si no inmuta ver cortar un árbol, ¿por qué ha de inmutar ver cortar una cabeza? ¿que crucifiquen al uno, o al otro se lo coma la desdicha? ¿Estoy acaso yo en su piel? «Perezcan todos, como yo me goce» es consejo de la razón seca, es decir, del discurso, o más bien de esta potencia que los cartapacios de filosofía llaman entendimiento. Debiéndose cuidar mucho de no confundir aquí ese género de razón digámoslo así, escolástica, con aquella razón tal cual la llama el sentido vulgar, y que significa propiamente el conjunto de flujos y propiedades que caracterizan nuestra especie, y la distinguen de las otras especies animales. Pues el discurso solo no nos distingue de éstas, siendo muy demostrable que los animales ejercen todas nuestras funciones intelectuales, aunque no en un grado tan perfecto.

Nada se adelanta con llamar a cuestión la justicia o injusticia de las operaciones de la naturaleza, ahora se suponga que la dirige un ente sabio y todopoderoso, ahora se crea que no la rige inteligencia alguna sino el mismo conjunto de virtudes que las cosas tengan tan de suyo como el ente supremo suponemos que las tiene. Pues en entrambas suposiciones, sea justo, o sea injusto, es irresistible el destino de nuestra constitución. Por más que discurran los filósofos, no es posible trocar el mecanismo y virtudes de las semillas, tanto en los vegetales, como en los animales y en los racionales. Las semillas reproducen siempre una misma organización. Por más diques que se opongan, siempre la naturaleza triunfa, como un río impetuoso vence los obstáculos, y se encaña por sus establecidos cauces.

Además de no adelantarse nada en juzgar la justicia o injusticia de la naturaleza, carecemos de los datos necesarios para examinar la conexión o intento final de sus operaciones.

Así como en el ojo se descubren una muchedumbre de partes que conciertan²⁴ unas con otras para hacer la sensación de la visión, y en la mano hacen sistema los huesos, las articulaciones, los tendones, los músculos, las fibras y las uñas, conspirando, como de común acuerdo, a componer el órgano del tacto, y todos los órganos y miembros, tanto en el cuerpo humano como en el de los otros vivientes, están casados mutuamente, y

contribuyen juntos a la subsistencia, conservación y reproducción del individuo; así también notamos en muchas especies animales unas como manías o instintos que, pareciendo dañosos y destructivos del individuo, mantienen en pie el conjunto de la especie. Y tendiendo un poco más la vista, vemos unas especies subordinadas a otras, sirviéndoles para apacientarlas o para defenderlas, y formando mutuamente y a ojos vistas un sistema concertado. Y los montes, los mares, las fuentes, los ríos, las tierras y los elementos se subordinan recíprocamente para la sustentación de este mundo. Y nuestro mundo, rodando por la región vacía, hace juego y tiene dependencia con los otros astros, cada cual de éstos madre probable de un otro mundo. Y todos ellos juntos forman, al parecer, el vasto campo por donde, al hacernos, midió su aliento el pecho de la naturaleza. La naturaleza, en suma, nada ha hecho ni hace si no es con relación al conjunto del universo.

Mientras, pues, el discurso del hombre no coja a la vez todos los cabos del universo, no puede hilar la conexión final, ni consiguientemente la justicia o injusticia de las operaciones de la naturaleza.

El flujo por armonizar con los de nuestra especie, y el flujo porque nos hagan caso subordinan el individuo a la comunidad. Y esta sola ojeada es suficiente para comprender que en la organización del hombre la naturaleza no intentó formar un ente aislado, independiente, inconexo, desprendido de los demás, y bastante a solas para sí, sino un dependiente de familia, un miembro de cuerpo, una parte de un todo mayor.

Y así como en una comunidad los estatutos bien arreglados no se dirigen ni se pueden dirigir a la conveniencia de cada individuo tomado aparte, sino al bien del conjunto de ellos, así también las miras naturales en la organización e instintos del hombre no deben medirse por la conveniencia del individuo sino, cuando más, por la conveniencia de la especie. Se dice cuando más, porque no sabemos todavía si nuestra especie no es acaso subalterna de otras especies.

Por tanto, la voluntad de la naturaleza en nosotros, o nuestra ley natural, no puede coincidir con el placer, interés, o conveniencia del individuo, sino quizá, con el placer, interés o conveniencia de la especie. Y esta consideración condena sin apelación el sistema de Epicuro, que decía que la ley natural y la virtud coinciden con la utilidad del individuo, y el sistema de los placeristas que dicen que la virtud o regla de moral coincide con el mayor placer o con el menor dolor del individuo.

Aun cuando nuestra especie no sea subalterna de otras especies, y se conceda que el solo bien de ella es el objeto de nuestra organización y, consiguientemente, de la ley de la naturaleza, no podemos asegurar que tenemos los datos necesarios para seguir el hilo de ese bien. Porque, siendo así que nuestra especie se perfecciona progresivamente y tiene varios períodos consecutivos de moralidad desde el estado salvaje hasta aquel estado sublime en que, aumentados a lo sumo el capital y la industria, la tierra mantenga el mayor número posible de habitantes, claro es que el bien común de la especie debe calcularse, no con arreglo a un solo período determinado, sino con arreglo al conjunto de todos ellos, pues lo que es bueno para un período suele ser malo para otros.

Se prescinde, cual se debe en este escrito, de las futuras transformaciones y períodos que después de esta vida pueda tener el hombre, y de los cuales nada dice la filosofía. Contando sólo con los períodos de la presente vida, es sumamente complicado coger a la vez todas las circunstancias que concurren en cada grado o período de la sociedad. Y dando de barato que algún talento extraordinario tuviera bastantes luces y noticias para abarcar aquellas circunstancias, y la despreocupación que se requiere para meditarlas y digerirlas, el resultado lo comprenderían bien pocas personas: seguramente, no sería para la capacidad del vulgo.

Pues el vulgo, sin ninguno de esos rodeos, conoce bien la ley de la naturaleza. Y si la hubiera de conocer por esos rodeos, no la conocería nunca. El vulgo es casi todo el mundo. Puede, pues, decirse que el órgano por donde la naturaleza intima o pregona su ley al mundo no es por cierto el órgano del discurso, ni el del interés, ni el del placer. Y resulta en limpio que la voz de la naturaleza está en los flujos o manías generales, o por otro nombre, movimientos, tendencias o instintos naturales. La voz de la naturaleza es el impulso ciego de la naturaleza. Ciego para nosotros, ilustrado y sabio para su autor. Y el órgano de la moral no está en nuestra cabeza sino en el corazón.

Cuando se pregunta, pues, la voluntad de la naturaleza en orden a la suposición de las riquezas, en vez de inquirir petulante y locamente si es justa o injusta, debemos tan sólo examinar el origen físico de esta o sensación o ilusión que se nos obstina, a pesar de los alaridos del discurso, y a qué fines o utilidades corresponde. Ambos puntos van a verse en este capítulo y en el siguiente.

Un pobre que está esclavo del trabajo para mantener mezquinamente sus obligaciones y que, para poner bien su familia y ser él feliz, no necesita en su dictamen consejo ni sermones sino dinero, no puede ver a un hombre opulento sin hacer una sensación profundísima del descuido y bienaventuranza de aquella criatura que en tal abundancia posee la única porque él suspira. Aquello que hace eco llama la curiosidad y la atención. Por cualquier parte, pues, que el hombre columbra al opulento, corre a mirarlo y admirarlo, tendiendo la vista por toda aquella magnificencia y ostentación, embebeciéndose en las gozosas ideas que le ocurrieran, a hallarse por fortuna en igual caso.

A un ente que tanta alegría esparce por donde quiera que va, y que llama la atención y la admiración de todo el mundo, es decir, de quien todos hacen tanto caso, no puede menos de hacerlo de un orden más importante. El nacimiento, pues, la muerte, las dichas, las desgracias y los eventos más fútiles de un grande, todo llama una atención espantosa, todo se registra, todo pasa de boca en boca y se graba como una historia del mayor asunto en la memoria de los pobres.

En consecuencia, el pobre le coge al opulento un respeto tan sumo, que si lo ve venir a pie hacia él, se atribula y echa a huir. O si le es forzoso pararse y hablarle, no halla palabra ni demostración que venga bien con su gran respeto, se sofoca, tiembla y pierde el tino.

Todos los derechos de crianza y de decencia los dejan los pequeños a los pies del grande, al modo que el tonto a los pies del cuerdo. Consiguientemente, el grande no sólo está al revés de los demás, sentado, tendido, desnudo, cubierto, o como le dé la gana, y a esto los demás de ceremonia, mas también lleva él la voz. Si se pone en pie, todos se ponen en pie; si se quita el sombrero, todos se lo quitan; si vuelve fríamente la cabeza, todos la vuelven y revuelven con el mayor ahínco; si mira arriba, todos hincan allí la vista; si medio estornuda, todos lo imitan lanzando lo que se llama el saludo, profundamente; si hace ademán de despegar los labios, todos se interrumpen; mientras habla, se lo sepultan en el oído; si pide algo, tropican por correr la voz o por servirlo; lo que le fastidia un poco, los demás lo detestan; para lo que halaga, toda ponderación es corta; sus insulseces levantan una risa vehemente, pero refrenada, y sus necias caídas pasan por sentencias.

Este flujo de armonizar con el opulento y señalarlo como ente de más suposición no está mandado por la ley humana alguna. La ley puede mandar en ciertas exterioridades, pero no penetra a mover el corazón, ni nunca se entremete en los asuntos de crianza o de buen modo, ni manda que al rico le persigamos con la vista, que nos encortemos delante de él, y hagamos de todas sus cosas el ridículo asunto a que se propende naturalmente.

Como el vernos hacer caso y admiración, el ver que los otros se nos acaten y subordinen eleva y engríe el interior, es natural que el rico tenga siempre un aire de elevación. Al mismo tiempo, el verse reparar de todos lo habitúa a estudiarse en habla, en porte, y hasta en el paso, como cualquiera hace cuando está en un público. Todo esto parece natural. Y así, disuena la llaneza y la vulgaridad en el opulento. Mas nos prometemos hallarlo con un tono de majestad, de señorío, de alegría, de independencia y de soltura, y con un estilo y demostraciones y ademanes que cuadran muy bien con la opulencia, pero que en un pobre serían ridículos de puro insolente. No de otra suerte que aquellos sabios de primera clase, los cuales en estilo, en conducta y en conversación tienen, por derecho que los demás le ceden, unas libertades y una autoridad o magisterio que en ellos parece bien, y en un hombre adocenado sería reparable.

A la verdad, un mendigo que pretendiese cumplimiento y ceremonia, y tomase aire de autoridad y elevación, o un ignorante que rasgase el estilo como si hubiera de hacer eco lo que saldría de su boca, son dos espectáculos que, al reflexionar los andrajos del uno y los despropósitos del otro, dan pasión de risa.

Ved aquí palpable la diferencia de pobre a rico.

El rico no come por dos, ni el palacio hace mejor sueño que la choza, o el vestido bordado cubre mejor que cualquier pellejo. No hay magnate que no lo conozca, y que no quisiera simplificarse. A sus solas, tanto o más les acomoda estar desnudos como de gala, un plato como un banquete, albergarse en oro como estar al raso, y el ir a pie como el andar en coche. El fausto, lejos de satisfacerles, lo miran como un martirio necesario por la razón de estado.

El atractivo de las riquezas para el que las posee no consiste en la materialidad de disfrutarlas, sino en ser ellas instrumento para el logro de los dos flujos más fuertes de la

naturaleza, a saber, el flujo porque nos hagan caso, y el flujo porque armonicen con nosotros los demás.

Y el constitutivo de la desigualdad entre pobre y rico consiste en que el pobre se tiene corto en el derecho de trato, y le cede al rico más licencia. Él hace del rico mucho caso, y halla natural que el rico le haga poco. Él se acata ante el rico y, acatándose, lo exalta. La exaltación del rico nace del interior del pobre. El pobre lo exalta porque lo admira, y lo admira por una ilusión irremediable.

CAPITULO VII

Congruencia de esta desigualdad

Reflexionándolo poco, parece duro que al pobre no le haya de mirar la cara ni aun el mismo que le pone en la mano la limosna. Nadie se detiene a preguntarle nombre y apellido. Al columbrarle los cabos, todos ladean la vista. Aunque vaya por la calle al lleno del día, es tan reparado como a media noche. En medio mismo de un corro de gente está tan escondido como en su garita.

Pues, no es poca fortuna esta oscuridad para los pobres. No es poca también para nosotros el no mirarlos. Si reparásemos al pobre, tendría que estudiarse el exterior y seguir el compás del nuestro. Su traje, su semblante, sus modales, sus lloros, sus gritos y quejidos nos parecieran muy ridículos. No lo parecen porque lo contemplamos como cosas de un hombre que está a sus solas, que está seguro de que no le mira nadie. A mirarlo, perdiera la libertad de comer por la calle, ir de verano o de invierno, tenderse en el suelo, y los otros renglones de la disciplina mendicante que le es tan absolutamente necesaria. El que tiene una falta en el cuerpo, cara o ropa, no gusta que se la repare nadie, y es poca discreción el repararla. Muchas cosas que se hacen, se sofoca uno y se encorta si se las reparan. Dependiendo de aquí giran parte de las reglas de la decencia, del pudor, de la cortesía, y de todo aquello que el discreto hace para no fastidiar en parte alguna. El no mirar, pues, al pobre, es una especie de política natural, aunque indeliberada. Se ahuyentaran, parecieran martirizados los pobres si los mirásemos.

Para perecer, más bien se dieran a saltar. Si, pues, reparásemos a los pobres, no dejarían vivir al rico. Y la ley de la propiedad no está asegurada sino en la oscuridad natural del pobre.

Si es fortuna que el hombre atraiga menos la vista a proporción que le conviene más estar oculto, no es menos fortuna que, a proporción que tiene más medios de abusar, tenga también más testigos que lo reparen, tenga más semblantes que contemplar: más vergüenza que pasar. Es fortuna que el más poderoso tenga mayor freno. La distinción de las riquezas es la seguridad del pobre, conforme la oscuridad del pobre es la seguridad del rico. Y el intento de la naturaleza en tener oscuro a aquél, y visible a éste, parece claramente la conveniencia de uno y otro.

El no causar gran lástima la pobreza consiste en que la reparamos poco, en que no nos informamos bien del equipaje, de la hediondez y de la miseria, en que la imaginación no coge pie para pintarse con viveza la escualidez del pobre.

Si la pobreza causase una compasión seria, cual causaría reparándola mucho, todos partiríamos con el pobre el pan: no hubiera pobre ninguno ni interés en no serlo. El trabajo o aplicación decayera sin límite, y la sociedad perdiera el estímulo económico. El no mirar, pues, al pobre, es el móvil económico de la sociedad.

También si la riqueza no causase la distinción que le tributamos, lo mismo nos importaría ropa buena que ropa mala, ir de moda que a la antigua, medio vestidos que del todo, el palacio que la choza, el desaliño que el aseo. Serían inútiles las riquezas, y nadie gastaría su calor en acopiarlas.

No habiendo caudales acopiados, sería absolutamente imposible la subdivisión de oficios,²⁵ cada hombre los reunirá en sí todos, y la sociedad no podría salir del estado salvaje.

La civilización, pues, procede evidentemente de la mayor suposición del rico. Y la distinción de las riquezas es un registro o instinto absolutamente esencial en el plan de la cultura.

CAPITULO VIII

Modificaciones de la desigualdad por la riqueza, y de la gradación de clases

Pero no es tan injusta la naturaleza que atempere la distinción mera y rigurosamente²⁶ por las riquezas. La consideración que se atrae el rico no es tanto por serlo como por gastarlo.

El que teniendo mucho, gasta poco, no hace ilusión, no da pie para que se le mire como una criatura feliz, sino como un traidor para sí, y consiguientemente aleve para los demás. Sus desgracias y quebrantos no mueven a compasión sino a alegría. Y sus eventos felices hacen lástima. Los medios que tiene de corromper, por lo mismo que lo hacen temible, provocan más el odio. Nada se detesta tanto como el avaro.

No basta tampoco adquirir muchas riquezas para llamar el respeto espontáneo y desinteresado que llama la grandeza.

Para parecer del orden elevado de los magnates es menester que el pretendiente no haya estado nunca en clase humilde, o tenga una alma que en cualquiera clase parezca grande. Es menester que el origen pequeño se esconda de la memoria a fuerza de tiempo, o se borre con hazañas que hagan patente la injusticia de la suerte en haber alojado bajamente un alma tan superior. Para parecer grande es menester o serlo por las hazañas o parecerlo por la cuna.

El hombre de fortuna, el hombre nuevo, llama la ojeriza y el desdén de sus nuevos coiguales, la envidia de los antiguos, y la murmuración de las clases inferiores.

Por mérito intrínseco que tenga, si carece del extrínseco, que es el único que pueda juzgar el vulgo, siempre se supone hay otros muchos hombres, por lo menos, de tanto mérito. Y de consiguiente, choca la distinción.

Si se vulgariza, lo menosprecian sus iguales. Y si se engríe y toma todo el fuero, se hace odioso a los demás. Es menester o grandes proezas, o entronques muy ilustres para que el hombre nuevo parezca como el de cuna.

Éste, por lo contrario, aunque pierda sus riquezas, continúa tiempo haciendo viso en la imaginación del pueblo. No carece de fundamento la ilusión.

El mérito o demérito de cualquiera lo participan en algún modo sus amigos: conforme se sienten honrados en lo uno, también se afrentan y como que conocen desdorar de lo otro. Nadie que tiene vergüenza quiere pasar por amigo de un malvado, porque la amistad la creemos porvenir de la semejanza de carácter, y nos es natural formar concepto de uno por el que tengamos de las gentes de su roce. Amigos, pues, parientes, y sobre todo padres ilustres, parecen sordamente motivos poderosos para portarse con honor. Tan estragado como estaba Catilina, sin embargo, al darse la batalla, refiere el escritor de su conjuración,²⁷ mostró un heroísmo extraño en un caudillo de malhechores.

En todas las repúblicas cultas se hizo mérito de la ilustre cuna. Y la naturalidad de esta idea se muestra bien en la costumbre de los insignes poetas griegos y romanos, que nunca olvidaron atribuir o fingir un origen muy esclarecido a los héroes que celebraban.

Pero no sea esto ocasión para que la nobleza moderna se engría de sus ridículos privilegios, y de sus pergaminos y protocolos todavía más ridículos, rezando unos parentesco con Wamba, otros con Galba, y quienes subiendo la alcurnia hasta Noé. En mil años de sucesión, malo será le falte²⁸ a nadie un ascendiente que se haya señalado en mérito y otro en villanía.

Los ilustres parientes que miramos como estímulo, o que tienen opción al agradecimiento del público, no son los remotos del tiempo del diluvio, o del tiempo de los Moros, cuyos beneficios o hazañas ya ni agradecemos ni admiramos, sino los parientes inmediatos, aquéllos cuyo rostro esté todavía en la memoria de las gentes, cuyos beneficios se estén reconociendo y palpando aún, y cuyas máximas y ejemplo haya verosimilitud de conservarse aún en la familia. Los muertos de nuestros tiempos siguen vivos en nuestra imaginación, y los figuramos atentos a nuestra conducta. Y por tanto, si a alguno de ellos le hemos tenido o cariño, u obligación, hacemos la demostración con sus allegados o parientes, creyendo que él lo aprecia desde el sepulcro.

La distinción natural de las riquezas es generalmente proporcional al carácter que suponen en el poseedor. Así, los que viven de ganancias procuradas por sí mismos no hacen el viso que los que viven de renta.

El objeto del que vive de ganancias es aumentar su capital, pues para no aumentarlo, lo pondría mejor a renta. El capital no se aumenta si no es ahorrando de sus ganancias. El que vive, pues, de ganancias procuradas por sí, propende a economizar más que nadie, y a privarse de mil cosas de que no careciera el rentero en iguales medios. Por lo cual éste gasta más esplendor, y hace más viso.

También el comerciar propende a infundir resabios impropios en las personas visibles.

Comerciar es para ganar. La ganancia se hace comprando en menos que en lo que se ha de vender, o vendiendo en más que en lo que se comprase. Comprar barato y vender caro son el negocio, y de consiguiente el estudio y el esmero del comerciante.

El que se llama buen comprador tiene habilidad para vituperar el efecto, ponderar el exceso del precio y persuadir la dificultad de su salida, y todo esto sin que parezca estudio. Lo contrario se requiere en el vendedor hábil.

Comerciante que quisiera echarla de honor, y no decir en sus ajustes sino lo que realmente siente, sería un comerciante menospreciable y quebraría a muy pocas transacciones.

Terceros que, haciendo del ignorante, suelten especies como por acaso; cartas que se esparcen de unos barcos que vienen a surtir, otros que vienen a extraer, noticias exageradas o fingidas de surtidos, consumos, paces, guerras, lluvias, cosechas, batallas, presas o naufragios; mil interlocutores haciendo el papel. Y a todo esto, el actor principal, el comerciante tras del talón: éstas son las máquinas comunes, ésta es por fuerza el álgebra, ¡quién sabe!, en las cuantas por ciento de las especulaciones mercantiles.

Una mera noticia que uno haya dado equivocada, sofoca y amarga hasta hallar ocasión de sincerarse. Un criado que, por obedecer, excusa al amo, se avergüenza si éste se presenta, u oyen que está dentro. ¿Qué sería el comerciante si le descubriesen la repartición de papeles en cada escena? Bien se sabe que cerrada la contrata, el comerciante guarda fe. Bien se sabe que su interés es atenerse a lo legal, pero no es lo mismo la legalidad que el honor o la hombría de bien.

En Inglaterra, por razones particulares, el comercio ha medrado mucho antes que la labranza. Y, a consecuencia, las leyes y las costumbres nacionales tienen más de lo mercantil. En España, las clases más medradas y que dan la ley en cada pueblo, son los labradores hacendados. Y, a consecuencia, el modo de pensar español tiene por lo general otra nobleza que el inglés.

Por unas reglas semejantes, juzgamos de todos los oficios o profesiones, y tenemos mucha razón para no mirar con unos mismos ojos al menestral que al liberal, al sirviente que al amo, al de oficio sucio que al de limpio, al vago que al de taller, al decente que al indecente, al que supone educación como al que no necesita sino los brazos. Los mismos de las profesiones dan idea del justo orden en que se les coloca.

El artesano ahorra comúnmente para emplear en lo que le es más fácil, que es en aumentar el número de oficiales hasta hacerse fabricante. Éste y el comerciante se proponen acrecentar con el deseo de arraigarse y hacerse caballeros. El arraigado piensa en condecoraciones y títulos. Y el título en entroncar con gente de más ilustre o de más poder.

Cada cual aspira a lo que le parece más lucido y no vemos que el grande retroceda a mero título, éste descuide de conservarlo, el arraigado se ponga al tráfico o el comerciante tome oficio.

Entre los de arte, el facultativo no pone sus hijos a lo mecánico, el limpio no quiere pasar a lo sucio, el que tiene taller se desdeña de los que andan por las casas, ni éstos últimos quieren trabajar por las calles.

Unos oficios tienen su tara, otros son de gratificaciones y regate. Los primeros cobran su justicia, los otros tienen trampantojos y bajezas, y no pueden pretender la vergüenza y honradez de aquéllos.

En fin, en estas distinciones no interviene la ley. Son hijas espontáneas de la opinión pública, contra la cual no hay lugar a quejas. La ley no puede ni producir ni contrarrestar la opinión pública. Oficios hay que antiguamente se reputaban viles, y la ley, no reformada desde entonces, los trata como tales; y sin embargo, en el día los miramos ya como muy decentes. Al contrario, otros muy distinguidos en la legislación vieja tienen poco concepto ahora.

Es bien de advertir que las naciones que no hicieron mención de la desigualdad de personas en su legislación, no fueron nunca sino aquellas naciones rudas y pobres, donde no habiendo haberes ni, consiguientemente, subdivisión de oficios, todos los individuos eran iguales sobre bien poca diferencia. O acaso alguna colonia que, estando recién principiada a cultivar, y componiéndose de bárbaros, de desterrados, y de pobres aventureros, no tenía ningunas familias esclarecidas que hiciesen grande viso. Esto es decir que las naciones que no sentaron la desigualdad por basa de su gobierno, fue porque al tiempo de formarlos, tenían realmente iguales sus individuos.²⁹

CAPITULO IX

Congruencia de la gradación de clases

En las ciudades populosas la dificultad de saberse quién es cada uno, principalmente fuera de su casa, abre el campo a la presunción, y cada clase quiere aparentar en el traje un rango superior al que le pertenece.

El traje ata mucho. Conforme el que se disfraza de pobre adquiere libertades de la pobreza, así el que toma traje de persona fina se impone las sujeciones de ésta. Porque si

el aire, los modales, la conducta, no cuadran con la ropa, él es hombre descubierto, deslográndosele el intento con mucha irrisión de todos.

De este modo, las clases groseras aprenden de las finas con la idea de confundirse. Éstas, sintiéndose acercar, se estudian y refinan para sobresalir aún. Y la cultura y la racionalidad crecen a la par del lujo.

De las ciudades grandes va el lujo a los pueblos menores, por medio de la moda. Y por consiguiente, a proporción que ganan terreno el aseo, la moda y el lujo, lo va ganando también la racionalidad y la blandura de las costumbres.

El lujo, pues, y la moda son el vehículo o conductor natural de la racionalidad. Y un país sin lujo y sin modas quiere decir que la racionalidad en él está parada sin hacer progreso.

Una clase nunca compite con otra clase muy superior a ella, sino tan sólo con la que le está inmediata. Con la otra sería inútil y ridículo el intentarlo. Una clase, pues, no copia, no aprende sino de la inmediata que le está encima. La cultura de las clases superiores no influye directamente en las clases ínfimas, y por tanto el progreso de la racionalidad no procede de la desigualdad de clases, sino de su gradación imperceptible.

Así, en los pueblos donde no hay sino dos extremos, unos pocos muy ricos y todos los demás muy pobres, no adelanta nada la cultura.

Por la supresión, pues, de la nobleza, y no por los débiles institutos de Mahoma, es por lo que se mantiene tan bárbara y uniforme la Turquía. Que a los mahometanos les esté prohibido examinar la religión, es un recurso muy pobre. El que carece de luces, nunca la examina, aunque se le permita, y aun cuando se le mande. Y si no, véase lo que entre nosotros cuesta hacerle aprender la doctrina al vulgo. Pero el que tiene luces para examinar la credibilidad de la religión por sí mismo, no es fácil se contente con el dictamen ajeno en un asunto de tanta monta. Por confianza que se tenga en el conductor o portador de un dinero, y aun cuando no haya intención de hacerle cargo del desfalco, es natural la curiosidad de contárselo, por lo menos a la espalda. Aunque no haya fraude, puede haber equivocación. La certidumbre que uno adquiere viendo las cosas por sus propios ojos es mayor que la que se adquiere de la relación ajena. No importa que los peritos en una facultad nos digan unánimes una cosa: siempre tenemos curiosidad de examinarla. Todos los físicos y matemáticos convienen en una porción cierta de principios, y sin embargo, cualquiera que se aficiona a estas ciencias no se satisface con los resultados: quiere hacer él mismo por su mano los cálculos o los experimentos. Ni aun de sus propios ojos se fía el hombre siempre que hay otro examen más seguro, y así cuando vemos algún objeto extraño que nos llama la atención, no estamos contentos hasta que nos llegamos a palparlo. Dando a entender con este flujo aquel principio de los metafísicos, que el tacto es el único sentido que haga conocer originalmente la existencia de las cosas exteriores. La curiosidad, en vez de apagarse, se excita con la prohibición. La reunión de los dos poderes, espiritual y temporal, en el mahometismo, tampoco es ninguna invención de gran mérito, porque no tiene originalidad ni puede hacer más duraderos entrambos despotismos. Al contrario, sería más firme su apoyo si el que

predica a favor del Emperador no fuese el mismo emperador, y el que predica a favor del sacerdote no fuese el mismo sacerdote: no tendrían entonces tanta sospecha las oficiosidades. El riesgo de que separados así los poderes, tuviesen altercados, es imaginario. Tendrían sus altercados, pero bien se reunirían en importándoles. No hay cuidado que el alcalde y el escribano se desunen si a uno y otro les tiene cuenta.

En el Espíritu de las Leyes³⁰ bien se dice que en las monarquías es necesaria la nobleza, pero ni se prueba, ni los precarios e inconexos principios de aquella útil obra tienen la más mínima conexión con ello.

Tampoco, si fuese posible la igualdad política, si el equipaje y la ropa no distinguiesen la persona, nadie tendría flujo por copiar a los demás, se acabaría la moda y el lujo, la cultura y el trabajo decayeran sin límite, hasta parar en el estado salvaje.

El flujo por el traje dimana del de hacer viso. El viso no se exterioriza ni tiene donde fijarse sino en el traje. Bastaría, pues, desnudar una nación para hacerla retroceder rápidamente al estado salvaje, viniendo a ser la ropa para la especie del viviente racional en cierto modo como la hoja y la tríplice corteza para la especie del viviente vegetal. Éstas no sólo adornan y defienden: sirven también para la circulación y secreción de los jugos para el nutrimento y sazón del árbol.

La tendencia de las leyes suntuarias es contra el progreso de la civilización. Y un distintivo a las clases, como el que por invención de Minerva se dice en el Telémaco, y como en parte se usa en levante, atajaría de todo punto el progreso de la cultura.

Por el mismo principio, el establecimiento de cruces, tratamientos y uniformes, aunque por otros lados pueda ser útil, es evidentemente nocivo para el progreso de la cultura. El que lleva su cruz o uniforme, y aun aquél a quien hay que darle tratamiento, no necesita más equipaje, más modales, ni más finura para exteriorizar su rango. No sería tanto el daño, si aunque hubiese órdenes de caballería, tratamientos y uniformes, no se llevase la insignia por la calle, y los tratamientos y uniformes fuesen no más que para ciertas ocasiones.

Por lo que se ha dicho del lujo no se construya que aquí se intenta definir cuestiones de moral. Las miras de este escrito no pasan de lo físico. Y en él no se quiere sacar al medio sino lo que realmente pasa en la naturaleza para cultivar al hombre, prescindiendo totalmente de si el lujo es pecaminoso o no.

Según el sentir de los teólogos, hasta el pecado tiene sus utilidades, y está calculado para el bien, si no del individuo, por lo menos de la comunidad. El discernir con la vista figuras, distancias y tamaños, es sabidísimo consiste en identificar la luz y el color con las cualidades táctiles, sin más fundamento que el de la correspondencia fija que guardan entre sí las variaciones de estas cualidades: al modo que los mejicanos, por ver siempre sentado el jinete, creían que él y el caballo eran un animal sólo. De otra ilusión queda demostrado dimana el trabajar y el vivir como racionales. También el cultivarnos y afinarnos procede de la desnudez en que nacemos. En el hombre es rara la facultad que

no tenga por móvil algún error práctico. Y si nos curásemos de errores, no podríamos subsistir. La ignorancia en que nacemos, y las ilusiones generales a que nos habituamos, son parte esencial en el plan de nuestra naturaleza. Y nada arguye mejor el conocimiento y la providencia de un Dios que la ignorancia y los errores del hombre.

Lo único que se dirá aquí en orden a la moralidad del lujo, es que quien gasta más de lo que tiene, se arruina o se da a cualquier delito. Pero en medio de hablarse tanto del incremento del lujo en nuestros días, lo cierto es que la economía y la ahorrativa son del carácter general del mundo. Todos tiran a mejorar su suerte, y esto no se logra por lo común sino ahorrando. Los pródigos son en menos número que los mezquinos. Cuento cada uno las ruindades que le han pasado, y verá que exceden de mucho a las generosidades que tenga que agradecer.

El presumir, el tenerse en más de lo justo, es vanidad. Es vanidad por cierto, porque ninguno que lo conozca a uno lo tiene en tanto. Es vano, es inútil tenerse en más, porque no se saca más sustancia que disonar de los otros e incurrir, cuando menos, en su irrisión. Pero el flujo por mantenerse uno en su rango no tiene nada de vicioso, o lo tienen todos los afanes de la vida, los cuales no se encaminan por lo común si no es, o a conservar el rango en que se naciese, o a adquirir el que por su particular mérito o casualidades crea uno corresponderle.

No parece que la religión católica mande atenernos a lo que se llama un no perecer e ir tapado, habiendo muchos varones bien católicos y doctos que recomiendan la caridad de socorrer con decencia al pobre vergonzante. Jesucristo no sólo tuvo las miserias de nuestra naturaleza, en términos de temer la muerte que a los tres días se las quitaba, mas también en el discurso de su vida parece guardó los estilos de crianza portándose con el decoro correspondiente al rango político que obtenía en la opinión del mundo. Él llevaba túnica larga, sin embargo de que para cubrir lo preciso había bastante con menos ropa. Y particularmente sabemos no despreció los honores que le hacía la Magdalena,³¹ mas antes reprendió la mezquindad de aquel discípulo a quien se le hacía duelo malgastar en los pies el precioso aroma, cuyo producto hubiera podido quitar el hambre a algunos pobres. Al mismo ente supremo le atribuimos el flujo por el rango, de natural que nos parece. Porque, ¿qué otra cosa son los honores que le hacemos sino una demostración política del sublime rango en que se le coloca? Regístrense todos los pueblos y religiones del mundo, y se verá que el culto que han dado y dan a sus dioses se reduce a hacerles caso, a distinguirlos, a acatárseles a darles un trato superior, en suma, a reconocerles la sublimidad de esfera.

El que yendo de pueblo chico a pueblo grande aumenta la ostentación por no desdecir de sus iguales, tampoco parece reprehensible en ello. Lo mismo sucede con cada vecino de ciudad. La máquina, digámoslo así, de la naturaleza, por utilísimos fines, fuerza el lujo en las ciudades, y cada vecino se siente arrastrar del compás de sus iguales.

La falta, si la hay, está en quien lleva el lujo de la ciudad a los lugares. Pero ni se ha de hacer ropa nadie a cada viaje que haga al lugar, ni el que se acostumbra al aseo se deshace de él tan fácilmente. Cuanto más, que exteriorizado en el traje y en los modales

el aumento real de racionalidad, dignidad y suposición, es afrentoso volver atrás. Por tanto, en el lujo debemos atenemos a una opinión media, y el predicar por extremos es cansarse la lengua en balde.

No puede negarse que el lujo suele traerle males al individuo, porque ¿qué cosa buena hay de que no pueda hacerse mal uso? Pero peores males le trae la tosquedad, pudiendo establecerse por regla general que, a proporción que los países son más rudos, desaseados y pobres, hay menos racionalidad, menos virtud, menos felicidad en ellos, como se verá bien pronto.

DIGRESION II

Del efecto de la solemnización del traje en los Clérigos y Religiosos

Los eclesiásticos y los monjes, a los principios de su institución, llevaban la misma ropa que los seglares, y no se diferenciaban de éstos exteriormente si no es en ser y parecer más timoratos, y acaso más austeros.

Pero luego que se reglamentó el claustro, pareció mal que los monjes siguiesen la moda en el vestido, mas retuvieron siempre un mismo estilo de ropa. Y habiéndose mudado enteramente con el tiempo la de los seglares, los monjes quedaron con un traje singular que les exterioriza la profesión.

Sea ya el monje lo que quiera, siempre parece monje. Por tanto, la disciplina de los hábitos, en medio de tener un origen muy recomendable, tiene la misma tendencia que las insignias de las órdenes de caballería. Aunque uno sea un hombre bajo, si lleva las insignias de caballero todos los que no le conocen le gradúan de tal, y los que le saben el fraude tienen todavía que respetarlo por atención a los otros caballeros, cuyo rango se le solemniza. Lo mismo es con los monjes. Aunque alguno de éstos, por desgracia, sea tan desahogado e irreligioso como quiera, el hábito le pregonara recogido y religioso: aun conociéndole su maldad, hay que tenerle consideración por razón del hábito. Porque como entonces no se dice fulano es un pícaro, sino el monje fulano es un pícaro, parece que la tacha o apodo moral cae no sólo en el nombre del individuo, sino también en el de la especie, y por esto todos los que son de ella se resienten. Y por rencillas que tengan entre sí, se reúnen de común acuerdo y juntan sus fuerzas para defender todo aquello que se refiere al hábito; del mismo modo que cualquier cuerpo, sea el que se fuere, propende naturalmente a tener parcialidad por el más mínimo miembro suyo, en competencia con los extraños. Cuando un coche atropella sin culpa, todos los que van a pie se reúnen para acriminarlo. Aunque un noble cometa un asesinato alevé, y que por consiguiente lo infama en el concepto público, todos los nobles en España se oponen a que se le dé suplicio infamatorio. Si a un eclesiástico, por criminal que fuese, lo sacasen a un patíbulo, patearían todos los eclesiásticos. Si esto sucede con los cuerpos que tienen poca liga, ¿qué será con un cuerpo de gentes que viven en perpetua liga y compañía, atadas mutuamente con un vínculo solemne, y tan indisoluble casi como el del matrimonio? El hábito, pues, pregonando la liga a una legua de distancia, protege forzosamente la

licencia del monje que degenera de su santo instituto. El hábito quita parte del estímulo virtuoso que tenían antiguamente. Puede decirse en algún modo que ya el hábito hace al monje.

También se refiere aquí la liturgia, u oraciones y oficios de la Iglesia, y en general toda solemnización de lengua, porque estas cosas, en solemnizándose, son ya un distintivo que hace el mismo efecto que el de la ropa.

Cuando el idioma de los oficios de Iglesia era el común, el auditorio reparaba en la devoción y propiedad con que oficiaban los ministros, y reparándolo, los tenía a raya. Ahora que habiéndose mudado la lengua del país, los oficios han seguido naturalmente en la misma en que se establecieron, el auditorio, como que no la entiende, no sirve de tanta sujeción a los ministros, ni tampoco puede acompañar en ellos, como hacía antes. El pueblo no percibe ya del culto sino las exterioridades. Ha menguado la sustancia de su devoción, y por esto ha habido que aumentar gradualmente la exterioridad.

También cuando las palabras eucaristía, hipóstasis, misterio, iglesia, sagrado, presbítero, diácono, contricción, canónico, obispo, idolatría, etc., etc., eran palabras de vulgar etimología, cuya composición y significado propio y original todos conocían, cualquiera se imponía en la religión casi sin estudio. Ahora el vocabulario eclesiástico necesita de mucho estudio, y por tanto el vulgo conoce muy poco la religión. Así mismo, como los explicadores de la doctrina no podían hablar de ella sin ser entendidos de los oyentes, tenían que ser hombres de suficiencia y de buen celo. Pero ahora la ignorancia y la negligencia pueden encubrirse fácilmente con dos docenas de palabras cuya explicación, de puro ardua, no es regular la pida el vulgo.

La solemnización, pues, de idioma y de traje distinto, a pesar de tener un excelente origen y de convenir quizá para otros fines, tiene tendencia de relajar gradualmente tanto los ministros como sus feligreses. Y al paso que la cultura destierre el cruel aprendizaje de las lenguas muertas, se irá relajando más el misterio de la religión y su fervor en los creyentes, a no ser que se haga alguna reforma, o que Dios, por su alto poderío, sostenga a unos y a otros milagrosamente.

Pero la solemnización del traje en los clérigos produce un efecto algo distinto que en los religiosos.

Los clérigos, puede decirse, gastan dos vestidos. El corto debajo, y el talar encima. A veces van de corto, y como en la hechura de éste no tienen establecido reglamento alguno, es natural que el flujo por no estar al revés de los demás les haga seguir la moda de los seglares. Siguiendo la moda en la ropa, es forzoso sigan también el estilo en lo demás, pues si el deseo de no desdecir los entra en lo uno, el mismo deseo debe entrarlos en lo otro. Y así el trato de los clérigos es muy parecido al de los seglares de iguales medios. Un canónico se porta como un caballero, y disuena ver de canónico a un hombre tosco o de baja educación.

El traje de los religiosos, sobre no poder entrar en la moda de los seglares, es un traje tosco que no fuerza a pulcritud ni aun a aseo. La costumbre de tirar agua encima y hacer otras burlas en el carnaval no se va desterrando en los pueblos de España si no es a proporción que va entrando el lujo. Con éste, por una parte, la finura de la ropa hace más sensible que la manchen. Por otra parte, el mayor rango y cultura que ella supone hace portarse con más dignidad. Así, entre la gente pobre todos los juegos son de manos, y entre la gente rica parecen mal. Quiere esto decir, que la grosería y singularidad del traje de los religiosos propende a hacerlos menos pulcros, menos aseados, menos finos, y de un trato menos digno. Así, a un clérigo rico se le hospeda y se le agasaja como a un caballero, y de consiguiente él tiene que portarse como tal. A un religioso se le hospeda y se le trata con más llaneza. En suma, la clase religiosa no es de tanto cumplimiento como la clerecía.

En consecuencia, al clérigo le chocan menos las costumbres y estilos de la gente fina, y por tanto su moral es más esparcida y política. Al religioso, igualmente que al hombre llano, le chocan más las costumbres de la gente de cumplimiento, y por tanto su moral se resiente de lo tosco.

El clérigo une más con el hombre de mundo, y el religioso liga mejor con el vulgo. El clérigo, pues, tiene partido con la gente fina, y no lo tiene con el vulgo. Al contrario, el religioso tiene mucho partido con el vulgo, y poco con la gente fina. Y como el oficio de clérigo y el de religioso se mantienen a expensas del público, resulta en limpio que la clerecía es odiosa al vulgo, y los órdenes religiosos no tienen grande apoyo en la gente culta. Al paso que cunde la cultura, pierden partido los religiosos.

De estos principios se infiere que el poner uniforme tosco o talar a los educandos es perjudicial a sus modales y cultura.

Pero la diferencia y la rusticidad del traje no quitan el flujo de distinguirse por lo exterior. En los claustros hay bastantes quimeras y castigos sobre el corte y la figura del pelo, sobre el modo de plegarse el hábito, sobre el de ceñírselo, y sobre otros elementos de su ropaje, de que los seglares, por repararlo poco, no se hacen cargo. Manifestándose con esto que no por carecer de las modas de las otras gentes, dejan ellos de tener las suyas.

La ropa talar, si bien no admite tanta variedad de modo, por otro lado da un pie más allá a las rencillas³³ que se mueven por la presunción del personal.

El que tiene buen rostro y es mal formado, como el ropaje talar le encubre las faltas, puede tener una presunción de que careciera si se pusiese de corto. El que, siendo bien formado, es feo de cara, parece debe estar quejoso de que el otro, cuya persona vale menos, luzca más por razón del traje que lo encubre.

El ropaje a que propende la cultura es el que pone la formación a descubierto. Este es el interés de los feos de cara, es decir, es el interés de los más, porque como los elementos de la cara son en mucho mayor número que los de la formación, debe ser mucho más raro hallar una buena cara que un buen cuerpo.

Todo país donde el traje común es el talar, no puede estar muy culto.

CAPITULO X

De la proporción de la moralidad y de la racionalidad con la cultura

1º Desde Epicuro acá se ha dicho muchas veces, y en la época presente es de moda decir, que el interés propio y el deber coinciden en tales términos, que es una conveniencia en este mundo el ser uno bueno. Y el que peca es porque, no entiende su negocio. Propiamente, es decir que el pecar es por yerro de cuenta, y que nadie pecaría, si fuese persona de alcances, de modo que el pecado es una ignorancia y no una culpa.

Esta doctrina queda refutada en el capítulo segundo, y de lo allí dicho se infiere que el hombre, en tanto es agente moral, en tanto es racional; en cuanto se gobierna por las fuerzas morales de honor, amor, vergüenza, en cuanto para conducirse no atiende tanto a su pasión o poderío como al rostro o pensamiento imparcial de sus semejantes. El hombre, en tanto es racional, en cuanto se atempera menos al interés propio que al interés ajeno.

2º En la vida salvaje concurren circunstancias particulares para embotar o para impedir el completo desarrollo de este órgano o como sentido moral.

Ignorantes los salvajes del derecho de las propiedades porque no hay entre ellos quien las posea, no reconocen en punto de haberes más leyes que la fuerza. La dureza a que los habitúa primero la soledad de su niñez, y luego la aspereza de los trabajos en que viven, les apaga la compasión. Y si alguna centella les queda de ésta, acaba de sofocarla³⁴ el hombre que o los devora o los amenaza.

En consecuencia, están siempre de guerra a muerte unas tribus con otras. El que cae prisionero, muere de un suplicio espantoso. Y así embravecidos, no distinguen entre enemigo y forastero, ni respetan la cara sino de su propia tribu. El más infame ciudadano es más bien de fiar que el mejor salvaje.

Entre nosotros mismos, en los lugares toscos y rayanos de jurisdicción o de partido, los vecinos del uno están casi siempre de ojeriza y como de hostilidades con los del otro, y por los parajes apartados de las carreras un forastero decente, como no lleve mucha pompa, va muy expuesto a que lo provoquen.

En África el viajar es muy arriesgado. Y en parajes donde no son tan bárbaros que no conozcan el uso de la moneda, son frecuentes las incursiones de unos vecinos contra otros, no ya para saquearse los aduares, sino para apresar las familias enteras y venderlas dispersas, como bestias, sin remordimiento alguno.

3° Que la administración de la Justicia sea mejor y más exacta donde se necesita más, donde se cruzan más intereses, donde cada cual tiene más que perder y más que guardar; es decir, en los países más ricos, es un hecho tan natural, que él mismo se cae de su peso.

Las virtudes de condescendencia son poco comunes en los países pobres. Un par de zapatos que uno se ponga con un sí es no es más de punta en un lugar pobre, ya está levantado el lugar. Por maravilla tiene la más mínima singularidad un vecino de país pobre, que no le caiga encima el apodo para él y para sus hijos. Aun en aquellos países donde no se sigue la religión verdadera, no hay hombre vulgar que no ose sojuzgar insolentemente al que no profesa la propia de ellos. En Atenas toda la persecución contra un personaje tan ilustre, tan amable, y tan sumamente original como Alcibiades, y los desastres que de ella se siguieron, no tuvieron más sustancia que aprender el pueblo que Alcibiades, general que por entonces necesitaban, no creía en el Dios Mercurio. En Madrid, sin embargo del particularísimo seso y meollo de los castellanos, sin embargo de la finura y honradez de las gentes decentes de la villa, ¿quién es el que mueve los alborotos por la basquiña, por la mantilla, por las modas? ¿Quién tiene el descaro de insultar boca a boca a las señoras de más respeto, sino esa plebe mendiga, esa chusma de miserables artesanos que escasamente ganan para cubrir sus carnes?

Naciones pobres quiere decir naciones compuestas de lugares y villorrios de poca comunicación, En semejantes pueblos no hay casi ninguna virtud social. Tres o cuatro individuos hacen figura, se disputan la primacía, el vecindario arde en una especie de cisma, y no reina sino la envidia, murmuración, acechamientos y chismes. Al que se ha criado en lugar, toda la vida se le conocen los resabios lugareños, murmurando eternamente de aquél mismo a quien visita a todas horas, y no pudiendo unir con nadie.

4° Como los primeros fueros que ganan los bárbaros son a viva fuerza, en los pueblos rudos el hombre visible trata a los inferiores con la misma insolencia que al vencido el vencedor. Él les canta el fuero en sus barbas, y aún se conserva en Inglaterra la costumbre de hacerse a la presencia de uno un escrutinio, callado pero conocido, de su rango y dignidad para conferirle en consecuencia el asiento que le toque a la mesa, siendo lo más singular que los ingleses que se domicilian en España retienen religiosamente esta bárbara costumbre. La gente fina se va con mucho tiento en cantarle a ningún hombre blanco: «Vd. vale menos que el señor».

Como las primeras justicias que administran los hombres es, no por ambición que tengan de ejercerla, sino rogados y pagados por los que recibieron el agravio, la primera renta de los soberanos y poderosos sale de las gratificaciones que al pronto se dan, y luego, por su mucho producto, se exigen de los protegidos. A consecuencia, en los pueblos bárbaros los poderosos no se colorean de admitir ni de pedir regalos en dinero, siendo generalmente esta costumbre en África y en parte de la Asia, y quedando todavía tantos vestigios de ella en Inglaterra, que el mismo que convida suele hacer pagar a escote. Y el agraviado en adulterio toma, por sanción pública, dinero del ofensor en satisfacción. Bien que a estas vergonzosas prácticas puede también contribuir el espíritu mercantil.

5° El sistema de las virtudes sociales o de racionalidad, como que, procede de unos mismos principios, es tan delicado y difícil como el sistema de la finura. Ni bastaría conocerlo para practicarlo. Es menester habituarse a él, porque las cualidades morales no penetran, no se contraen sino a fuerza de acostumbrarse.

Cultos como estamos, incurre en mil nulidades a cada paso nuestra juventud, con todo el esmero de su crianza. Es comunísimo en los jóvenes distinguidos hallarse encortados cuando se sientan entre personas de talento y de mundo, dimanando la cortedad de no conceptuarse capaces de portarse con propiedad en cada caso ¿Qué le sucederá, pues, a un hombre común? ¿qué a uno sin crianza? ¿qué a un salvaje?

La historia de los países cuadra con esta observación, mostrándose palpablemente en los que conocemos que la socialidad, la racionalidad y la finura no son obra de pocos años para una nación.

Entre los antiguos griegos, a pesar de sus prodigiosos progresos en las artes, era comunísimo el alabarse. Los célebres artistas colgaban sus obras a la puerta con rótulos jactanciosos e insultantes. Sus filósofos, a excepción de Aristóteles, que fue cortesano de un rey, tenían generalmente una ingenuidad pueril y de mucha presunción. Unos caracteres como el de Sócrates, queriendo examinar y sojuzgar petulantemente a cuantos encontraba por la calle, y que vivió engañando con la verdad, es decir, que quería pasar por sabio pregonando importunamente que no sabía nada; el venerable Platón que, sin saber nada de sustancia, afectaba siempre un aire como de oráculo; pasarían en España por unos mentecatos, y todos los demás filósofos griegos, quitando a Epicuro, que fue hombre de ingenio y de mundo, por frenéticos. Las tropas griegas no conocieron la ley del honor. El palo era la sanción de los ciudadanos que servían en las armas, y en vez de la palabra de honor, tanto entre ellos como entre los Romanos, se tomaba juramento. Los padres aún conservaban el derecho salvaje de poder quitar la vida a sus recién nacidos.

En la antigua Roma, a vueltas de su estupendo lujo, había tan poca delicadeza que los amos de casa se tomaban siempre el mejor lugar a la mesa, y los convidados tenían que traer consigo la servilleta. Por dirección de Cicerón se cometió la grosería de ahorcar en secreto a un noble como Léntulo, y en mil casos no tuvieron empacho de valerse de la traición y de la perfidia. Sin embargo, los Romanos, como que su gobierno además de ser aristocrático, tuvo mucha mayor duración que el de la antigua Grecia, llegaron a ser más cultos en los modales.

La Inglaterra, en medio de estar mucho más adelantada que la España en industria y riqueza, guarda todavía muchos más resabios del tiempo de su barbarie. Aún conservan el pelearse a mojicones, y las gentes más distinguidas hacen el groserísimo ademán de ellos en las amenazas de chanza. Su bello sexo se trata con muy poca finura. Rara señora se peina de peluquero, para las calles mojadas estilan una especie de tréveres de hierro bajo del zapato, poquísimas gastan media de seda, el abanico principia a introducirse ahora, y los tacones no los usan aún sino las damas de jerarquía. En las comedias de lugar está bien visto tirarle a la cantora moneda de cobre desde el patio. Y ella, con todas sus galas, se baja para cogerla. Del pañuelo de narices se hace muy poco uso: no parece mal en

personas bastante decentes sonarse sin él. No se gastan servilletas sino en mesas de mucha distinción. Y fabricándose tanta tijera en aquella isla, aún tienen la torpeza de cortarse las uñas con navaja. En las mesas se guarda una etiqueta, una torpeza y silencio cerril, que la hora de comer con ellos es para el forastero una hora de suplicio. El arte de la cocina apenas principia a conocerse ahora en Inglaterra. Las mujeres extrañan y agradecen mucho la oficiosidad y deferencia del Español³⁵ y del Francés. Como Londres ha medrado tan rápidamente, ha contraído los vicios del lujo más pronto que sus virtudes. Y así, el populacho inglés tiene una inmoralidad y una barbarie de que no es fácil hacerse una idea. Como los Españoles no están acostumbrados a ver traje fino sino en gente muy racional, les sorprende el verlo a cada paso en Inglaterra en gentes del trato más soez. Todas las cosas inglesas tienen una mezcla de lo que acá llamamos merced y señoría. Lo mismo se dice de los Rusos que, neciamente, intentó afinar de golpe Pedro el Grande.

6° Esta diferencia de costumbres y de ideas que se halla en cada grado y período de civilización procede de la misma naturaleza, porque reparándolo un poco, se echa de ver bien fácilmente que los usos de cada país, de cada edad, de cada clase, son los que más dicen a sus circunstancias. La virtud misma que más eco hace, el valor, si quieren ser ingenuos los militares, no pueden menos de confesar se aprende, se habitúa, y se connaturaliza como la habilidad o destreza en cualquier oficio. Generalmente, los soldados no muestran más descuido de las balas que las infelices vivanderas estimuladas de un interés tan despreciable como el de su pequeño tráfico.

Esto está en el orden. Por repugnante que le venga un estado a cualquiera, si no hay arbitrio ni esperanza de salir de él, o si se toma como medio de vivir y aumentar, se sosiega pronto el hombre, y se aplica a sacar el mejor partido.

El carcelero ensordece a la pena y al reniego de los que custodia. El encerrado se familiariza con su tormento propio, y ríe, canta y baila al compás de las cadenas que lo abruman. Y en la nación más fina del mundo hemos visto en nuestros días familiarizarse un tiempo el más sangriento de los suplicios, haciéndose casi una moda la serenidad en el modo de recibirlo.

En la vida salvaje se necesita de muchas fuerzas corporales, sueño y pies ligeros, y buena vista. Y a consecuencia, esto es lo que tienen los salvajes. Su poca sensualidad repone gradualmente el vigor original de las generaciones. Criado casi a solas, el niño se hace sufrido. El hambre luego, los trabajos, la guerra, acaban de empedernirlo, y no le queda piedad ni para sí ni para nadie. Tan fácil como lo recibe, da el martirio.

Si fuese éste el caso de los vecinos de una ciudad populosa, ninguna pena, ni aun la pena capital, podría contener a unos fieras desapegados a sus familias, divorciados de sus mujeres, contentos con un puñado de yerbas, insensibles a los golpes, y careándose con la muerte a cada paso.

Por tanto, está muy bien que del estado salvaje al estado culto vayan gradualmente disminuyendo la dureza y el valor para hacer lugar al amor y a la justicia. Decaigan las virtudes austeras, sustituyendo por ellas las virtudes blandas y sociales.

La civilización, al mismo tiempo que trae la paz, suaviza las guerras, y la subsistencia no sale tanto de la fuerza como del arte. El ciudadano tiene más seguridad, más conveniencia, más compañía y mejor vida. Las luces se le despegan, el carácter se le afina, y a la ley del interés y de la fuerza sucede la ley del honor y de la estima, a lo animal sucede lo racional, y lo que antes parecía un bruto, ya parece hombre.

La honra del salvaje no sale del estrecho ámbito de su tribu, no se extiende sino a los que le conocen de vista, y aun para con éstos no son objeto de vanidad sino las habilidades o virtudes toscas que vienen con sus circunstancias.

En la sociedad civil, la honra se exterioriza y se fija con el equipaje, con éste acompaña por todas partes, indicando la conducta que hay que esperar. Y los derechos que no están señalados por la ley los arranca la opinión que el traje infunde o el viso particular que pretende cada cual.

Está, pues, muy bien que en las grandes ciudades, al paso que la mayor dificultad de conocerse da más libertad, el mayor lujo ate más la gente, encomendando así la naturaleza a la vanidad lo que no es de esperar de la vergüenza.

En la sociedad civil no hay cualidad por la cual no pueda brillar el hombre, porque todas tienen su uso, siendo así incomparablemente mayores los estímulos económicos y sociales.

Por las mismas razones, en los grados intermedios desde el salvaje hasta el hombre fino, desde el mendigo hasta el magnate, la dureza o la blandura, la grosería o la finura, el pensar interesado o el pensar con desinterés, los pocos o los muchos modales, la irracionalidad o la racionalidad, están en proporción de las circunstancias o conveniencia de cada período, grado o clase. Cada una tiene lo que le conviene. Y el mayor o menor viso que hacen, la menor o mayor estima que merecen, es generalmente proporcional a la dignidad intrínseca del individuo.

La opinión pública ha señalado siempre esta diferencia. Hijos del común sentir los estatutos de las naciones, en cada tiempo son proporcionales a la rusticidad o finura del país.

Cuando por no estar tan adelantada la civilización, era más dura la gente común, se empleaba el tormento para estimular los reos a la confesión. En nuestros tiempos, sin que se hubiese cansado tanto el escritor italiano de delitos y penas,³⁶ hallamos bárbara la costumbre porque, menos duros ya, la mera carga de hierro se nota ser estímulo suficiente a pocas horas. Pero cuando se instituyó el tormento, era muy fundado, igualmente que los crueles palos que se repartían a los ciudadanos griegos que servían en las armas.

En Rusia y en Turquía todo se gobierna a palos y azotes, y regularmente convendrá así. Entre nosotros ni aun ponerle la mano se puede a un hombre de honor: quedaría degradado en el concepto del vecindario, a no expiar la profanación por su mano propia.

En la nación más natural amiga de la nuestra,³⁷ anteriormente a su revolución, cuando las tropas se componían de enganchados, de sentenciados, de miserables, en una palabra, de gentes de ningún honor, el palo era, como en todas partes, la sanción del soldado raso. En el momento que, con la revolución, se alistaron gentes de honor, ya fue imposible el palo. Todos representaron pidiendo mejor la muerte, y desde entonces han tomado tal decoro las sanciones militares, que ni para llevarlo al suplicio se le ata a ningún soldado. Pero no se infiera de aquí que pueden gobernar por honor los que no lo tienen, no se infiera que al que se crió sin honor se le puede infundir de golpe. El que quitado el palo, se gobiernen bien los miserables entremezclados en la tropa decente que se ha dicho, consiste en la mayor crueldad que se ha añadido a las sanciones, pues por cualquier cosa se arcabucea. Esta novedad no puede subsistir sino mientras dure la extraña novedad de su rigurosísima³⁸ disciplina. La paz pondrá fin a esta necesidad. Las sanciones entonces parecerán crueles, no podrán ejecutarse, y habrá que hacer distinción de personas en el castigo o dejar el delito impune.

El que cada clase y cada grado de civilización y de dignidad tenga las costumbres morales que le son más propias, es régimen muy sabio de la naturaleza.

Si el aldeano hallase semejantes suyos en otra parte que en la aldea, el flujo por la mayor compañía le haría desertar de los campos para buscarla, porque por bien que parezcan el campo y los animales, siempre atraen más las personas, y la compañía de éstas en ninguna parte se escoge y varía como donde hay muchas.

Por la diferencia de carácter y costumbres es por lo que se atiende cada cual a su esfera propia, y no se encamina sino por grados a las esferas más lucidas a cuyas costumbres es imposible hacerse de repente. Un patán no se encuentra entre caballeros, ni uno del comercio se acomoda fácilmente con hombres de carrera. La adhesión de cada cual a sus costumbres y a los de su carácter es lo que tiene subordinado el mundo. Aquello en que nos criamos hace una impresión que no se desarraiga. Es propensión de todo viejo declamar contra lo que no se usaba o hacía cuando era él joven, inspirando así la naturaleza la lentitud y los grados que requiere la obra indeliberada de la civilización del hombre.

Por todo lo que se acaba de decir se ve bien claro la diferencia moral que hay de estado a estado, de clase a clase, y que la civilización y la cultura afinan y mejoran el interior del hombre.

Las virtudes que más se exageran de los lugares y de los rústicos son la fidelidad u honestidad de las mujeres y la sencillez de las costumbres, quiere decir, su naturalidad e ingenuidad.

Por lo que hace a la honestidad de las aldeanas, no procede de disposición interior, sino de no haber entre ellas ni seductores ni facilidad de seducir. El más mínimo paso se acecha y se hace la conversación de todo el vecindario. Se saben los haberes de cada una, y cualquier gala o joya que se pongan se averigua por ápices de dónde ha salido. Pero no

hay lugar ninguno donde si se aloja tropa por algún tiempo, no den bastante que decir las más de las mujeres.

Bien desentrañado, la pasión de los amores se perfecciona y la honestidad es mayor a proporción de la cultura. También lo que se llama decadencia de la ingenuidad es una de las modificaciones más racionales y útiles de la especie. Ambas proposiciones van a probarse largamente en los dos capítulos siguientes.

CAPITULO XI

Del progreso de los amores y de sus congruencias

1º Por los campos y en los lugares cortos está más concentrado en el hombre el estímulo sensual. Como hay en ellos poco de que abusar y muy poco en que elegir, la primera que viene a mano es buena para mujer. Y no bien le apunta el bozo al hombre, cuando ya, por una pasión poco moral, se encuentra hecho padre de familia.

Entre los salvajes, parientes que son los más en cada tribu, hay todavía menos que de abusar y menos en que elegir, y el hambre también los ocupa mucho para vagarles en amores. Por otra parte, la rusticidad y ninguna expresión en el rostro, la grosería de la conversación y de los modales, disminuye el atractivo de la mujer. El estar el cuerpo a la vista le quita esa confianza más que dar en prenda. Y la hollinosa tez que lo cubre le barre casi todas las gracias. Y así entre los salvajes debe parecer más extraño el enamorado, debe parecer mayor locura la de cegarse en preferencias donde todo es tan parejo. La pasión, pues, les queda reducida a lo absolutamente vergonzoso. Una pasión así no puede declararse ni a mujer, ni a hombre: sofoca a la una y ofende al otro. Juntando con esto el que los salvajes tienen menor condescendencia, resulta en limpio que la pasión de los amores debe sentarles ridícula en términos de no hallar indulgencia en el circunstante. Al modo que entre los cultos tampoco se disimula ninguna descortesía natural e indeliberada pero que no sea absolutamente necesaria. El salvaje que rondase a una mujer, o quisiese tratar de matrimonio por sí, no podía menos de ser atoreado solemnemente por toda la tribu.

Esto cuadra con las relaciones originales y fidedignas, contestes todas en que el hijo de familia entre los salvajes incurre en un oprobio eterno, si hace el más mínimo ademán de preferencia por una mujer más bien que no por otra; si en punto de casamiento no se deja ciegamente en manos de sus padres; si después de concertado por éstos el casamiento, muestra curiosidad de saber con quién, cómo ni cuándo; si, casado ya, quiere dejar la vivienda de sus padres, o en ningún tiempo le ven oficiosidad amorosa con la mujer.

Por aquí se demuestra palpable la ninguna originalidad y el ningún mérito del instituto matrimonial de Licurgo, cuya admiración es la rutina de todo escritor moderno. El adulterio era raro en Lacedemonia porque era también raro y difícil el goce de la unión legítima: lo primero era afrentoso porque lo era también lo segundo. No argüía esto fidelidad y virtud de parte de la mujer, sino solamente que ningún hombre quería ser

atoreado del público. La mujer de uno de los sucesores de Licurgo no fue por cierto tan difícil que a primera vista no se rindiese, con mucha infamia para su marido, a un capitán de Atenas. Las Espartanas no podían tener mucha idea de la ofensa que es el adulterio: ni querían a sus maridos, (porque ¿cómo los habían de querer sin tratarlos?), ni en entregarse veían otra culpa que la de incurrir en irrisión. Pero en los pueblos bien civilizados, la mujer que tiene juicio y un marido que la merezca, se deja despedazar antes que entregarse a nadie.

El poderse hablar de la pasión entre nosotros consiste en ser muy distinta y tener poco de lo vergonzoso. Quien no apreciase del otro sexo sino lo material, pasaría por irracional, y se tendría que esconder de todos. Sus palabras no hallarían oídos, ni sus demostraciones condescendencia. Para lo material bien poca diferencia puede haber de una mujer a otra. Y sería mucha bestialidad mirar con el mismo ojo a un jabalí que a una Venus. De lo que se lleva el hombre culto, y es lo único de que no parezca mal llevarse, es del atractivo, es decir, de la elegancia de la figura, del atractivo, de las gracias, del mirar, del habla, en una palabra, de los agregados que saben todos. Estos agregados son como el condimento de una vianda insulsa y sólo apetitosa a fuerza de hambre. Los agregados hacen que la pasión cunda y se tolere, del mismo modo que los condimentos del arte hacen cundir y tolerar la gula.

Del estado, pues, salvaje al estado culto, y de las clases bajas a las clases distinguidas, el recato mengua gradualmente porque la pasión pierde gradualmente de su indecencia. En vez de dirigirse a lo animal, se dirige a lo racional, y en vez de amar al cuerpo, ama más bien la voluntad. Así, entre los bárbaros la violencia es muy frecuente, y no se mira como gran delito. Las Sabinas fueron robadas, y los historiadores antiguos que lo refieren, no hacen mucho alto en ello. En las guerras antiguas las hostilidades se extendían al pudor de las mujeres, y a la honra de los padres y maridos, y esto se miraba, no como una infamia, sino como un fracaso. En los pueblos cultos el último suplicio se hace poco por la violencia, porque ni aun la muerte del violador aplaca el agravio en nuestro concepto. La gente de honor lo pierde con una demanda matrimonial. La gente ordinaria no desmerece por ponerla, conociéndose bien así el distinto rumbo de la pasión. Ésta, pues, se afina y se hace más perenne al paso que se aumenta. No halla indulgencia sino a proporción que se va afinando. Y las reglas o estilos del recato en cada estado y cada clase son las que convienen a la calidad de la pasión de cada cual.

El recato cerril en una señora fina es injurioso para los circunstantes y para sí propia. Una doncella del campo tiene que coserse los labios, bajar los ojos, rara vez sonreírse, ninguna reírse, cerrarse el pañuelo a raíz del cuello, y aun así no está segura. Todos se le atreven si va sola, siendo lo más singular que no se ofende mucho, mas antes se envanece interiormente de los ligeros atrevimientos. Cuanto más bárbaros son los países, tanto más recato tienen que guardar las mujeres. Las Moras y las Turcas, mujeres tan poco delicadas que se venden en feria pública como cabezas de ganado, van tan recatadas que escasamente se dejan una abertura para mirar donde pisan. Y esto depende no de los celos, como construyen los viajeros, pues en no habiendo ocasión de recelar, nadie recela, sino evidentemente del atrevimiento que a los bárbaros les infunde naturalmente una pasión brutal, cuyo objeto es lo material del cuerpo, y cuya única demostración es el

arrebatarlo. Las salvajes no podrían ir ni desnudas ni vestidas, si sus tribus no fuesen tan pequeñas y sus costumbres tan austeras. El hambre de los salvajes, al mismo tiempo de serles la epidemia, les es una medicina para vivir sosegados en cada tribu.

Entre la gente fina, como la pasión no ama lo momentáneo sino lo duradero, y no tira tanto a disfrutar lo material como a la distinción de obtener la voluntad de aquella criatura que se admira, hay menos riesgo, sin embargo del menor recato. La hermosura se mira, se bendice, pero no nos pone inquietos, no nos mueve a la demanda, en faltando o esfera o proporción para ganar la voluntad.

Cada clase tiene su particular modo de juzgar del atractivo. La gente ordinaria, a pesar de ser su sexo evidentemente más fácil que el sexo fino, mira a éste como un prostituto, juzgándolo neciamente por aquel menor³⁹ recato que guarda, que le cuadra, y que en la esfera ordinaria sería escandaloso. Los hombres ordinarios no piensan en mujeres finas, ni el hombre fino busca la cerril si no es para el momento, de suerte que ésta halla brutal la pasión no sólo en los de su clase propia, sino también en los de clase fina, teniendo así que recatarse igualmente de los unos que de los otros.

Acostumbrada la rústica a conocer el brutal género de pasión de los de su clase, recibe a coces cualquier expresión de cortesía del hombre fino. La conversación amorosa le es igual sofoco que la obra, y no bien le habla o la mira con agrado el hombre fino, cuando ya espera el atrevimiento. En consecuencia, las expresiones con las damas rústicas no son de lengua sino es de manos.

2º El aumento que la pasión toma con la cultura no es sólo una consecuencia, sino también un principio, un apoyo, una máquina esencial de la cultura, de suerte que si posible fuese disminuir o alterar la pasión, la sociedad retrocediera hacia el estado salvaje.

La carga del matrimonio se aumenta gradualmente con la cultura.

Los salvajes no tienen que pensar ni en la presente suerte de una mujer que no visitan sino acaso una vez al año, y eso con tan poca pompa, como que es a escondidas; ni tampoco en la suerte futura de los hijos, de los cuales los que no se matan adrede, necesitan poco más que ser puestos en dos pies, siéndoles enteramente ociosa la educación para adquirir y representar el ningún rango de los que los engendraron.

El hombre civilizado está en muy otras circunstancias. Bien se sabe lo gravoso que es la carga de la mujer y de la familia. Y esta carga crece a proporción de la riqueza. Con lo que a un rico le cuesta su mujer podría tener cientos y acaso miles de concubinas. Y si la pasión no pasase de lo animal, si fuese tan bárbara como la de los africanos y levantinos, todo rico incurriera en la insolencia de sus poligamias y serrallos. Para fijarse, pues, en una mujer, para apechugar con la carga del matrimonio, es indispensable en los pueblos cultos una pasión fina y vehemente, y para sobrellevarlo luego es necesario un incentivo no interrumpido de felicidades. Pocos hombres cultos se casaran, a no ser por la mayor pasión y el mayor desahogo de ella.

El desahogo, es decir, la libertad de vivir juntos los consortes, no es un efecto de estas reflexiones, sino que se introduce indeliberadamente por otras causas.

La mayor pasión del hombre, y la mayor ocasión que las ciudades prestan para la distracción de la mujer, encienden más los celos, y el hombre tiene que estar más oficioso y servicial hasta vivir en la misma casa, reganando así en quietud lo que sacrifica en dependencia. Pero la causa principal de hacer vida común los consortes en los pueblos civilizados es la misma finura, vehemencia e ininterrupción de la pasión. Deduciéndose de aquí que, al paso que crece la civilización, la pasión de los amores, su desahogo y sus frutos, se encaminan gradualmente a su mejora, y la racionalidad y la especie van por esta parte ganando trecho.

3º Todas las dignidades crecen con la civilización. El rey originalmente era un particular poderoso, cuyo respeto se invocaba para reunir la gente a las expediciones y para resarcir agravios. El sacerdote era un timorato de ejemplares máximas. El soldado un vecino robusto que se llamaba a combatir. El juez era un mero hombre discreto e imparcial. Artesano era todo el que necesitaba labrarse algo. Y el casado es originalmente el privado amante de una mujer.

Con el progreso de la sociedad, del mismo modo que se han dividido las artes mecánicas, constituyendo oficios o dignidades aparte con mucho ahorro del trabajo, así también la religión y las armas, el juzgado y el gobierno, han llegado gradualmente a ser incumbencias o dignidades separadas a proporción que la necesidad o casualidad les quitó a aquellos hombres privados sus otras ocupaciones y los redujo impensadamente a una sola de éstas. Entonces, el hombre privado se advirtió que era ya hombre público, y nacieron los apodos de militar, magistrado, sacerdote y emperador, y se supuso con razón que estas dignidades o cargos infunden, es decir, arguyen y requieren un carácter particular. Y en consecuencia de esta natural y obvia reflexión, se procurará criar o disciplinar a cada cual de modo que el oficio le halle ya con el carácter o disciplina propia.

Por este estilo es también el matrimonio. Originalmente no hay ni necesidad ni posibilidad de que el casado haga vida con su mujer, como tampoco en el día la hacen los amantes. Originalmente, pues, el matrimonio no es un estado, no infunde carácter, es decir, el ser casado como ni el ser amante no es una profesión aparte que ocupe la principal o pública mira del hombre, y merezca apodo.

Si, civilizados ya, subsistieran en esta sencillez las cosas, habría muchos abusos. Pero, como antes de civilizarse, la pasión es menos perenne y más recatada, debe entonces haber muy pocos. Al paso, pues, que se pierde la rudeza primitiva, los abusos es natural que cundan hasta hacerse tantos que necesiten ya una raya. Esta raya es la ley, porque ninguna ley es originalmente otra cosa que una raya a los abusos. Los abusos son como precursores de la ley, y anteriormente a los abusos, no ocurre idear ley alguna, rige entonces meramente el instinto de la naturaleza. Supónese, pues, con fundamento, que a consultar meramente lo natural, el estado del matrimonio es originalmente el mero estado de amantes, y en suma el matrimonio no es estado originalmente.

Pero, experimentados los abusos, es muy natural ponerles la raya de hacer expresa la contrata tácita, solemne la fe privada de los amantes.

Sacados al público los amores, ya tuvieron apodo: el amante se llamó casado, y la amistad privada se llamó amistad solemne o matrimonio. Por donde se ve que la institución del matrimonio no es en resumidas cuentas sino una protección política del derecho natural, o lo que es lo mismo, del instinto de los amantes. Y por tanto, aquel instituto no puede derogar en lo más mínimo lo que la pasión amorosa inspira contratar naturalmente a los amantes. Condenándose por estos principios la poligamia, el descasamiento, y los otros establecimientos corrompidos de algunos pueblos.

4º Antes de hacer vida común, antes de ponerse a un mismo yugo o destino de la suerte los casados, el poco roce de la mujer con el marido, las pocas ocasiones de tropezar con él, y los ningunos cuidados domésticos,⁴⁰ hacían no necesarias en la casada la amabilidad, la política, y las habilidades y prendas que en el día. Consiguientemente, la mira principal de la crianza de las mujeres en sociedad salvaje no se dirige a granjearles esperanzas de casarse, y a hacerlas buenas madres de familia, pues que ésta les es una pequeñísima incumbencia que se adquiere y se desempeña fácilmente.

Pero luego que el progreso de la pasión junta perennemente los consortes, y pone la casa, la familia y la felicidad del hombre al cargo de la mujer; en una palabra, luego que con la civilización se extiende y se hace de más importancia para la mujer, y más difícil de conseguir la incumbencia del matrimonio, también la mira de adquirirla y la de bien desempeñarla se hace parte mayor de su educación. Y consiguientemente al paso que crece⁴¹ la cultura, el bello sexo se hace desde la niñez de partidas más propias para granjearse y desempeñar el cargo de madre de familia.

Este cargo se desempeña con la economía, con el sufrimiento, con las buenas máximas y el buen ejemplo. Y se granjea con el atractivo, con el recato proporcionado, con la prudencia, la amabilidad y discreción. La mayor para madre de familia es la que tiene una moralidad más fina y un carácter más digno. Al paso, pues, que crece y cunde la civilización, y con ella la pasión amorosa del hombre, también crece y cunde naturalmente la racionalidad y la dignidad del carácter del bello sexo, coligiéndose de aquí que el incremento gradual de la pasión del hombre es la máquina que la naturaleza emplea para mejorar el interior de la mujer. Y que la mayor y más perenne llama que en los países cultos enciende el bello sexo es proporcional al mayor mérito intrínseco que tiene.

La naturaleza, pues, tiene a la mujer más o menos divorciada del hombre según que es más o menos impropia para su compañía, y el hombre se estrecha más o menos con la mujer según que lo intrínseco de ella lo merece más o menos. Y toda esta afeminación de vivir juntos los consortes significa que el bello sexo vale más de día en día, y hacer mejor la vida. ¡Quién dijera que la flecha del amor había de ser la dulce lima de la especie! No merecía menos la racionalidad sino que viniese en amparo suyo Venus.

5° En atemperar la pasión al grado de cultura intenta la naturaleza no tan sólo proporcionar la carga con el estímulo para emprenderla, sino también quitar del pecho de los rústicos un fuego embarazoso que los tendría en disensión continua. Porque los amores, así como son la pasión que más perennemente trastorna al que la tiene, así también es la que halla menos condescendencia en el circunstante. Empleando este contraste la sabia naturaleza para moderar y reglar el benéfico desenfreno en que le ha sido forzoso ligar los sexos.

Si el calor, que se muestra en los amores, parece desproporcionado con el mérito del objeto, dan irrisión las demostraciones, como cualquier locura fría. Y si parecen bien fundados, incomoda de parte⁴² del otro sexo una distinción que nos propone y da en ojos, sin venir al caso. Nadie lo sufre sino el que está en desquite, y el señalarse uno es dar acción igual a todos.

Los celos son la expresión más viva y menos equívoca de la pasión. Y por tanto, el demostrarlos es una desatención tan grande, que el que la comete se mira como un hombre ido. La irrisión se aumenta no poco con la singularidad y vehemencia del gesto al tiempo de dar celos. Los amantes de poca discreción siempre tienen quien los aceche, su familia misma, para burlarse y hacer platillo. En todo vecindario se persiguen los amores.

El recurso vulgar de mantenerse lejos y hacerse los fríos está bien para cuando no hay antecedente. Pero habiéndolo, es ridiculizarse más, porque es querer ocultar lo que no se puede ocultar al que está ya alerta, es graduar de tontos a los demás, y éstos, en retorno, le pasan unánimes la justa sentencia de mentecato.

El amante o pretendiente que tiene talento y mundo, conociendo que todos le saben el flaco, y que a los ojos de los demás su pasión correspondida es o envidiada o ridícula, no se empeña en disimularla enteramente, mas acomódase a la opinión de éstos, y como que hace fisga de sí mismo por lo burlesco. Este estilo es delicado, pero no hay otro para no chocar. Aun a los envidiosos les agrada que la cosa suene a chanza. Habiendo gracia en los ademanes, dichos y ocurrencias, y finura para atemperarse a la confianza y genio de los circunstantes, es gustosísima la compañía con dos amantes. No habiendo eso en el hombre, si la dama tiene juicio, se sofoca a cada paso, se fastidia y llega a aborrecer tan indiscreto amante. Faltando el talento a los dos, lo mismo es quedar uno a solas con ellos, hay que tomar el sombrero a toda prisa.

A los consortes el aire único que les cuadra es el de una total indiferencia, porque se supone que su pasión está apagada. Los amantes que guardan la misma frialdad se hacen sospechosos, y dan naturalmente mucho que decir.

A estos mismos principios debe ajustarse el teatro, si quieren hacerse decentes las escenas amorosas. En ellas no debe intervenir ninguna seriedad cuando se les suponen circunstantes.

Lo mismo es de advertir en la poesía. No hay cosa más incómoda que aquellas seriedades, aquellas retóricas pedantescas y amorosas de los poetas modernos de la

primera edad. Las obscenidades de Ovidio no incomodan ni el diezmo que aquellos amores permitidos. Virgilio, a pesar de la opulencia de sus versos, denota el trato poco fino con que se crió: su Alexis lo hace menos apreciable. Horacio trata el mismo vergonzoso asunto más a las claras, y sin embargo no desazona, antes bien divierte.

También debe medirse por las mismas reglas la decencia de las pinturas. Deben representar lo obsceno⁴³ del asunto, sin dar en ojos con la obscenidad,⁴⁴ y cuando sea forzoso representarla, es menester lo hagan de un modo ridículo que mueva a risa. Guardando esta regla, ni provocan, ni incomodan.

Los rústicos no son capaces de ninguna de estas reglas, y así, no festejan sin escandalizar el vecindario, ni tienen baile que no se concluya a palos.

DIGRESION III

De la felicidad en general, y particularmente con relación a los amores

1 ° De nada se habla más que de la felicidad, y nada hay que los filósofos hayan entendido menos. Antiguamente se contaban por cientos las opiniones, y esto es una prueba de que la cuestión no se propuso bien.

Cuando se pregunta en qué consiste la felicidad del hombre en este mundo, se debía especificar de qué grado de felicidad, y de qué estación de la vida se habla.

Una felicidad absoluta, es decir, una satisfacción perenne y ajena de todo sinsabor, es imposible. No hay quien no tenga trabajos propios, y el que carece de éstos, siente los ajenos. No hay quien no sepa lo que es irritarse o estar triste. El que no lo sabe es el tonto, y éste es cabalmente a quien más compadecemos.

Que el vivir sea una felicidad es claro, porque todos lo aman. A todo el que se muere le tenemos lástima. Y el luto que vestimos es prueba de lo amable que es la vida.

El que pretendiese ser en todo feliz, sería desgraciado, al modo que sería un necio quien pensase no ser engañado nunca. Todo el que es cuerdo supone que lo han de engañar una vez u otra, y así no le da el engaño tanto chasco. De la misma manera, el que quiera ser feliz debe contar con los trabajos. Y por tanto, la resignación es una parte necesaria para ser dichoso.

El que se empeña en arreglar el mundo, el que quiere que los demás lo miren como un dechado, el que no sufre que nadie discrepe de él, el que carece de condescendencia, el intolerante, en suma, el hombre poco culto, tiene un embarazo grande para ser feliz. Él en nada se complace, todo lo tilda, todo le disuena, siempre tiene hirviendo las entrañas.

En los escritos del día es de moda encarecer la reducción de necesidades. No se ha de beber, no se ha de fumar, no se ha de comer con regalo, la ropa ha de ser indiferente, y

escasamente se ha de alzar la vista al astro de la luz. Ignoramos a qué se dirige este sermón. ¿Qué ha de ganar el hombre quitándose necesidades? Tiempo. ¿Y para qué es el tiempo sin gusto? No hay dicho más aturdido que el que se atribuye al sucesor de Aristóteles en su escuela: «la pérdida mayor es la del tiempo».45 Mayor es la de la paciencia, mayor también es la de la salud. Más vale malgastar el tiempo que pasarlo en una cama martirizado del boticario.

La libertad de tenderse en el suelo no resarce el suplicio de ser en todo el último. El que carece de los cuidados del dinero se acuesta con el torcedor de pensar de dónde sacará el pan mañana, o si cae enfermo, a quién acudirá con sus lamentos. Y los que dicen: «Dios proveerá», no se sientan a aguardar el cuervo, mas echan buen jornal aporreando puertas, o madrugan a la plaza a atisbar quién de los que compran cambia.

Las necesidades, dicen, hacen dependiente al hombre. Más vale ser dependiente que no tener nada en qué ocuparse. Sin necesidades, no hay gustos. El que ignora lo que es la sed, no sabe el gusto que es el agua. Quien quiere gustos ha de querer necesidades, y un hombre sin éstas, pasaría la vida en cuclillas como el salvaje cuando se halla satisfecho. En suma, predicar contra las necesidades es predicar por la vida salvaje, es abogar por la castración, por la insensibilidad, por el suicidio, por la no existencia. Con efecto, tal suele ser la expresión de los ignorantes: cuando uno muere, dicen «ya descansa», y nadie le envidia el tal descanso.

Una vida ocupada sin interrupción se nos hace fastidiosa. Por divertida que sea la ocupación, si es continua, cansa luego. Hasta los músicos ejercen su oficio de mala gana, y no tocan si no les pagan. Está bien la ocupación interpolada con el descanso, pero mejor es que la ocupación sea voluntaria. El depender del trabajo nadie lo cuenta por felicidad. Y el que es muy pobre no puede ser feliz. Todo pobre tira a hacerse rico, y ningún rico quiere empobrecer. Es una pedantería en los literatos suponer que los poderosos no pueden ser felices. Plática mentirosa y vana, encaminada a realzar y hacer envidiable su desmedrada y quejicosa clase.

2º Tampoco es una misma la felicidad de todas las edades. Lo que es bueno para el niño no es bueno para el adulto. Éste reniega del gusto de los viejos. Y en lo que tienen sus glorias las mujeres, no encuentran los hombres la menor sustancia.

El niño gusta de juguetes y embelecocos y de corretear con otros niños. El anciano se complace en mandar y reprender. La mujer está contenta con adornarse y parecer bien. El adulto se desvive por hacer fortuna. Y la primavera varonil no halla sus delicias sino a la sombra del bello sexo, no tiene sosiego sino a la intermediación de quien se lo quita.

Decir, como casi se ha hecho de rutina, que la felicidad consiste en el ejercicio de la virtud, es una opinión que tiene más de timorata que de filosófica. Ella contradice la innegable tendencia de las edades. En Epicuro tuvo mérito la opinión por la novedad y la marcialidad con que la expuso. Pero es muy evidente que el interés del individuo no coincide con el interés de la especie que, como ya se dijo, es el que corresponde acaso con el plan de la ley natural. El individuo no tiene en el corazón el bien de la especie. Y

aun cuando lo tuviera, es muy recóndito el hilo de ese bien para que, en el solemnísimo atraso en que todavía estamos de cultura, pueda rastrearlo el vulgo. No necesita la ley de la naturaleza ser del gusto del individuo para obligarlo y hacérsele venerable mal su grado. El camino de la ley natural lo seguimos a ciegas en virtud de la coacción, o como látigo de la naturaleza. Y en lo que se llama racionalidad el discurso no tiene ninguna parte, el interés individual bien poca.

La opinión del arzobispo de Cambrai⁴⁶ que atribuye la mayor felicidad de este mundo a los reyes que se ganen el amor de sus pueblos, es una lisonja no menos manifiesta que importuna. Para estimular a su príncipe no se necesitaba invocar un oráculo que lo declarase el más envidiable de los hombres. Ni en la boca de un legislador tan cuerdo y respetable, como se supone un Minos, parece propio un engreimiento semejante, aun cuando tuviese fundamento. Pero éste será siempre un defecto del excelente poema del Telémaco, pregonar⁴⁷ en el tono de los Dioses máximas poco examinadas. Al modo que La Bruyère, careciendo del talento de observar, puso sus caprichos aturdidos a la par de las observaciones de Teofrasto.

3º Las inclinaciones características de cada edad o período de la vida no se parecen, no convienen en nada sino en el flujo por el viso. El niño está contento con dominar sus muñecos, y llamar la atención de los otros niños. La mujer más envidiada de las otras es la que tiene más galas y adoración. El joven no se trueca por nadie, si tiene partido con el bello sexo. El hombre hecho palpita de alegría a cada nuevo honor que logra. Y el anciano se remozca si coge puesto de mando.

El centro, pues, de cada edad es la nombradía y admiración por las cualidades propias de ella, y bien que estemos llenos de otras pasiones y miras accesorias, la pasión que domina y que las asume en su servicio a todas es la de hacer viso.

El viso que se hace por los juegos o por el parecer tiene poca esfera y dura poco tiempo. El viso por las cualidades intrínsecas no principia sino desde que se adquieren éstas, y no subsiste sino lo que la vida: es menester un mérito prodigioso para que se haga caso de los muertos. El viso en nada se fija tan duraderamente como en las riquezas. Y el mismo flujo que tenemos por dejar en la prole un monumento vivo y duradero de nuestra persona propia nos hace mirar las riquezas como un objeto de mayor deseo que ningún otro.

Pero el flujo por el viso tiene por lo general sus límites.

Lo que es imposible para las fuerzas o circunstancias de uno no lo pone inquieto. El que no sabe leer, bien conoce algo del mérito de la ciencia, bien quisiera tenerla, pero no presume de letrado. El pobre no osa competir en lujo con el rico, el viejo no emprende conquistar mozas, el niño no la echa⁴⁸ de hombre, ni al joven le ocurre el pensamiento de hacer sombra al bello sexo.

En el plan, pues, de la felicidad de cada uno no entran sino los objetos propios de la edad, del rango, del ejercicio. Y el flujo por hacer viso se limita naturalmente, atemperándose a la esfera y facultades de cada cual.

De esta limitación dimana lo que llamamos quietud del ánimo. Y por tanto la quietud es una de las partes que supone la felicidad.

A pesar de aquella limitación general del flujo por hacer viso, hay circunstancias particulares que, en vez de limitarlo, lo fomentan. Éstas son las que constituyen lo que llamamos esperanzas. La esperanza es la madre de la inquietud.

El que entra en carrera donde el adelanto no depende ni de los años, ni del nacimiento, ni de los haberes, ni del mérito, sino del capricho de la fortuna, pone las miras desde el principio en el escalón más alto, y tiene la vida inquieta. Él se afana por granjearse coyunturas favorables, sacrificando los amigos, la salud, el honor, y todo cuanto pueda embarazarle para sus quiméricas intrigas. Todo aquél que suponiendo poco por su mérito o por su cuna, entra en carrera de ambición, se hace inconsecuente, ingrato, inmoral y bajo. Y sus primitivos conocidos, antes de ser, cual infaliblemente lo son, detestados de él, se anticipan a detestarlo solemnemente, siendo por un justo instinto los primeros a publicar la miseria y bajeza con que se criase, la estupidez en que, por consiguiente, viviese sumido, y la vanidad, altanería y desaciertos que promete.

Un hombre así, aun cuando por un aborto del acaso, logre su tema, es muy infeliz. El mando le sienta como el vestido magnífico a un patán. Él no puede hacer ilusión sino a los que no le conocen, se asusta a la mera vista de un hombre de talento que se tenga un poco sobre sí, con nadie de cuya venalidad y bajeza no esté bien seguro osa internarse en lo más mínimo. Y a pesar de su delgadez en ocultar la falta de fondo y de carácter, a pesar del aire postizo y violento de marcialidad y de sonrisa,⁴⁹ y de las palabras recalçadas, superficiales y misteriosas; a pesar de la memoria y vigilancia que aparenta con los insensatos, hablándoles, antes que se lo recuerden, de su pequeña dependencia o de alguna fruslería de los tiempos pasados; y a pesar de la hambrienta aclamación de los encantados pretendientes embaídos con dedadas de miel, la torpeza de sus menguadas hechuras sacadas todas de las escerías,⁵⁰ como para tenerlos más sumisos, le vociferan el fondo de ignorancia, de pequeñez y de malicia. Y en medio de la brillante farsa, y de los inciensos del aturdimiento, tiene dentro un torcedor que le agua todas las satisfacciones. Los berridos de su propia desconfianza y desconcepto lo abisman a cada negocio arduo. Y sobresáltase al menor ruido de pensar en el momento cierto de su descubrimiento y vilipendio. Bien así como el desdichado que con embustes y trampantojos pasa por un gran caballero fuera de su lugar, suda de agonía al encontrar algún coterráneo⁵¹ que lo conoce, y que con la sola palabra que va a hablar, toda la fanfarria le hace tiestos.

El hombre extraordinario que entra en carrera, y va de grado en grado en fuerza de sus talentos y de su sólido carácter, le sienta el mando como a un magnate su vestido propio. Él no se engríe ni aparenta. Como su mérito consiste en lo que tiene de la naturaleza, el modo de ostentar es portarse siempre natural. Aunque el ridículo papel que hacen los otros a su lado, los reúna para derribarlo, nunca puede caer del concepto y veneración

pública: perseguido, denigrado y sacado mismo a un patíbulo, sigue entronado en el corazón de sus compatriotas. El semblante de éstos traído en el pensamiento, le eleva el corazón. La persecución lo empeña en el alarde de su magnanimidad. Y los tiros de la suerte por abatir a un hombre grande, lo realzan y hacen más señalada su memoria.

El que desea, pues, lo que no le corresponde, aun cuando lo logre, no habrá con ello su felicidad, y de consiguiente una de las partes para obtenerla es saber distinguir entre la suerte y el merecimiento, no excediéndose en el concepto del valor propio.

4° Pero para la felicidad contribuyen otros varios agregados además del viso correspondiente. Las operaciones de la vida no todas son objeto de viso. Unas son públicas, otras privadas, y otras todavía se recatan. No siempre se está en la calle. La mayor parte del tiempo es en casa, y mucho de éste se pasa en la alcoba.

Las operaciones públicas sacan su principal valor del viso. No es así en las otras. Los dolores, las desazones, los quebrantos, bien que se templen, no se quitan con la compañía o compasión ajena. Y así, miramos como parte de la felicidad la salud, la conveniencia, y la buena familia. Y éstos son los puntos de que parece política preguntarse entre amigos.

Por lo que hace a la conveniencia, casi todo su valor depende de la costumbre. Y lo material del equipaje y lujo contribuye bien poco para la felicidad.

La salud contribuye mucho más, pero no tanto como la familia. La mujer y los hijos, y los parientes cercanos, se estiman si no tanto, a veces más que la persona propia, por lo menos lo bastante para que su felicidad sea parte de la nuestra.

Entre ellos, la mujer es quien nos tira más. Y así trae del viso correspondiente, nada influye más en la felicidad del hombre que su buena unión con la compañera.

5° La estrecha y perenne pasión en que inflama la mujer, cuadra no sólo con el mayor placer material de que es origen, sino también con sus circunstancias naturales para una amistad mayor y más duradera que ninguna otra.

La amistad duplica la felicidad del hombre. Las satisfacciones de un amigo se le hacen doble mayores de verlas comunicadas cordialmente al interior del otro. Los disgustos se hacen doble llevaderos de participarlos con el mismo. Y en compañía con un amigo no hay nada indiferente. Si todos nos fuesen amigos cordiales, no podríamos vivir de tanta dicha, pues el exceso de alegría trastorna y produce un efecto más ejecutivo que el de los pesares. Y así, la expresión natural del gozo fuerte son las lágrimas y los sollozos.

La amistad con los del propio sexo está sujeta a mil eventos que la hacen mal segura.

Con aquél que no es de la propia esfera y cultura de uno mismo es difícil el unirse con intimidad y con igualdad. La unión del inferior con el superior quiebra de preciso con el trato estrecho, y sólo puede hacerse subsistente a fuerza de dependencia y de interés.

Dos que son iguales se pueden unir cuando entrambos tienen discernimiento para graduarse mutuamente, y buen carácter para no excederse ni quedarse cortos en el concepto propio.

Pero a pesar de esta buena disposición, las circunstancias vienen fácilmente a poner rivalidad entre los dos amigos. Aquél que aumenta, suscita la displicencia y últimamente la aversión del otro. Sus mujeres, sus familias, y otros mil incidentes llegan a torcerlos, o las ausencias a enfriarlos. De suerte, que los amigos que se disfrutan, y son los únicos que uno se propone granjear, no son aquellos amigos imaginarios que se casan uno con otro y están eternamente inseparables, sino aquéllos que recrean y que sirven mientras las circunstancias lo permiten. Sin cuidarse uno de contratar solemnemente un vínculo perpetuo, ni internarse en los bárbaros términos que los rústicos, pues en internándose mucho, se notan más las diferencias, y no subsiste tan bien la unión, diciendo por esto el refrán: «la mucha conversación es causa del menosprecio». La distracción que proporcionan las ciudades grandes, y la variedad de gentes y dependencias impide a los conocidos internarse demasiado. Y ésta es la causa de aquellas generosas amistades en los pueblos grandes que se mantienen eternas entre gentes que apenas se visitan media vez al año.

Conforme la mujer no quiere que la vean descompuesta, sino prendida ya y puesta de estrado, así tampoco ninguna persona culta quiere que los amigos se le internen en las operaciones o relaciones secretas, otorgando mucha licencia en todo lo demás. Y la cultura introduce las reglas de la reserva para que la amistad subsista.

Pero acostumbrados los rústicos a internarse en sus aldeas con los vecinos, por estarles encima a toda hora y ser testigos del más mínimo paso que den, son muy impolíticos luego en las ciudades, muelen con visitas, curiosidades, confianzas y fastidios, y hay que quitárselos de encima a palos. Todo rústico, si le dan el pie, se toma la mano, y el despego y el tono de autoridad con que lo trata el hombre culto, es conducente al bien de entrambos.

Pero la amistad de un sexo con el otro es de una naturaleza bien distinta.

La mujer nunca puede ser rival del hombre, a no ser que se realice el ignorante y quimérico proyecto de educarla como éste, habilitándola para las incumbencias varoniles. La mujer no puede subsistir bien si no es a la sombra del varón. Y el cuidado de la casa y de la familia, es decir, el principal cuidado de la vida, es común a entrambos. El interés de una mujer buena nunca puede ser distinto del interés de un marido que la merezca, y consiguientemente los motivos de amistad entre los consortes son más fuertes y estables que los que hay aun entre padre e hijos. En éstos, la diferencia de edades les hace fastidiarse, y además ocurren razones de extrañarse. Alejandro fue émulo de su padre.

6° A pesar de su unión en los intereses, la diferencia en el carácter y las propensiones haría imposible la unión cordial de los consortes, bien así como las personas desemejantes en carácter nunca unen, si la diferencia material del sexo no inflamase el pecho del hombre y contrarrestase el efecto de la otra desarmonía interior.

La amistad, pues, con el otro sexo se funda radicalmente en un grado de amor. Y por consiguiente, son distintos movimientos o afectos la amistad del hombre con la mujer, y la amistad mutua de los hombres. La amistad, pues, a lo Platónico es imposible. Y todo el que se interna mucho con una mujer, no necesiéndola, da naturalmente qué decir. Siendo por esto una usanza corriente entre los amantes cuerdos trabar o fingir negocios para que no se extrañe la intimidad.

7º Los ancianos, por ser ya insensibles a los amores, hablan mal de ellos. No de otra suerte que al hartado o inapetente le fastidia ver la mesa puesta, o bien así como los jóvenes no hallan sustancia alguna en los juguetes y pasatiempos que son la delicia de los niños.

Pero lo cierto es que nada llena de todo punto el corazón del hombre si no es el corazón de la mujer. El que quiere de firme a una, ya no piensa en otra. Por nada se aprisiona perpetuamente el hombre, si no es por la mujer. Por ella se dejan los amigos, los parientes, los padres, sin que la dejación parezca extraña. Si el ambicioso se desdeña de los amores, también el feliz amante se ríe del estrépito de los reinos. La ambición obstruye, digámoslo así, el corazón, y lo cierra enteramente a los amores. Pero una vez enamorado el hombre, no hay ambición que lo arranque de su objeto. El enamorado que, poniéndole en la una mano la dama, y en la otra un reino, se tirase al reino, hiciera una escena vil: todos gritarían que era indigno de mandar.

Pocos monarcas y menos ministros conocen la quietud. Cuando no temen caer, piensan en conquistas, o en hacer ruido. El amante, en conquistando el corazón de su dama, arrima las armas para siempre, y lo único que pediría es que la lozanía y el calor no se acabasen nunca.

Una novela sin amores, es un papelujo insulso para la gente joven. Todas las conversaciones de la juventud vienen a parar a los amores, y en tocándose este punto, a nadie le coge el sueño. La estación de los amores no es ni en la niñez ni en la vejez, es decir, ni antes de hacerse el hombre, ni luego al ir desmoronándose su máquina. Pareciendo en cierto modo que la vida del hombre es principalmente intentada para los amores, no viéndose en lo demás de ella sino sus débiles o principios o fragmentos.

¿Qué objeto puede producir aquel deleitoso fuego, que encienden los ojos de la que, sin saber por qué, es, por beneficio de la naturaleza, la nacida para compañera? Alegre, triste, enfermo o sano, descansado o exhausto, siempre prende la llama a la mirada de la querida. Moribundo que esté el hombre, abre los ojos al grito de ésta para entregarle, llorando en gusto, por último tributo, si posible fuese, el alma.

¿Y qué monarca de toda la tierra puede compararse en felicidad con aquel joven difícil que, lleno de experiencia y de mundo, tiene la ventura de caer cautivo, y fijarse en una de su esfera? Si la gana en quietud, el inmenso sentido con que se goza le hace desdeñar las dichas de los Dioses, y si hay contratiempos, como le tenga el corazón, las furtivas horas equivalen en su concepto por eternidades. No gravita la piedra con tanta fuerza hacia su centro cómo los sentidos del fino e ilustrado amante en pos de las pisadas de su dichosa

dama. Y el serle perpetuo esclavo le parece a él muy pequeño pago de la firme y discreta correspondencia.

El que goza mucho de la ambición, disfruta poco del amor. Entre los individuos de las clases altas, como tienen pocas mujeres de donde elegir la suya, raro es feliz con ella. Y no hay nadie más desdichado que el que se apasiona por mujer de menos esfera. La llama que prende en éste no asienta en su propio pábulo, mas lo tiene devorado en vano como Tántalo en pos de la gota de agua. Porque si la ambición es altiva, no lo es menos el amor. Éste no se invoca con sacrificios parciales. Pide el holocausto de la voluntad entera, y es en vano llover cetros sobre la mujer más miserable, si ella percibe en el amante concepto de disparidad. El amor todo lo iguala, y el poderoso que no se abate de corazón no puede adquirir sino en alguna mercancía regateada.

8º Pero es digno de notarse que la ininterrupción y la fuerza de los amores en la sociedad civil parece que dependen del flujo por el viso.

Cualquiera poderoso que se sacase a un desierto con un esclavo suyo, al cabo lo trataría como a un igual suyo. La principal parte de la satisfacción causada por el acatamiento depende del viso que se hace por él. A solas no hay viso, ni por consiguiente ademanes de elevación. Los poderosos en secreto se humanan más. Bien decía aquel general que: «ningún héroe parece tal a su ayuda de cámara».

Lo mismo que de la grandeza, puede decirse de la hermosura. La hermosa no precia tanto por el voto de su amante como por el voto de los demás. Sacada a un desierto con el amante, ella perdiera tan pronto la presunción como éste los amores. El amante no valúa tanto a la dama por la impresión que a él le hace como por la que nota o figura en los demás. En prueba de lo cual, el que tiene el capricho de gustar de alguna muy fea en el concepto público, oculta mucho los amores, y los pierde en cuanto se los descubren.

La rivalidad hace en los amores un efecto como el de la competencia de los compradores en el mercado. El amante puja, digámoslo así, en el precio de la dama porque hay o imagina que habrá otros muchos que la quieran. Así, una ramera despreciable y desechada, en cuanto se le arrima algún poderoso que la equipe, despierta el ojo de los que antes la despreciaban. Por una razón semejante es por lo que las galas realzan a las mujeres. La mal vestida no da idea de tener séquito de gente fina, y por consiguiente ofrece poca rivalidad. Quitando el efecto de la rivalidad, el amor se reduce a lo meramente físico o brutal.

Todo hombre es propenso a hacer alarde del agasajo que halle en el bello sexo. Quizá no canta los favores, pero se engríe de que las gentes se los piensen. Y el que lo siente es porque o por su estado o por sus circunstancias, desmerece de la nombradía. Las venturas que no hubiesen de sonar, se estimarían poco, y el ansia por ellas sería brutal y vergonzosa. Así es que hallamos brutal y vergonzosísima la pasión en todos aquéllos que la tienen, siéndoles por su estado deshonrosa. Éstos, cuando la dama no está a solas, son serviles e hipócritas; quedando sola, audaces. Su grosera pasión no tiene otro freno que la

vergüenza, y en cuanto, por quedarse sin testigos, desaparece ésta, cargan como el lobo hambriento contra su inocente presa. Por el contrario es el que tiene pasión fina.

Si hay gentes delante, se esparce y parece adelantado. Y en quedando sin testigos, es sumamente corto. Éste es cierto que ama lo físico, pero no a secas, sino condimentado con lo moral: sin lo moral, lo físico no le atrae. Lo moral no es objeto de servicio, sino de respeto. A solas, pues, muestra su pasión, esto es, se acata y se tiene humilde el amante fino. Delante de otra, disimula el acatamiento, y se esparce por armonizar con ellos. Por mucha ocasión que vea el amante fino, nunca se mueve a atrevimiento. Y todo el riesgo que corre la dama es el de apasionársela.

Las mujeres son más circunspectas que los hombres en orden al alarde, porque son más frías. Pero la que tiene pasión, ella misma la publica, con menos rebozo por el mismo hecho de no hacerle agravio al hombre. Y toda la que siente que los demás sospechen su debilidad notoria, podrá tener venalidad o vicio, pero no amor. Ninguna dama que quiso a su galán, quebró con él por hablador. Tal vez lo riñe, y siente la habladuría por los inconvenientes. Pero interiormente se complace, y le duele que haya inconvenientes en hacer gala. Pudiéndose inferir de estas reflexiones, que la exaltación de la sensualidad al amor proviene quizá de asociársele el flujo por hacer viso.

Los celos pueden explicarse por el mismo principio. Lo que se franquea a otro nos quita la singularidad. Bien así como el que va a lucirse con una idea nueva, y halla que otro se le anticipe.

9º Los amantes no se bastan a sí mismos. Necesitan compañía ajena que los celase, es decir, que forzándolos a reprimirse, los concentre para desearse luego. La intolerancia del circunstante es un estímulo natural para concentrarse y hacer más permanente la pasión. No hubiera amores si no chocase su demostración.

La naturaleza, pues, hace muy sabiamente que a proporción que es más firme la pasión, sea menor la intolerancia de los circunstantes. Y que del estado rudo al estado fino mengüe el recato gradualmente.

El atractivo, pues, y su efecto el amor, nace y crece con la sociedad, y fuera de ésta no habría ni uno ni otro. Los amores no traerían más felicidad que el agua en habiendo sed. Y por lo mismo de no ser periódica la sensualidad del hombre, el bello sexo experimentaría peor suerte que las hembras de los animales, perdiendo su predominio, y siendo todo el año víctima de la fuerza.

El flujo, pues, por el viso, eleva la brutalidad al amor. Quiere decir, fija la voluntad del hombre, lo sujeta a una mujer sola, y rompe las cadenas que arrastraría el bello sexo en los pueblos cultos, conforme las arrastra en algún modo entre los bárbaros.

Los celos crecen del estado salvaje al estado culto, de las clases groseras a las clases finas. Todo el sistema moral del hombre hasta el de su felicidad se modifica de distinto modo de un período social a otro, de una clase a otra.

CAPITULO XII

De la decadencia de la ingenuidad

1º Entre las cualidades morales no hay ninguna más difícil de definir y graduar que la ingenuidad. Todos dicen: «yo soy ingenuo, yo soy claro, a cada cual le digo en su cara mi sentir, y así quiero me traten los demás». Y un hombre claro no puede unir con nadie.

Una sociedad donde cada cual contuviese sentado, tendido, llorando, cantando, o como le diese la gana, parecería una jaula de locos. La amistad mismo, con toda su confianza, tiene ciertos límites. Mientras el un amigo padece, no se pone a holgar el otro, aunque tenga gana. La amistad, lejos de excluir la armonía, se funda en suponerla: la confianza de armonizar en lo sustancial es el título para dispensar las ceremonias. No habiendo esta confianza, es indispensable el exterior de las ceremonias. Y si la ingenuidad es virtud en unos casos, la reserva lo es en otros.

Con el que hace o dice lo que siente no pueden conformarse los circunstantes sino en cuanto tenga o razón en ello, o autoridad para exigir el acatamiento. No habiendo ni uno ni otro, nadie quiere sufrir que lo sojuzguen, mas emprende con el necio que tal tenta con sus debilidades. Rara desavenencia procede de otra causa que de la impropiedad de las demostraciones o palabras, de no reprimir las debilidades, de ser demasiado ingenuo.

Al contrario, el que es sufrido, el que se porta como si le doliese poco lo suyo, y mucho lo ajeno, tiene una prenda noble que lo quista en todas partes, aun cuando no tenga otra recomendación. Todos gustamos de que armonicen con nosotros, y no puede menos de hacérsenos agradable aquél que nos atienda, condescendiendo y disimulando nuestras debilidades, a no ser ya aquéllas cuya tolerancia es bajeza o adulación clara. Diciendo por eso el refrán: «quien del mundo quiera gozar, ha de ver, oír y callar». En lo cual debe entenderse que el callar no es sólo de lengua, sino también en las demostraciones, porque tanto habla lo uno como lo otro.

El que tiene una falta que no puede o le es duro remediar, se contenta con que se la disimulen. Es decir, con que se porten como si no se la echasen de ver, porque cada cual quiere estar dentro de la armonía, y siente discrepar de ella en un cabello. Por tanto, el recordarle a uno sus faltas es un agravio grande. Y el que guardase siempre la ingenuidad de Sócrates, es un detestable que se complace en aguar la felicidad ajena, y merecía ser emponzoñado como lo fue aquel intolerante.

Hay mucha diferencia de hablar en la cara al hablar a la espalda. «Al rey por detrás se le hacen las higas», dice el refrán: quiere decir, que muchas cosas que no incomodan pensadas en el interior o dichas a la espalda, serían un motivo de quebrar, si se dijese en la cara. El que no más habla a la espalda, se supone tiene aún respeto.

Cualquier mujer que tenga una amistad desdolorosa, bien sabe que todos los que le andan alrededor se lo piensan, y supone que cada uno de éstos lo habla al oído con aquéllos con quienes tenga más confianza que con ella. Por esto no se ofende, porque ella misma da el derecho. Pero se ofendiera gravemente si, hablándole en la cara, le supusiesen el desdoro. Por eso se dice con mucha 52 elocuencia el refrán: «en casa del ahorcado la soga no se miente». Esta decencia en las demostraciones, esta especie de farsa, este como secreto a voces, no es ninguna cosa imaginaria, arguye una tolerancia y condescendencia positiva, y es absolutamente necesaria para la quietud del mundo. Porque si al que tiene alguna singularidad defectuosa no lo tolerase nadie, tendría que huir de toda sociedad.

Se llama hablador o murmurador, o largo de lengua, el que hace conversación de las faltas de sus conocidos con otros con quienes no tenga tanta intimidad. Al reparón o hablador todos le huyen el cuerpo, todos le tratan con reserva y con despego.

El carácter hablador dimana de la falta de condescendencia, dimana de conceptuarse tanto a sí mismo, como querer ser la regla de los demás, no sufriendo que nadie discrepe de ella en lo más mínimo. Esta presunción, que regularmente es de quien menos debiera tenerla, hace que, por lo general, todo aquél que es poco escrupuloso para los demás, sea muy nimio para sí mismo. Nadie es menos sufrido que el reparón. El mismo engreimiento que le hace zaherir a los que no se le conforman en un todo, es decir, a todo el mundo, lo enciende en cólera contra los que le tildan. Porque claro es que si el no conformarse es el motivo de zaherir, nadie se le conforma menos que aquél que además de no conformarse, lo tilda. El hablador se empeña en tapar las bocas, y pasa un purgatorio, siempre desviviéndose por oír, por acechar, por preguntar, sorprendiendo papeles, casando especies y respirando el chisme. Un carácter tan diabólico no puede conservar ningún amigo porque la esencia de la amistad exige condescendencia. Todo murmurador es curioso, o reparón. Las molestias del reparar no se toman sino por el flujo de murmurar, por el flujo de zaherir, por el flujo de mostrarse el corrector y el digno caudillo del linaje humano. Ningún reparón tiene amigos que le duren, y todo aquél que carece de amigos ínfimos, antiguos y sólidos, sepa para su humillación y enmienda, que es murmurador, es intolerante, es un vano, es un ignorante. Y si está necesitado, como no mude de carácter, no cuente con salir jamás de pobre. Suele decirse que los amigos son pocos, y aquellos ignorantes que lo dicen echan la culpa a los demás en vez de echársela a sí mismos. Dicen que el mundo está perdido. Si esto es cierto, la pérdida consistiría en tener hombres como éstos que se quejan. El mundo, por lo general, es justo. Quien esté quejoso de no hallar amigos, dome su carácter intolerante, y verá qué pronto que los halla. Cada cual tiene sus debilidades. Mal nos tolerarán las nuestras, si no sufrimos las de los otros. Pero el que usa condescendencia, halla la misma en todos. La condescendencia hace amables, y el amor habituado es lo que se llama amistad. Para el que tiene buen corazón y buenas luces, no hay cosa más fácil que hacerse amigos: los hace aun sin intentarlo. Consuela tanto el hallar buenas entrañas y una condescendencia juiciosa, que todos buscan las personas de estas amables partidas para servir las desinteresadamente.

La propensión, pues, de armonizar con los demás, rompe la ingenuidad y hace reportarse en apetitos, en demostraciones y en palabras. Una ingenuidad ilimitada supondría que la

regla de la conducta era el sentido, interés o capricho propio, y no el sentido, el interés y el semblante ajeno. El ser ilimitadamente ingenuo quiere decir ser irracional.

Cuando damos con alguno demasiado ingenuo en cosas que no nos zahieran, lo miramos como un loco que hace reír, o como un hombre de éstos que se llaman angelicales. Algunos hacen estudio de esta ingenuidad, bien que con delicadeza. Y como se les conozca entendimiento, agradan y ganan la confianza a primera vista. Hay talento de portarse con llaneza sin apearse uno de su rango. Tales son aquellas personas que en todas partes hacen lo que quieren, y todo les cae bien. Para esto son precisos muchos alcances. Y el que careciendo de ellos, quiere hacer del gracioso, se hace pestilente en toda sociedad. Quien extiende la excesiva ingenuidad a cosas de sustancia, se mira como un grosero y mentecato. Lo que se llama marcialidad no es propiamente sino un cierto exceso de ingenuidad empleado con juicio. El que tiene un carácter alegre, fino y marcial, es el alma de cualquier tertulia donde entra. Él infunde el tono a todos, él los alegra, los esparce, y los tiene en una libertad y regocijo, que se pierde sensiblemente en el momento de él salirse.

La doblez suele ocultarse con la apariencia de ingenuidad. Y éste es uno de los artes más útiles en el mundo. Todo comerciante lo posee para sus privados negocios económicos, y el cortesano para los políticos. Pero en sacándolos de estos pequeños ramos, es lo común descosérseles la boca y ser el juguete de cualquier persona de fondo. Ellos, sin embargo, hacen mucho ruido y suenan sus golpes de talento. Bien así como los descubrimientos de Newton, por ser en cosas de cielos y planetas, hacen más bulto que los adelantos de otros hombres de más mérito.

Algunos tienen el fuerte por aparentar misterio, y hacer del hombre reservado y, como suele decirse, de mucha recámara. Cuya flaqueza es una de las más peligrosas y ridículas. Para una vez que, por casualidad, aprovecha, daña ciento de preciso. Este es un carácter descubierta al vuelo, y se conoce la mucha limitación en que, por lo general, el que es misterioso en las pequeñeces es un boquirroto en las cosas de sustancia. El hombre misterioso tiene mucha vanidad o timidez, y poco fondo: incapaz de lucir en las cosas recias, quiere hacerse valer por lo que nada importa. Y en llegándole un asunto serio, se aturde y busca miserablemente auxilio o consuelo en aquéllos que no se lo han de dar. Al contrario, el que se siente con capacidad para lo grande, se desdeña de las cosas pequeñas, es franquísimo, y aun negligente en éstas, al modo que un hombre generoso y pudiente no hace gala de regalar algún ochavo.

El carácter de reserva revestido de un aire ingenuo y marcial, es difícil de conocerse. Y ésta es la causa de ganarse la confianza y descubrir el pecho ajeno. Nadie lo pasa mejor en el mundo que las personas de este feliz carácter. Tal persona hay que los más, aun de los que la tratan, a su parecer de ellos, con ingenuidad, la juzgan llana, sin doblez, demasiado ingenua, y aun quizá fácil y habladora. Y cualquiera que, teniendo mundo, nota que su excesiva ingenuidad nunca es en cosas de trascendencia, se admira de la reserva y meollo del sujeto. Tal tartamudea que tiene cuando quiere la lengua como una espada. Tal creían los demás pasado, y se le halla aguantado con treinta y una de mano. Pero aguantado sin alarde, mas antes persuadiendo que él mismo lo ignoraba. El que hace

alarde de la reserva y del talento, saca poco partido. Gustosísimos reconocemos al que realmente alcanza más, pero no queremos que él se anticipe y se dé a reconocer. No sufrimos encima sino al que nosotros mismos ponemos por nuestra propia mano. Y en cuanto él olvida este origen de su exaltación, tiramos a escupirlo. Con todos queremos condescender, menos con el que no lo hace. Y no hay en el mundo más subordinación que la espontánea.

Convengamos en que la naturaleza nos manda, por nuestra propia felicidad y la ajena, no decir ni demostrar siempre lo que se siente. Saber lo que se ha de decir o demostrar, y el modo y sazón⁵³ de decirlo o demostrarlo, es la gran ciencia del hombre sociable.

2º Si bien se mira, las reglas del decoro del estilo dimanaban originalmente de las reglas de la ingenuidad.

Cuando se está con sujetos de mayor jerarquía, ellos están desahogados, y uno se siente corto. Ellos tienen libertades para hacer y decir lo que uno no puede. Ellos pueden ser más ingenuos, y uno tiene que guardar cierta reserva. Uno tiene que reprimirse mil movimientos y expresiones, o les pierde el fuero. Por eso, el estilo con gentes de jerarquía es un estilo circunspecto, estudiado, corto. La conversación con los grandes debe ser concisa. Parece mal tender el paño y querer uno como llevar la voz, o dar lecciones. Éstas no sientan bien si no es muy rogadas, y aun entonces deben ser cortas, porque el consejo, confianza fastidiosa a todos, es detestable con los grandes. Las expresiones de mucha cólera o alegría, como no sea en cosas en que ellos tengan mucha parte, parecen tan pésimas por escrito como malas cara a cara.

Cuando se está en un público, se estudia uno el exterior y la lengua, y no puede permitirse en el estilo solemne la confianza, el desahogo y la llaneza que en el estilo didáctico de maestro a discípulos, o en el familiar de amigo a amigo. No hay cosa más incómoda que el desentono que notamos muchas veces en el púlpito, aquel manoteo, aquellos gritos y estruendo, aquel escucharse el predicador, aquellas expresiones de cólera y confianza, aquel flujo por ostentar y por hacer dominante tal vez su opinión, aquel furor por tratar al auditorio con poco respeto, como si fuese algún miserable criado del que habla. Lo mismo que se le permite al predicador es que él, por razón de su oficio, se juzgue como un perito en las Pandectas de la religión, y a consecuencia haga mención de sus saludables máximas, sin orgullo, mas con mansedumbre como un hermano nuestro que tiene nuestros propios deslices, y que igualmente que nosotros, necesita refrescarlos. Una persona de mayor carácter puede levantar algo el tono. Así, un obispo tiene otras libertades, pero tampoco debe perder de vista que él es un hombre tan de carne y sangre como nosotros. Un sabio y virtuoso de mucha fama puede trenar⁵⁴ de otra suerte que un orador adocenado. Si se juntan la sabiduría y la virtud con la autoridad, se aumenta mucho la licencia. Así, un apóstol que se supone como caudillo de un auditorio rudo, y que demuestra con milagros patentes a la vista de todo el auditorio la inspiración de Dios, tiene naturalmente unas libertades que quitan la paciencia cuando, como es harto común, las usurpa un miserable que predica por dos pesos, o por hacer del hombre.

Para hablar o escribir con decoro, es menester guardar inviolablemente en el plan, en cada parte, y en cada expresión,⁵⁵ la ceremonia que corresponde del rango en que uno esté al rango y humor de aquéllos a quienes se habla o se escribe.

Por eso en las ocasiones de regocijos públicos, en los panegíricos y acciones de gracias, es sumamente propio el adorno, la ponderación, la difusión. A nadie le sienta mal que armonicen con él, y sean algo difusos en hablarle de su gusto.

Por lo mismo, son impolíticas las reprensiones furibundas con que algunos oradores vienen a aguar los días de grandes celebridades, y después de poner el beneficio o el santo a las nubes, sofocan y abisman el auditorio.

Nada está más arreglado que el estilo de las cartas pastorales. Y lo único que deseáramos es que los prelados las escribiesen siempre por sí, sin encargarlas a nadie que no sepa por experiencia lo que es ser prelado, o que acaso esté en tentación de adularlo, porque estas causas suelen hacer que al prelado se le ponga demasiado alto, y a los feligreses demasiado bajo. Éstos, en un tiempo de tanta cultura como el de hoy, no pueden tratarse ya como animales, sino como racionales de la propia especie e ilustración que el prelado suyo. También se ve alguna vez que al prelado se le abate al principio con estudio para realzar más la dignidad de su ministerio y facultades. El que se halla con un cargo que sincera y realmente le parece demasiado honorífico para sus méritos, lo desempeña con cortedad. ¿Por qué, pues, en las pastorales que principian por hacer pequeña la persona privada del obispo, vemos tomarse luego un fuero nada inferior al de los apóstoles? Aunque los obispos tengan toda la jurisdicción de los apóstoles, no por eso pueden pretender aquel fuero especial, aquella seguridad, dominio y licencias que infunde la inspiración.

El estilo poético se diferencia de los⁵⁶ demás estilos en suponerse que el poeta está arrebatado de entusiasmo, y no guarda más miramiento que el de vaciar su pecho a compás de la armonía. Al que está en un raptó de pasión le toleramos lo que no se sufre del que está sereno. Sin embargo, si el poeta no guarda juicio, diremos que está, no con entusiasmo, sino en delirio.

3º Por la dificultad del decoro del estilo puede formarse juicio de lo difícil que es la observancia de las reglas de la ingenuidad.

Son contadísimos los escritores que hayan brillado en muchos estilos a la vez. Tan contados como los actores que hagan a muchos caracteres, esto es, a cómico y a trágico, a serio y a bufo.

Cicerón, a pesar de su rancio crédito en lo forense y en lo familiar, no alcanzó en estos estilos tanto como en el didáctico. Y en todos tres, como ya se insinuó, tiene el imperdonable defecto de escucharse. Nuestro Séneca, casi el solo de los antiguos que hiciese a prosa y a verso, sobresalió de mucho en la prosa. Horacio, poeta el más delicado para las composiciones cortas, se sentía y era incapaz para las largas, bien así como el que habla poco, lo luce, y si se extiende, lo echa a perder. Y Sócrates, cuyo estilo era

bueno para perorar, se engaña Cicerón en creer que, teniendo tan poca sustancia, hubiera podido disertar bien. Ni tampoco Platón, cuyo estilo dialógico no tiene nada de particular sino la claridad, hubiera perorado bien. Bossuet,⁵⁷ que fue bien elocuente en los elogios fúnebres, es infelicísimo en lo didáctico.⁵⁸ Todos los estilos juntos nadie, de quien haya memoria, ha llegado a poseerlos con propiedad sino el célebre maestro y compañero, y poco agradecido del rey de Prusia.⁵⁹

Aun el coger bien un solo estilo cuesta mucho. En la antigua Grecia no fue común el escribir fino hasta que Pericles hizo a su patria aquel beneficio de afinarla, a que infundadamente se atribuye su decadencia. En Roma, los primeros escritores tanto en verso como en prosa fueron muy incultos. En Francia, hasta el tiempo de Luis XIV parece, por la profundísima historia de M. Voltaire,⁶⁰ había muy pocos escritos que mereciesen la pena de leerse. En Inglaterra se ha ignorado lo que es escribir suelto hasta que, casi en nuestros días, lo aprendió de los Franceses aquel despejado Addison, cuyo discurso preliminar al Milton parece sirvió de modelo al nuestro del Quijote.⁶¹ Los más célebres ingleses faltan al decoro a cada paso. Pope, que aunque no tuvo ninguna cualidad de gran poeta ni de filósofo, fue el restaurador de la versificación inglesa, y picaba de cortesano, principia el ensayo del hombre, dándole al lord Bolingbroke, que era hartamente más literato que él, este importuno consejo: «Despierta Bolingbroke mío, y deja todas las cosas despreciables a la baja ambición y al orgullo de los reyes». En el prólogo guarda un tono muy altanero respecto de su pequeño talento, como desafiado a que hiciera otro lo que él no podía. En la carta a Racine acerca de la traducción de aquella misma obra, trata con un orgullo insolente a aquel ilustrísimo poeta que tuvo la bondad de escribirle. En la Dunciada parece una verdulera cuando se baraja con algún mozo de cordel. En el ensayo del carácter de las mujeres, en vez de ridiculizar al bello sexo, se ridiculiza a sí mismo con la necia pretensión de ostentar un género de estilo para el cual estaba muy lejos de darle el naípe. En la traducción de aquella oda de Horacio *Intermissa diu Venus, rursus bella moves*, empieza así: *Again?*, como si en castellano dijéramos: *¿otra?* u *¿otra tenemos?* En la oda del día de Santa Cecilia, composición que debía cantarse en una magnífica solemnidad, y de la cual había ya otra oda muy decente de Dryden,⁶² rompe como queriendo imitar los Dítirambos de Píndaro, y escasísimo de imaginación, repite tres veces la palabra *to arms*, como tarareándola, y haciendo con ella un verso.⁶³ El estilo epistolar inglés es de lo que acá llamamos «hablar puestos de golilla». El escritor de los Derechos del hombre,⁶⁴ ha querido hacer cabeza sin tener absolutamente la menor centella de originalidad ni filosofía. Y el Recto Honorable,⁶⁵ que está bien pensionado por haberlo mal impugnado, ha molido el público con una carta de cientos de hojas y, proponiéndose en ella la imparcialidad, se muestra picado desde la cruz hasta la fecha. En el Tom-Jones,⁶⁶ novela tan del gusto de los ingleses, que en pocos años le han hecho una infinidad de ediciones, no se guarda el decoro casi nunca. El autor cree copiar la naturaleza, dando en ojos con todo género de suciedades y groserías. Aun los ingleses de más fondo, cuando carezcan de otros defectos, tienen el de ser unos plomos. Harris, que por voto del celebrado y modernísimo obispo de Londres, Louth, es un segundo Aristóteles en su Gramática universal,⁶⁷ tiene la sandez de preferir a todos los estilos el rodeoso y tosco del diálogo. En suma, el decoro y la finura del estilo es una obra de muchos tiempos todavía para la nación inglesa, si sigue desdeñándose de las modas de la nación que nos ilustra.

No menos dificultosas que las reglas del estilo son las de la ingenuidad. Cuesta mucho el reportarse o explayarse⁶⁸ con arreglo al rango, carácter, genio o confianza y temple de los circunstantes, sin perder de vista la dignidad de uno mismo. Pues esta flexibilidad se requiere para hacerse bien sociable.

El que se considera sin carácter o sin talento para ello, si es persona prudente, toma el partido prudente⁶⁹ de hablar poco, y moderar el exceso, tanto de frialdad como de calor.

Pero el que presume de talento para cautivar a todos, es menester que principie por poseerse, por tener conocimiento del mundo, y una gran destreza en conocer al golpe el corazón de los circunstantes.

Se refiere como un prodigio el que Alcibiades, siendo bien joven, admirase en Atenas por lo petimetre y frívolo no menos que por la severidad y el seso, e hiciese ruido entre los Sátrapas de Persia por el lujo y la afeminación, y de allí a poco en Esparta por lo frugal y austero de sus costumbres.

En el Ensayo del carácter de las naciones⁷⁰ se atribuye una prudencia y amabilidad por ese estilo a los Franceses. No puede negarse que el carácter francés es sumamente acomodado y amable. Pero es incierto lo que se dice, que el Francés es Español en Madrid, e Inglés en Londres. Mas al contrario, no congenia ni en un país ni en otro. En España casi nunca los Franceses toman el traje del país, dependiendo de esto la enemiga general que hallan en el paisanaje bajo, pues como entre los Españoles por maravilla se viste casaca sino entre gente fina, disuena y parece ridículo ver que entren con ella por Espada los Franceses pobres. Nosotros, a pesar de nuestro natural cariño al cuerpo de la nación, no encontramos en los individuos la consecuencia, el asiento y la formalidad de los Castellanos, nos parece que al pronto son mucho, y luego, poco amigos. Los Ingleses les notan lo mismo, y dicen que el individuo es niño hasta la edad de cuarenta años. Pero, en defensa de los principios sentados en este libro, debe tenerse presente que el carácter no lo forma sólo la cultura, la educación y la costumbre, como pretende infundadamente Helvecio,⁷¹ sino que le influye mucho lo material del país. Cuya observación, original de Maquiavelo, se la han apropiado unos y contradicho otros, a la frente de los cuales está el historiador de Inglaterra, hombre de no tantos talentos como le vociferan sus paisanos.⁷² Lo cierto es que los vegetales suelen variar de flor y de virtudes en variando de país: varían tanto que ni la flor ni las virtudes son del carácter de las plantas. Una misma raza de animales, mudando de terreno, varía bajo de reglas fijas a pocas generaciones, extendiéndose la variación no sólo a las cualidades materiales, sino también a las virtuales. En nuestra especie también la variación en lo material está a la vista. Traídos acá los negros, emblanquecen a cierto número de generaciones, y nosotros en sus países ennegrecemos. De un país a otro varía constantemente no sólo el color, la estatura, las carnes, el pelo, las fuerzas, sino también las facciones. Pues así como hay aire de familia, hay también aire de nación o de país. En España hay feos, como en todas partes. Pero son bien raros los semblantes ridículos: por maravilla se ve ninguna de aquellas caras que a primera vista dan pasión de risa. En Francia éstas son comunísimas, y parece que la abundancia de fisonomías ridículas cuadra bien con la volteriedad común y con su pasión por reírse y ridiculizar. Difícil es creer que las variaciones constantes en lo material no

traigan también otras variaciones constantes, aunque distintas, en lo virtual. Un escritor moderno⁷³ observa y demuestra que el carácter voltario y frívolo es más propio para las penalidades de la guerra. Y esto da razón de la observación de César y de Maquiavelo en orden al carácter belicoso de los franceses, debiéndose notar que la observación de César no fue después de hacerles la guerra, tiempo en que su elogio del valor de los franceses sería sospechoso, sino antes de pensarse en ella, al tiempo de la conjuración de Catilina.

4º La historia del estilo es la historia de la ingenuidad y del buen modo.

Se llama estilo rudo el que carece del decoro debido al que habla o al que oye. Las pláticas de Horacio en boca de Aníbal y de Régulo, y la de Gray⁷⁴ en boca de uno de los antiguos Galeses, imitan el mayor grado de elocuencia de que es capaz un patriota rústico. Las de Salustio y Tácito, teniendo quizá no menos energía, guardan el decoro de los hombres cultos a quienes las atribuyen.

La regla primordial de la conducta del hombre, es decir, el dictado de la animosidad, es el egoísmo. Y el que estuviese siempre a solas, explayaría su voluntad, sin ocurrirle ningún límite. El egoísmo se enfrena con la fuerza moral de la compañía. Los niños condescendidos, esto es, poco corregidos en sus casas, se portan como egoístas en todas partes.

Las personas criadas en pueblos cortos, si bien guardan desde la niñez subordinación con sus vecinos, no saben generalizarla, y a cualquier parte que salgan, son propensas a tomarse la preferencia. Conocidos mutuamente y a fondo todos los vecinos de una tribu o de un lugar corto, se sabe y se canta en público el mal y el bien de cada uno. Por consiguiente, entre ellos no está mal visto decir de sí y de los demás lo que todos vociferan, y suponerse y tomar un fuero que está graduado en público.

Criado en esta disciplina de hablar claro, conserva todo rústico la costumbre de alabar sus propias cosas y de reprender a los otros tanto mejor, cuanto menos familiar les es. Pues cuanto menos le sepan sus flacos, más confianza tiene de que no le puedan dar las tomas. A la más pequeña diferencia que noten los rústicos o lugareños, ya principian a carcajadas, como si los usos de su lugar hubieran de ser la ley del mundo. En los viajes a las ferias es corriente usanza de toda gente ordinaria el que una patrulla atoree a las otras patrullas que encuentra por el camino. Los de lugares rayanos en jurisdicción están siempre como de hostilidades que no se contienen si no es por tener un mismo jefe común. Las tribus salvajes, por carecer de éste, están siempre de guerra a muerte. Cuando la Europa estaba dividida en pequeños estados, era casi incesante la guerra. En la antigua Grecia había la misma indisposición entre los pequeños estados que la componían. Porque conforme cada vecino tira a rayar entre sus iguales, así también cada lugar, cada tribu, cada estado pequeño tiene pretensión a la primacía, propendiendo naturalmente el mundo a la monarquía universal, si no fuese por el embarazo de la variedad de lenguas. De manera que esta variedad de idiomas que choca a primera vista con las ideas de la providencia, es tal vez la principal garantía de la libertad e independencia de las naciones. En las tropas griegas antiguamente, cuando iban aliadas, eran frecuentes los motines, pretendiendo las de cada estado haber tenido la principal parte en la victoria. Y hubo vez

de estar para exterminarse mutuamente por el derecho de una cosa tan sinsustanciada como el trofeo. Trofeo era una señal que se ponía en el campo de batalla en ostentación de la victoria, como si no fuese harta memoria para el enemigo el irse derrotado. El trofeo era en propios términos un alarde y una jactancia de la cual podía burlarse el enemigo en mudándose la suerte de la guerra, o por mejor decir, en mudándose la disciplina respectiva de los ejércitos, siendo lo general depender de la superioridad en ésta las victorias que luego se atribuyen los generales a sí propios. Lo único de que no puede burlarse el enemigo es de los golpes que reciba. Pero el trofeo es una cosa tan pueril como el mojarse la oreja los muchachos. Pues por una cosa tan fútil como ésta se hubiera destruido de todo punto la alianza de los Griegos, a no haber mediado el respeto y el ardid de Epaminondas. La propia rivalidad se verificaría entre los varios regimientos de una misma nación, si sus plazas fuesen vitalicias, y no tuviesen un mismo jefe común.

A fuerza de reportarse el hombre en sus apetitos, llega a subyugarlos, y últimamente hace por sentido lo que principió por reflexión.

La concurrencia de forasteros en las ciudades grandes hace que de puro haber muchos a quienes escarnecer, no se escarnezca a nadie. Los vecinos se acostumbran a ver distintos trajes y estilos, hallan algunos más vistosos o acomodados que los suyos propios, los imitan sin ser notados, y de esta suerte se rompe aquella uniformidad de traje que es el período primitivo de la ropa, y que subsiste inviolablemente en todo pueblo chico y apartado de las carreras. Pudiéndose decir que la variación de vestido en la especie racional guarda sus períodos arreglados y tiene su influencia en el carácter del individuo, bien en algún modo como la variación de la camisa en los insectos.

En el momento en que deja de chocar la novedad de los trajes, no se injuria más a los forasteros, se les tolera, se les respeta, se les atiende y protege como a los naturales del país, y se establecen sordamente las máximas de hospitalidad y de civilidad que componen el fuero general del hombre en cualquier punto de la tierra que se halle, y que se llaman el derecho de gentes. En ninguna nación se reconocería este derecho, si la costumbre de tolerar la variedad de los trajes no quebrantase la intolerancia natural inspirada por el flujo de armonizar. Pero en comenzando a no hacerse alto a la variedad de los trajes, también comienza a no hacerse a la variedad de estilos y de ideas que el traje supone. Y puede sentarse por principio que la variedad de los trajes es el pregonero del derecho de gentes.

Por los mismos principios, el egoísmo del hombre inculto, su flujo por tomarse la preferencia, por alabarse, por hacer y decir lo que le dé la gana, y que nadie haga sino lo que quiere él, su flujo por reprender y ridiculizar a los demás, por dar voto y consejo en todo, por no tolerar que nadie discrepe de él; en una palabra, el flujo de todo hombre inculto por ser el monarca universal, y tratar el mundo como si no más estuviese hecho por su propia conveniencia de él, no se enfrena hasta que, saliendo de su lugar, se encuentra hecho un despreciable, sin poder unirse con nadie. La pasión por entrar en el rango de los demás y lucir como ellos, le hace tomar el traje y los modales que ve necesarios en éstos para vivir en buena armonía. Y cuanto más cuerpo toma la sociedad, tanto más el hombre aprende a reportarse, tanto más cede de su derecho, tanto más

respetar a los otros hombres, y tanto más es respetado de éstos, aumentándose así la libertad de unos y al paso que mengua aquella ingenuidad primordial.

Al pronto que se pasa del egoísmo a la sociedad, se cae en la ceremonia y en la etiqueta, pero luego el incremento de la cultura trae la marcialidad, esta divina prenda introducida, o por lo menos fomentada, en España con las modas francesas, y por la cual se ha abolido lo incómodo de los ceremoniales y cumplidos. El atamiento antiguo se ha trocado en un aire libre, suelto y como sin estudio; no se ve en el porte del hombre fino la reflexión sino el sentido; la alegría lo anima todo; no hay ya aquel ceño molesto, aquella gravedad desmesurada, aquella compostura y crítica diabólica que hacía de la sociedad doméstica un suplicio. El hombre se presenta con naturalidad, con desembarazo, con agrado, con confianza de hallar atención y condescendencia casi como un amigo la halla en otro. No se reserva en cosas frívolas, no intenta avasallar a los demás, no los busca tanto por ceremonia como por desahogo. Él se despoja de su rango; todo cuanto hay en la sala se trata como igual; el grande y el chico turnan en el mismo asiento; cada cual dice su sentir con entera franqueza, pero no en tono positivo, como sin dejar apelación; y no se guarda otra cautela que la de no zaherir a nadie ni incomodar con necesidades y despropósitos. El bello sexo está entronado en su altura justa para que, lejos de temer atrevimiento, halle condescendencia y servicialidad en todos. En suma: cada cual por su término recibe mejor y más amplio derecho y menos censura que en el tiempo de la etiqueta; los meros conocidos se gozan y se sirven mejor que antiguamente los amigos; y, por último, con la marcialidad se ha vuelto la sociedad el mayor placer y realce de la vida.

El decremento, pues, de ingenuidad que hay desde el estado rudo hasta el estado fino significa propiamente que la cultura destierra el egoísmo que aísla los hombres, propende gradualmente a hermanarlos más y más, y a hacer más racional, gustosa y útil la compañía. Y la sencillez rústica que tanto se vocifera en las poesías tiene un espíritu contrario al de la hermosa sencillez, que es el grado sumo de la finura. Esta sencillez procede de condescendencia, y la sencillez rústica procede de tiranía. La una es racional, la otra es animal.

DIGRESION IV

Comparación de la vida del campo y de la ciudad

Los poetas, por tener el flujo común de todo literato, que es el de que no haya más distinción que la del talento, en todos tiempos han sido propensos a figurarse que el mundo estaría mejor, si se quitase de raíz el lujo, en el cual ellos no pueden sobresalir, y los hombres viviesen esparcidos por los campos, como vivían en la edad que llaman de oro, es decir, en el período rudo anterior al cultivo de las artes en el cual se dice que la encina daba miel, y leche el río, porque no habiendo entonces todavía vasos, las abejas labraban en los troncos huecos, y las reses sin caudillo buscaban la humedad y las vegas para pacer.

Horacio y Virgilio son los más señalados en elogiar la vida del campo. Sus composiciones encantan el oído, pero no se graban en el corazón.

Virgilio principalmente, esclavo de la opulencia de los versos, no reflexiona lo que dice, mas habla como a bulto en todo el *Oh fortunatus nimium*. Es cierto que pinta la vanidad con elocuencia, pero lo demás se reduce a afirmar inverosímilmente que la tierra⁷⁵ produce sin trabajo del hombre; que el palacio, la arquitectura, el oro y la grana no valen una cueva, un charco, el bramido del buey y el dormir bajo de un árbol. Los objetos rústicos que toca son los bueyes, los becerros, los animales de cerda, el granero, los frutos del otoño, el mosto, la leche, la pelea de los cabritos, la tertulia de los rústicos, el tirar al blanco y el luchar. Cosas por cierto de bien poco atractivo, y sin embargo el poeta les da la preferencia de buena fe.

Horacio ha hecho una composición más juiciosa, aunque de menos entusiasmo. Y en vez de mostrarse convencido, la pone en boca de un logrero que, resuelto ya en virtud de ella a hacerse rústico, se arrepiente inmediatamente. Los cuatro versos últimos del *Beatus ille* que algunos los hallan superfluos y niegan sean de la composición, además de estar preparados en el cuarto verso, cuadran con el juicio fino del poeta, en el cual no se le puede comparar ningún otro.

Un poeta moderno español ha tenido más discreción que los latinos en cuanto toma por asunto del elogio, no la trabajosa vida del labrador pobre, sino la vida pastoril, la cual, como tiene más ocio, admite otra ilusión.⁷⁶

Pero a pesar de los esfuerzos de la elocuencia por abatir la vida de la ciudad, nadie deja el palacio por la choza, la limpieza por la suciedad, ni los racionales por las bestias.

El rústico huye la compañía de las ciudades porque su menor racionalidad de él, o la diferencia de sus estilos, lo hace impropio para ella. Así, el africano huye al Europeo, el salvaje aborrece al que no anda en cueros, y cada cual prefiere su propia patria, cuando saliendo de ella, se ve extraño en las ajenas.

El campesino es bueno para el campo, donde no tiene que lidiar sino con la gente suya. Fuera de ésta, no halla quien lo sufra. Su rostro indómito descomponen a los demás con la brutal cólera, e ignorante de la expresión fina, lo suple todo con la lengua indiscreta o con las manos. Y así en sus fiestas o enmudece, o remata en riña. Siempre peca por los extremos de confianza y de quijotería, de altanería y de bajeza, por deslenguado o por reserva cerril, por demasiado atado o por demasiado suelto. Si quiere hacer del elevado, se hincha; si le da por humanarse, retoza y hay que ponerle trabas. Falto de gusto, no discierne lo feo de lo hermoso, mas emprende con la primera que viene a mano, bárbaro máquina de la especie, no conociendo de los amores sino el material gusto de apagarlos.

Está muy bien que el tormento del hambre le supla por la delicia que a los manjares añade el arte. Y que el molimiento del cuerpo le haga los guijarros tan blandos como la pluma.

Pero en las madrugadas frías no se arranque el sueño a racionales para trepar desnudos, entre escarchas y terrones, a solas todo el día, atarantados del viento entre troncos ateridos, o en el ardoroso tiempo embebiéndose de sol la negra tez, y quebrantado el pecho de pensar que la misma carrera aguarda a los pequeños que quedan arrastrando por el suelo, y cuyos ayes de hambre quizá mimbrea⁷⁷ los fugaces muros de la choza.

Huélgense si quieren los poetas en el mojado valle, lacayos de una yunta, limpiando a los bueyes la ancha frente, o en las lumbradas nocturnas reclamo de garrotes y pependencias. O bien, meditando la mariposa que viene a poner insectos, la cabra que destroza los plantíos, o el gallo que agua el sueño. Vayan por allí desnudos trayendo la corteza de los soles y los aires en vez de ropa, entre las berroqueñas doncellas amoratadas de la losa, vestidas de madera, oyendo tocar el pito a los esclavos de las ovejas. Y las veladas recréese con media docena de idiotas, escuálidos del trabajo, los unos hablando despropósitos, los otros dando cabezadas en torno de la lumbre, y a todos llorándoles los ojos, y saltándoles la cabeza del humo de la mugrienta chimenea.

Pero al hombre de rango, al hombre culto, póngasele en una población grande, donde el labrador y los pastores acudan diarios con lo escogido de sus campos y rebaños; donde los frutos, no vistos madurar, llenan más el ojo; donde, en vez de senderos intratables, haya caminos anchos pavimentados en piedra labrada que no resbale; en vez de la desterrada chocilla, que o se llueve o hierve, una casa de tres altos aislada a cuatro calles, con varios órdenes de piezas para tener el silencio o bullicio, y el temperamento que convenga; o para que, apartados entre paredes de bronce, los consortes gocen en perfecta libertad las confianzas de su estado, sin que, testigos de sus ternuras o de sus lides, los hijos reciban la ruinosa crianza que les trae de preciso la estrechez de la vivienda. Allí se alargan preciosamente las veladas o en una dichosa soledad que hace más agradable luego el bullicio de entre día; o con gentes finas que traen cotidianas en la uña las noticias y ocurrencias de todo el mundo; o tal vez se pasan en el templo de la crianza, oyendo al discretísimo de robusta voz que encanta cuando hace el truhán o el tonto y sabe más de lo que hace; y a la pratea⁷⁸ que esconde la poca edad, o la manifiesta con mucho brillo, y cada vez parece de distinta patria y de distinta esfera: maestros poderosos uno y otra, si los inspira aquel pequeño y sacerdote de dos cultos que, hablando poco, sabe hacer reír y tiene el mundo a raya.

¿Dónde hay espectáculo más incansable que la ciudad inmensa y opulenta situada en altos bien oreados, dominando por todos lados alguna campiña de muchas leguas, dispuesta en pendientes imperceptibles para escurrir las lluvias que la limpien; sus calles desembarazadas y perdiéndose de vista, pero fáciles por los puntos de reunión, y por la diferencia de los frecuentes y soberbios edificios públicos, cortadas de placetas sembradas de fuentes, y empavesadas de fuego para redimir⁷⁹ la esclavitud y el pavor de las tinieblas; bullendo la gente día y noche, todo ejercicio y precio libre, y las tiendas y los surtidos perpetuamente abiertos? El estrépito de la gente y de los carros lo esmaltan diez retretas. Hay paseos y jardines diferentes proporcionados para el recreo en todas estaciones, temperamentos y horas; de día o de noche, en lluvia o en sereno, en los calores o en los fríos. Los unos cubiertos raso a la elevación de quinientos pies, desplegada viva entre pedestales y columnas la historia de los principales pasajes de la

tierra; otros, de fuegos de artificio con inmensos bastidores y estatuas transparentes, animados de una música que suena distante, en medio.

Pero la arquitectura rústica rompe al viento libre, cual conviene, sin más dosel que el firmamento. Allí los ríos, los arroyos y los manantiales afrentados en las soledades fastidiosas del poeta, se ensalzan por canales de oro hasta los cielos para que, como don de éstos, se desplome el agua en torrentes claros como el cristal por gradas infinitas, unas rectas, otras caracoladas; en tanto, estrechas que hagan aquello salto; en tanto, anchas y subdivididas y lavando transparente mil brillantes mármoles al deslizarse; o bien, rompe oblicua por los aires formando un iris; o sube derecha deshaciéndose de la fuerza y se cuelga en el viento como polvo; en otras partes, cae en cascadas espumosas, salpica las adelfas que aman los peñascos, y tuerce luego lenta por entre cañadas entretenidas, dejando en zaga las espumas; o parte como una saeta, cascajando dividida en los estorbos, y regolfa rápida en los leves senos del camino.

Las gibas de la tierra que coronan el radio de la vista, se cubren de árboles apiñados que escondan los confines y parezcan continuarlos inmensamente. En las planadas, unas veces limpio todo en medio, y los vegetales en huestes a las márgenes; otras, espesados a trechos los arbustos, formando gruesísimas columnas y fajas turbulentas de Pirámides y de prismas que acá orlen, allá calcen en grada las familias de gigantes erguidos hasta las nubes en términos de sacarles al paso el escape eléctrico que las coagula. Pero claros sus grupos, que la vista los coja todos por cualquier parte, haciendo a cada pisada distinto aspecto. Y el sol y el aire y los horizontes variándose por momentos en torno del caudaloso río serpenteando largo a flor de tierra, y limpios sus costados de los tarayes celosos de él. La madre del río distinta siempre, que en tanto remansa como un lago, cuajado de isletas y de baños flotantes; en tanto se estrecha y apresura, o se disipa en cequias que se saltan. Los reyes de las fieras acotados al raso por las cumbres para que con su aspecto y ronquido horrible realcen la paz que trae el arrestarlos; y otros de ellos sacados al espacioso anfiteatro para que se desbraven mutuamente, o para ver el triunfo del atleta que los señorea, al modo que los padres del animal más útil hacen un espectáculo marcialísimo cuando, sueltos y picados en el circo, berrean y cavan rabiosos la tierra, destrozan otras fieras menores, vuelan en vano tras los hombres, y estando encarnizados hasta con las ropas, tiemblan el careo sosegado del español perezoso para huir.

Un día de más aumento, traído el mar a la tierra, las ciudades gozarán encima de las aguas otro recreo más augusto con el débil semejante nuestro que, mal seguro en un palmo de boya, se abalanza firme al más tremendo de los cuadrúpedos, y le pesca el alma por la boca en el momento de abrirse ésta como un abismo en ansias inevitables de la mitad del Bósforo.

Todos estos espectáculos realizados de enjambres de mujeres cultas, nutridas y lucientes de la abundancia, sueltas las trenzas, el talle alto naturalmente, el traje y el estilo bien marcial, los semblantes risueños de la dicha, entremezcladas con los hombres sin ningún riesgo, cada cual desconocido y libre, pero atado con los adornos, y forzado a guardar racionalidad.

Y fuera, fuera de allí, por medio de la natural subida de los precios, la gente tosca que donde quier que está no puede menos de turbar la holganza; fuera la canalla que, por no traer consigo ningún rango, no le desdice cualquier infamia o atrevimiento. Y oigan al paso para contar y mover a estímulo en vez del rabel de Orfeo, mera campana de los albañiles de Tebas, las inmensas y opulentísimas orquestas, que arrebatan el pecho bien así como se mece la cuerda en el instrumento.

CAPITULO XIII

De la desigualdad por las cualidades interiores

Nada es más cierto a primera vista que el dicho de que las virtudes y los talentos son un título justo para hacer desiguales las personas. Pero necesita desmenuzarse y examinarse bien esta proposición.

Las cualidades de la persona son la salud, las fuerzas, la hermosura, las habilidades, la virtud, el valor y la sabiduría.

La desigualdad, según se dijo, consiste en el desigual trato, es decir, en el acatamiento espontáneo que el superior excita naturalmente en el inferior.

Con relación a esta regla es fácil reconocer cada una de las cualidades referidas. Pues aquéllas que naturalmente excitan acatamiento, desigualan; y las que no lo excitan, no desigualan, por mucho que distingan.

Salud

Al sano o al robusto no se le trata con más cumplimiento que al enfermo o al débil. Al contrario, los débiles o enfermos se condescienden y contemplan más. Bien que como esto no procede de admiración, sino de compasión, no es título para que se eleven, sino más bien para que agradezcan.

Fuerzas

Las fuerzas no pueden ser objeto de mucha distinción. Es muy raro hallar quien sea tan fuerte como dos juntos. Si un débil, a solas con un fuerte, le tiene respeto, es por miedo y no por admiración. El público no le tiene miedo, y así no se le acata. Por débil que sea uno, pretende pertenecerle tan buen asiento como al más fuerte. Las fuerzas, pues, por mucho que distingan, y por mucha desigualdad física que produzcan, no producen ninguna desigualdad moral de la persona.

Hermosura

Aunque es cierto que las mujeres hermosas hallan en los jóvenes mayor acatamiento y fuero que las feas, las demás personas no hacen esa distinción, y por tanto la hermosura no es objeto natural del rango.

Virtud

Aquí se entiende por virtud la cualidad del timorato. Éste se hace amable, pero no infunde cortedad al circunstante, antes al contrario, la misma confianza que se tiene de su justificación y mansedumbre, alienta a tratarlo con más llaneza. A excepción de los que tienen nombradía de hacer milagros o participar del poderío de Dios, ningún timorato tiene séquito, es decir, ningún timorato excita aquella deferencia y acatamiento que es el constitutivo de la desigualdad. El que por la mera fama de virtuoso, se abrogase licencia y superioridad en el trato, no pareciera virtuoso, pues entendemos que la virtud debe ir acompañada de la humildad. La virtud no es cualidad que mueva a nadie a envidia, porque cada cual puede tenerla si quiere, y nadie envidia aquello que está en su mano.

Habilidades

El ansia que se tiene por las riquezas consiste en que las riquezas son objeto de un uso general, perenne y duradero. No están en ese caso las habilidades. Pocas de ellas son objeto del [80](#) ansia general, y mucho menos de un [81](#) ansia vehemente y perenne.

El que no sabe bailar, tocar, pintar, ni tiene ninguna habilidad, pretende no obstante tan buen asiento como el que tiene esas u otras habilidades. Las habilidades, pues, no infunden en los circunstantes aquella cortedad y acatamiento que constituye la desigualdad espontánea.

Valor

Entendiendo por valor el mero no temer la muerte, no infunde desigualdad alguna. Cualquiera arriesga la vida o se acostumbra a ello con mucha facilidad. En la tropa veterana es muy raro el soldado cobarde. Cualidad, pues, tan general y fácil de adquirir, no puede producir desigualdad alguna.

Pero entendiendo por valor aquella serenidad, tino y desembarazo que es efecto de tener talento marcial, esto es, de tener talento para entender la situación y operaciones del enemigo, hacer las que convienen para burlarla o vencerlo, y ganar la confianza y ascendiente de las tropas y de los pueblos, esta habilidad, esta arrogancia y talento, como que muestra un [82](#) alma superior nacida para acaudillar [83](#) las naciones y hacerse dueños del mundo, es la que admira más y mueve mayor ansia. Nada infunde mayor respeto a los

compatriotas⁸⁴ y a sus enemigos que un caudillo semejante. Toda la tierra tiembla de respeto a los pies de un héroe. Y definido de esta suerte el valor, es la cualidad que mayor desigualdad produce. El imperio parece pertenecerles a los héroes naturalmente. Todos sienten una propensión interior de ponerse bajo sus banderas; todos admiran al conquistador aunque sea un bárbaro y desalmado; todos, por un movimiento espontáneo, se le hincan de rodillas; y el derecho de conquista, en medio de ser ajeno de la razón seca, es un derecho respetado naturalmente, no por fuerza, sino por el acatamiento espontáneo que mueve aquél, en cuyo carácter, ventura o talento se ostenta el pregón de la naturaleza que lo destina a capitanear y a señorear sus semejantes.

Sabiduría

El heroísmo militar y el político se envidia o es objeto del ansia general en virtud del flujo que tenemos todos por capitanear a los demás, por dirigirlos y llevar la voz en todo. Por extender, digámoslo así, nuestra voluntad a los pechos de los demás. Procede, en suma, del flujo innato⁸⁵ por ser el centro de la armonía en que se subordinen espontáneamente nuestros semejantes. La sabiduría se hace envidiable por razón de la curiosidad que nos inquieta y que, sin disputa, es uno de los flujos naturales. Todos desean saber qué son los cielos y los astros, qué cosas hay abajo de nosotros en las entrañas de la tierra, cómo se forma o quién arroja el trueno, el rayo, la lluvia, de qué modo se hacen los eclipses, qué vivientes nos acompañan en este mundo, y qué podrá ser de nosotros en muriendo. El que en la opinión de las gentes entiende de esto, se llama un sabio.

Como el vulgo no tiene alcances para inquirir estos objetos por sí, mira como hombre de otra esfera a aquél que está en concepto de entenderlos. Le parece debe gozar mayor felicidad quien penetra en cosas de tanta ansia. Y así la astrología, la medicina, y el sacerdocio constituyen unos rangos tanto más respetados cuanto más ignorante es el vulgo. A proporción que éste se ilustra, decae la admiración y el viso de aquellas profesiones o clases hasta mirarse como ridícula la primera, como sospechosa la segunda, y como más humana la tercera.

En los pueblos cultos, la abundancia de letrados, la proporción fácil para serlo, y la reflexión de que los conocimientos no provienen tanto de superioridad de entendimiento como de educación y de trabajo, disminuyen la admiración y rango de los hombres de letras, hasta no hacerse caso sino de los talentos muy sobresalientes y originales.

Pero como el vulgo carece de la lectura que se requiere para conocer quién es un talento original, y quién un mero aprendedor o como pregonero de aquello que los otros han escrito, es imposible distinga ya a los que propiamente merecen el nombre de sabios. Y así no forma de suyo juicio de ninguno.

Los sabios, pues, en los pueblos cultos no hallan distinción y acatamiento sino en los que pueden graduarlos, es decir, en la gente fina, principalmente en los ricos. El aprecio de

los de las clases altas es lo que excita a los de las bajas a acatarse y a tener en alguna consideración al sabio.

La desigualdad producida por la riqueza depende de la admiración que se hace de ella. Y el admirarla dimana de la idea palpable de su utilidad, y del perpetuo y transmisible descanso y dicha que proporciona. Cuanto más pobre es uno, tanta más idea tiene de la riqueza; pero cuanto más ignorante es uno, tanta menor idea tiene de la sabiduría. Lo general del público es tener mucha ignorancia y pocos haberes. La sabiduría, pues, excita en el público menos admiración y menos acatamiento que la riqueza: quiere decir, la sabiduría desiguala menos que la riqueza.

Si se intentase algún distintivo solemne de la sabiduría, no podrían conferirlo con conocimiento sino los mismos sabios. Aquellos a quienes se les confiriese el distintivo, se acarrearían la envidia y la murmuración de los otros literatos que, descreditándolos por todas partes, destruirían en el vulgo el concepto que les infundiese el distintivo. El distintivo, pues, perdería el significado que se le intentaba, y no argüiría clase de sabio sino, cuando más, una clase política de otra especie. Es imposible establecer distintivo solemne de sabiduría.

El mismo discurso se puede aplicar⁸⁶ a cualquiera otra cualidad que sea difícil de graduar o conocer.

En la virtud concurren circunstancias particulares para hacer más imposible el exteriorizarla con distintivos.

Virtud, propiamente, quiere decir, no una cosa mediana, un mero cumplimiento exacto de las obligaciones, sino una cosa sobresaliente, extraña, extremosa, unos rasgos particulares que hagan eco. Cada estado, cada profesión, necesita sus cualidades particulares. El soldado necesita el valor, y el religioso la mansedumbre; el juez la severidad, y la mujer el agrado; el secretario la reserva, y el niño la franqueza; el cirujano la crueldad y el enfermero la compasión; el poderoso el esplendor, y el pobre la parsimonia; el hombre del campo debe ser duro, y el de la ciudad debe ser blando. Unas virtudes son incompatibles con otras, y el reunir las todas en una persona es tan imposible como el recibir en ella todos los oficios. Cada cual cree que su oficio es el más importante y necesario, cada cual da la preferencia a las cualidades morales más propias de su estado; nadie une con el que no es de su igual, nadie se pasma sino del que brilla en lo que él conoce. Por consiguiente, poner distintivo a las virtudes interiores de ningún individuo es desazonar a los demás. Nadie puede aprobar semejante distinción. Y un distintivo de ese género nunca puede ser condecoración, si no se le agrega alguna otra cosa. En cuyo caso, la clase sería por lo accesorio, no por la virtud.

Pero puede exteriorizarse ya tanto de suyo una cualidad, que también sea en vano el distintivo. Luciendo el sol, es en vano anunciar que es de día. A los de mucha estatura sería ridículo ponerles ninguna señal para distinguirlos de los enanos. La práctica de los antiguos Romanos en solemnizar la vestidura de los muchachos para distinguirlos de los adultos, no tiene otra defensa sino la especie de sacramento que se celebraba al

declararlos varones. En los pueblos ilustrados sería muy ridículo instituir distintivos de edades. La curiosidad y el asombro general hacen conocer harto a un héroe sin necesidad de distintivos. La riqueza es la única cualidad que luzca con los distintivos en los pueblos grandes. El capítulo siguiente apurará la naturaleza de los distintivos.

CAPITULO XIV

De las desigualdades facticias

1º Por inferior que sea uno, y por pronto que esté a ceder su asiento a quien sea más que él, si éste se adelanta a tomarlo, lo pide con imperio, es natural negárselo y decir: «yo soy tan bueno como el rey».

Esto significa que la raíz de la desigualdad, o de la superioridad del derecho de trato, está en el acatamiento espontáneo del inferior. Y el que olvida este origen de su fuero, el que atribuye a su mejoría propia lo que no dimana sino de la bondad; o hablando en rigor, de la ilusión de los otros, este tal se excede, insulta, y queda desaforado en el mismo hecho.

De esta suerte, la naturaleza ha establecido una dependencia recíproca entre el superior y sus inferiores. Hace muy sabiamente que éste no pueda exigir un derecho que sería en vano querer forzarlo, porque por más que se haga, en el momento que los inferiores dejan de acatarse, queda el superior vendido.

Como la superioridad es una relación de uno a muchos, claro es que si la naturaleza hubiera querido que la exacción del acatamiento le perteneciese al superior, lo hubiera armado de mayores fuerzas o poderío al modo de los Dioses, para que, lanzando rayos o sublevando los elementos, pudiese forzar él mismo su derecho.

Penetrados de este principio más que nadie los reyes, se van con mucho pulso cuando hablan al cuerpo de sus vasallos: mezclan comúnmente al atributo de señor el de padre para no parecer que se creen de mejor naturaleza o condición que ellos.

El trato entre rey y vasallos, entre un soberano y otro, entre nación y nación; entre un cuerpo u otro, y entre una clase y otra, está sujeto a los mismos principios que el trato mutuo y particular de las personas. Y con razón en el idioma español se comprenden las reglas a ciencia de todos estos casos bajo un mismo nombre, que es el nombre de política. Del mismo modo y por las mismas causas que se mantiene o altera la paz en una casa, en una tertulia, en un vecindario, se mantiene también o se rompe el sosiego y el orden público en las naciones.

En una casa o concurrencia urbana se distribuyen los asientos y se hacen los agasajos y cumplidos con proporción, no sólo al rango o connotados⁸⁷ de cada cual, sino también al orgullo, digámoslo así, de los demás. Y aquél que hace cabeza se abstiene de toda preferencia y distinción que no es precisa, so pena de desazonar a todos.

Lo mismo sucede en el público de una nación. El que en ella hace cabeza, no mira a cada uno con los mismos ojos, mas les tiene respeto a todos. Y así, no reparte los asientos, los agasajos, los cumplidos, con arreglo sólo a los connotados⁸⁸ de cada cual o individuo, o cuerpo, o clase, sino también con relación al orgullo de los demás individuos, cuerpos o clases.

El tiempo consagra estas costumbres; de costumbres pasan a ordenanzas; el trato público se solemniza, y cada clase pugna por conservar sus preeminencias solemnizadas. Pero los institutos del trato público hechos en tiempos menos finos no pueden tener la delicadeza que se requiere luego en cuanto las naciones se cultivan, a la manera que aquellos modales hebreos que parecían bien en el atrasado tiempo de nuestros abuelos, en nuestra época adelantada son chocantes y cerriles, y ridiculizan a la persona rancia que hace hincapié en guardarlos.

Las solemnidades, pues, del trato público de las clases llegan forzosamente con el tiempo a parecer o desproporcionadas, o infundadas e impropias; y como cada cual se vale del brazo del gobierno para forzar sus ceremonias y preeminencias, estos distintivos, perdido ya su carácter de espontaneidad, parecen no tener otro fundamento sino las arbitrariedades del gobierno. El gobierno, en consecuencia, se cree árbitro absoluto de las distinciones y jerarquías, las multiplica sin tasa, y las da y las quita según las pretensiones e intrigas de los individuos y queriendo, tal vez, fomentar, destruye el orden.

Es tan fácil como importante el probar que todas las condecoraciones civiles, las insignias, las cruces, los privilegios, los tratamientos, los uniformes, y cuantas otras puedan inventarse, no tienen valor sino en cuanto son solemnidades de la distinción o desigualdad espontánea de la naturaleza, de suerte que, creadas, aumentadas, o conservadas, o quitadas sin arreglo a esta su basa, producen un efecto contrario al de su intento. Pudiéndose decir que los arbitrios inventados para exteriorizar o realzar las jerarquías son la ignorante máquina que las mina.

2º Los privilegios arbitrarios, como por ejemplo, el de no pechar, aunque quizá pueden tener un origen muy fundado, como cuando conquistando algún pueblo, los vencedores echan el gravamen sobre los vencidos y quedan ellos exentos, sin embargo luego que se pierde de la memoria este origen, el privilegio no puede ser condecoración alguna. Es decir, no hace que los que lo gozan sean por él más admirados y respetados; lo que sí los hace es más odiosos. En España en el día los nobles ricos contribuyen, a proporción de sus necesidades, acaso más que el pobre. Todo el mundo pecha, y no por eso se merece menos.

3º Los tratamientos tampoco hacen clase. Son, cuando más, unas solemnidades que cuadran cuando tienen proporción con el sujeto. Y si no la tienen, dan risa u odio, pero nunca admiración. De tal persona no se murmuraría si no tuviese tratamiento. Y en llegándolo a tener, se hace fisga de todas sus faltas, y nadie que no lo necesite quiere saludarlo. Prescindiendo del mando, tan caballero nos parece el cadete como el coronel, aunque éste tiene tratamiento. El alcalde hace papel por la vara, pero no porque le digan de usía. Su oficio merece cierto acatamiento; la ley ha querido regularlo con una

solemnidad para que nadie se exceda ni se quede corto, esto es, para que ni haya atrevimiento de parte del ⁸⁹ vecino, ni usurpación de parte del alcalde. Pero no dándose el tratamiento sino en los actos solemnes, no hay engrimiento para la persona privada del alcalde. En cualquier junta es comunísimo darse todos usía. Los monjes y eclesiásticos de la primitiva iglesia estilaban darse y recibir unos tratamientos estupendos. A cualquier hortelano o donado de convento se le llama de padre y reverencia, y no por eso es condecoración el ser donado. Por lo contrario, en Inglaterra se estila bien poco el tratamiento fuera de los actos solemnes. Y no obstante, la desigualdad política es tan notable como en España, a proporción de la menor civilización de aquella isla. Los tratamientos son de invención moderna, y la desigualdad viene desde lo antiguo. No eran menos respetados los poderosos cuando carecían de estos lisonjeros tratamientos que, de mucho decir, no significan nada. En Grecia y en Roma antiguamente no había tratamientos, y bien había desigualdad.

4° También los títulos son de invención moderna. Cuando duque, conde, barón y marqués eran oficios o dignidades verdaderas, esos títulos suponían por razón del mando. Ahora que ya no existen los oficios, no se estiman los títulos en el concepto público sino por las propiedades que les están anejas. Para formar idea de cualquier título siempre se pregunta cuánta renta tiene. Títulos sin propiedad, lejos de distinguir, ridiculizan. Bajo de una misma propiedad, tanto apreciamos al título como al que carece de él. Y el que el rey les llame de parientes es como llamar rico al pobre. La única ventaja de la titulación es anunciar con más facilidad la suposición. Con sólo oír que uno es título ya se supone que debe ser persona de alguna cuenta, porque regularmente nadie titula en España sin ser rico. El solo nombre y apellido no anuncian la suposición o riqueza sino para el que la sabe de antemano. El título, pues, pregona o solemniza la distinción, pero no la aumenta, no es distinción de suyo.

5° La ley que impide a los de cierta jerarquía casarse con quien no sea de la misma se funda en que naturalmente los de aquella jerarquía no quieren esos casamientos, y las raras veces que se hacen traen perjuicios. Basta que sean raros los abusos para decir que la ley es ociosa. También aquél cuya pasión le hace no reparar en jerarquía, tiene una pasión ciega, y efectúa el casamiento a todo trance. Semejante ley, pues, es inútil, y lejos de constituir desigualdad, se funda en suponerla. Semejante ley es no más una solemnización de la desigualdad, y por lo mismo de no ser necesaria, da tan en ojos como cuando uno dice sin venir a cuento: «el señor es mejor que Vds.»

6° El ceremonial de cubrirse delante del rey puede ser señal, pero no es constitutivo de la grandeza. Frailes hay que también se cubren y se vociferan grandes, pero no nos lo parecen. No tutearán por cierto a los grandes antiguos ni aun por chanza. Todo lo que el monarca más absoluto puede hacer es un hombre nuevo, pero éste no nos parece grande de repente, si no le da entronque. Dándoselo, lo parece, porque el matrimonio, confianza la más estrecha e irrevocable, iguala las personas conocidamente, y bien que la envidia y la murmuración ofusquen al pronto el brillo de la suerte, la sucesión hace callar y resignarse a todos. El privilegio, pues, con que en España se solemniza la grandeza, no la da.

Nuestros ilustres grandes no lo parecieran menos por no cubrirse. Ni ellos ni el rey ganan nada en ese como alarde de confianza, por la misma razón que un poderoso particular ni gana ni da a ganar a ningún privado amigo suyo usando o sufriendole confianzas en un público.

No son lo mismo confianzas en un público que en secreto. Por notoria que sea la amistad de uno con un magnate, es bochornoso entrar en su cuarto y tener que sentarse, a la sazón que los criados mayores, no inferiores a uno, tengan que quedarse de pie derecho. El hombre avisado demuestra en la cara su martirio, y así desarma los criados. El ignorante se muestra ufano haciendo como alarde de acomodarse bien, y de mirar aquella preferencia como muy merecida, con lo cual, en vez de excitar el respeto, graba un justo rencor en el corazón de los criados.

Todo aquel privado que cuando sale en público con su poderoso hace alarde de confianzas, se desacredita a sí mismo, y desacredita al poderoso. Si los circunstantes son iguales míos ¿por qué razón la he de echar de mejor que ellos? ¿por qué razón les he de cantar en su cara «vosotros no sois tan merecedores como yo»? Pues este canto es el sentido natural del tal alarde. Todos los mentecatos que lo hacen, lo intentan así. Y todos, aun los mentecatos, que lo presencian, son unos lince para penetrarlo. Con las señoras de mérito hay también muchos insolentes que, cuando hay testigos, estudian aire y ademanes de la confianza que no tienen, deseosos del concepto, ya que carecen de la realidad. Las señoras de mundo suelen ser bien finas para cortar estos alevos revesinos. Las de poco aviso o sobrada bondad suelen perder su honra, siendo quizá incapaces de desmerecerla. En la conversación misma que se tenga de los poderosos que se traten o se hayan tratado, el que hace alarde de confianzas que tuviese con ellos, en vez de ganar amor y respeto, se gana el odio y menosprecio. Bien conoce el mismo vano que ofendería a sus poderosos la noticia. Y así suele aparentar misterio, o encarecer neciamente la reserva. Pocos son tan fastidiosos como los que afectan aire de protección y de mucha interminación diplomática, o como el que por un adarme de buena suerte se vocifera ya en los cuernos de la luna. El hombre avisado que ha sido venturoso, si se ve en precisión de mencionar las confianzas o venturas, lo hace con mucha concisión y con los colores en la cara. Bien que en todo hay ardidés. Sin embargo, el que tiene talento y experiencia, a una ojeada descubre estos fantasmones que viven haciendo el búho.

Por fortuna toda persona visible, cuando está en público, se reviste de autoridad naturalmente. Conoce que si los circunstantes, inferiores suyos, son todos de una misma esfera, cada cual de ellos se conceptúa de tan bueno como el privado. Y en consecuencia, para no chocarles el concepto, el poderoso se guarda bien de hacer distinciones, mas reprime las confianzas poniendo el gesto serio. Ésta es una política natural que muchos ignorantes gradúan de quijotería. El poderoso que falta a ella, o que permite que se le atreva uno solo de los circunstantes, se desconceptúa, y hace naturalmente atrevidos a los demás. Hasta los iguales recatan su amistad y confianza cuando están en público. Pareciera mal que amigos, y aun dos hermanos se tuteasen en una junta solemne. Y esto confirma cuán delicadas son las reglas del decoro, y cuánta cultura se necesita para poseerlas con alguna perfección. El trato es no menos difícil con los superiores que con los inferiores. Aquéllos es cierto que tienen en la superioridad un escudo para no ser

talionados del todo cuando tratan mal. Pero les queda la sanción temible del menosprecio interior que conocen en el rostro del agraviado. Y así se andan con mucho tiento, sobre todo si dan con hombre fino en cuyos ojos lean capacidad para volvérselas y sofocarlos con decoro. Delante de éste, el magnate de pocos alcances se siente corto, y todo magnate que se roza con gentes de talento y de firmeza, es prueba de que a él le asiste uno y otro.

Por esta explicación se puede formar juicio de la significación y efecto del cubrimiento de los grandes de España. Es cierto que los que no compiten con ellos no se agravian de esta solemnidad de su jerarquía. Pero de grandes abajo hay una escala imperceptible de personas de viso, muchas de las cuales se creen, y tal vez son, más que algunos de los que se cubren. Por tanto, les choca la distinción, les choca tanto más cuanto su mismo viso les hace mayor el desaire. Todo hombre imparcial da la razón a estos agraviados, haciéndose así odiosa la distinción aun a los que no la envidian, porque aun lo que no nos interesa es natural interesarnos.

También entre los que se cubren hay unos que se creen son más que otros. En todas partes hacen más eco, y consiguientemente debe ofenderles el verse graduados del monarca con igualdad.

El monarca quizá pareciera más majestuoso, si en público no hiciese distinciones. Y si los grandes reciben algún respeto de las confianzas con el Rey, continuarían con él mismo, sabiéndose que las usasen en secreto.

Los grandes de la Grande Bretaña, en medio de no ser, ni con mucho, tan ilustres como los de España, hacen mejor papel en la corte por el voto que tienen en la cámara. De este modo tienen más medios de complacer al rey y de mantenerse bienquistos.

Desde niños oímos decir que la residencia de los grandes en la corte es máxima de los reyes. No son muy políticos los que creen en tal máxima. Antiguamente los grandes eran más grandes y los reyes no eran tan poderosos como ahora; casi parecían y se denominaban⁹¹ sus iguales. Si las cosas estuvieran en este pie, no estaría muy segura la quietud, ni hallándose los grandes dentro ni fuera de la corte. Pero el lujo, haciendo escasas las crecientes rentas de los grandes, éstos no pueden tener el peculio, las generosidades y el séquito que antes. El lujo ha disminuido el viso y poderío de los grandes, y al mismo tiempo ha aumentado el de los reyes. Éstos, en vez de parecer iguales a aquéllos, les son ya como unos Dioses. Los grandes en estos tiempos necesitan la protección de los reyes, y en ningún sistema que se les arregle puede ser su interés contrario a los intereses de su monarca.

Los ceremoniales de los grandes al rey no contribuyen en nada para apoyarle el respeto. En caso de contribuir, quizá fuese más bien para lo contrario. Porque cabalmente los ceremoniales que están a la vista de todos los ceremoniales públicos son los de confianza. Y los ceremoniales de dependencia o servidumbre son secretos. El que al rey se le sirva de un modo o de otro ni le puede dar ni quitar respeto.

La dignidad de monarca crece progresivamente desde el estado salvaje hasta el estado culto. Saúl, al mismo tiempo de ser vaquero, era y parecía rey. En el Homero se ve bien la pequeña dignidad de los reyes al tiempo de la guerra de Troya. Originalmente, rey quiere decir el más poderoso del país. Para que en el trato nadie se le exceda ni se quede corto, es decir, para que ni el vasallo se atreva, ni el rey se engría, es conveniente establecer los ceremoniales. Pero el graduarlos es una cosa muy delicada y cuya teórica no pertenece al presente asunto.

7º La vinculación y acumulación de los bienes en cabeza del primogénito, aun cuando hiciese más durable la distinción en la línea preferida, la aumenta menos de lo que parece.

El que es dueño libre de sus bienes puede especular, acrecentar y lucir mejor que el que los tiene secuestrados. La vinculación es una especie de embargo o secuestro. Y así, daña a los incrementos de la hacienda y al lucimiento y distinción del poseedor.

Libres los bienes y repartidos por igual entre los hermanos y hermanas, es cierto que al pronto el hijo mayor tendría menos pertenencia. Pero por otros lados y a la larga tendría unas compensaciones que valen bien la pérdida.

Las hijas de los hombres pudientes irían tan ricas al matrimonio como sus hermanos. El primogénito que se casase, como es regular, con una hija de igual familia a la suya, hallaría un dote tan grande como su legítima. Por tanto, la pérdida del mayorazgo no sería sino la mitad de lo que parecía a primera vista.

El bello sexo resucitaría con esta saludable providencia. Es una afrenta para todo hombre de mérito el ver que no se presenta otro sexo cuya voluntad ganar, sino un sexo que, sitiado por hambre, pasa la primera juventud con el ojo siempre largo para, a la más mínima insinuación, rendirse atropellado de la dicha a un zafio mayorazgo. Es imponderable lo que ganarían la dignidad del bello sexo, la moralidad de las pasiones y la delicia mayor de un hombre, si de golpe se quitase del medio la miserable corruptela de la primogenitura donde no hay estados políticos que heredar. ¿Qué ha de hacer una mujer fina al lado de un hombre que, destinado desde la cuna a ser una máquina de la continuación de la familia, se crió contemplado desde la niñez, sin querer sus padres alargarlo a un colegio donde los de su misma edad le enseñasen de modo; ni aun perderlo de vista un solo día, mas bloqueándolo en la casa con un grosero cordón de criados, y atraillándolo⁹² por fuera con uno de ellos, o cuando más, dándolo a la férula de un capellán, incapaz de otra cosa que de enseñarle a persignarse y a ayudar a misa; porque bien claro es que, teniendo tanta salida los clérigos, es harta información de torpe el allanarse por una miseria a tal humillación? ¿qué ha de hacer, digo, la mujer fina al lado de un pariente punto menos que salido de la dehesa, y que en vez de dejarse cepillar y corregir, está persuadido que el mayorazgo, que te sujeta tantos mozos de labor, le da fuero para gobernar la mitad del mundo, cuanto más a una melindrosa mujerzuela que, a no ser por él, pereciera de hambre? En Inglaterra, no obstante de no ser la pasión tan fina como entre nosotros, es muy raro el adulterio, no habiendo a qué atribuirlo sino a ser rarísimas las vinculaciones. Acomodadas mejor las doncellas, se harían más difíciles, y el

hombre tendría que hacerse más digno para granjearlas. Por consiguiente, el matrimonio, la pasión, y la familia serían finos y felices.

Quitado el apoyo de la vinculación, los padres buscarían por fuerza un nuevo apoyo del esplendor de sus⁹³ descendientes en la economía, en la aplicación, en el juicio, y buen gobierno, y principalmente en el esmero por la educación más útil de los hijos. Los parientes todos aumentarían y lucieran a la par, y en ninguna familia de consideración hubiera esta carga de parientes pobres y viciosos que la degradan, mas ellos saldrían de la desidia. Porque el ser desidiosos procede conocidamente de falta de medios para emplearse con una utilidad que merezca la pena. La familia, pues, del pudiente brillaría mucho más que ahora, porque si el primogénito hacía menos ruido, también que el apellido se difundiría con decencia, se afinaría más aprisa, y camparía por el entronque con un número siempre creciente de familias finas, sin suceder lo que en el día, que, con el casamiento de los segundos, a cada generación va el apellido a menos.

Los hermanos, no habiendo el fuero de primogenitura que los extraña y les hace desearse la muerte, se querrían con más sinceridad, y el que tuviese mala suerte, hallaría en su multitud de parientes acomodados arriño para recobrase. Entre tantos parientes cultivados y aplicados con utilidad era más probable el engrandecimiento de uno u otro que no ahora, que casi ninguno de ellos tiene fomento ni cultivo.

Que los bienes del padre repartidos entre hijos más aplicados, ilustrados y económicos producirían más que entregados a un solo hijo estúpido e indolente, es una cosa demasiado clara. No es mucho suponer que produjesen doble. Y admitiendo esta cuenta, el primogénito no perdía en rigor sino la mitad de lo que dijimos, es decir, la mitad de la mitad de lo que a primera vista parecía. Y si a esto se agrega la ventaja del mayor dominio que tuviera de sus bienes en aboliéndose la vinculación, resulta en limpio que el primogénito, aun no haciéndose caso de sus ventajas morales, sino contando sólo con lo económico, perdiera o nada, o muy poco. Pero lo moral hace mucho peso para quitarlo de la balanza. Y aun cuando tenga algo de alegre la cuenta, el fomento de los hijos segundos, de las hijas y del todo de la familia merece bien algún sacrificio de parte del primogénito. Pudiéndose concluir que la ley suntuaria de la naturaleza es la libertad de los haberes, y su igual repartición entre los hijos.

También, abolidas las vinculaciones, se hiciera más imperceptible, es decir, más larga o extensa, la gradación de las clases. Y consiguientemente se afinaba y se hacía de mayor eficacia la máquina que la naturaleza emplea para el progreso de la cultura.

Los aumentos de cada casa rica no se estancarían en ella para ser el pillaje de los apoderados y mayordomos y quedar eternamente yermas las haciendas. Mas se repartirían con el matrimonio a otras casas que, si hoy por casualidad eran indolentes, mañana se aplicarían. En vez de que ahora nadie quiere acumular gastos en unas mejoras que no es dueño de vender, y cuyo producto no lo disfrutarán sino sus nietos.

Habiendo libertad de bienes, las casas viciosas que fuesen disminuyendo, no arruinarían a sus acreedores con eternas moratorias. Las casas que creciesen, ellas mismas se buscarían

mutuamente para emparentar. Y bien pronto nacieran muchas más casas tan opulentas como las del día.

En la China no hay vinculaciones. Y sin embargo, no sólo se conservan allí las casas más antiguas del mundo, sino que los grandes de Europa son unos pelgares en comparación de los de aquel opulentísimo país.

El aumento o conservación de la riqueza sería entonces un efecto de la aplicación y del gobierno. Y no diera en ojos el ver a muchos de estos opulentos abrumados de riquezas a pesar de su indolencia y despilfarro, y sin saber por qué, si no es a costa de la felicidad de cientos de parientes, que sucesivamente lo pasaron ajeando⁹⁴ de hambre en esta vida, y que se fueron a la otra poniendo el grito contra el brutal regodeo del estúpido mayorazgo.

Si se viese que la desigualdad de cuna era un efecto espontáneo de la aplicación, del acierto, o de la buena suerte del trabajo de los ascendientes de cada cual, a nadie le chocaría la diferencia, por enorme que se hiciese. Pero como la vinculación, a pesar de no aumentar en nada la superioridad de la cuna, muestra una parcialidad injusta por aumentarla, hace parecer que la desigualdad de cuna proviene de la injusticia de las leyes. Y en consecuencia hace odiosas las desigualdades extremadas a las clases medias que, por razones que aquí no vienen, son las que a la corta o a la larga dan la ley. Seguro está que en la China, si se conserva la libertad de bienes que dicen, le ocurra a ninguna persona mediana el bárbaro proyecto de quererse igualar con unos grandes cuya opulencia y cuyo brillo es el fruto gradual de la economía y de la aplicación de sus antepasados.

8º La tendencia de las ejecutorias, escudos de armas, y cruces, bien que sean de un origen muy loable, es de oscurecer la distinción o desigualdad espontánea de la naturaleza. Para obtener espontáneamente la consideración pública, como se dijo en el capítulo VIII, no basta el dinero. Pero con éste todos se hacen de ejecutorias, escudos de armas y cruces. Raro de los que prueban antigua nobleza la tiene. Y aun cuando la hubiesen tenido sus visibles antepasados, ¿por qué razón la ha de tener el descendiente remoto, si es ya un sujeto oscuro? Las solemnidades, que acaso cuadrasen con el viso espontáneo de aquéllos, no cuadran ya con la oscuridad de él. Forzarlas todavía es envilecerlas, y derogar el viso de los que las disfrutaban con buena proporción.

Las cruces y veneras no pudieron ser originalmente una condecoración, sino una divisa. ¿Se acabó ya el intento para el cual se ponía esa divisa? ¿Pues a qué fin ponerla todavía? Si por memoria es, tampoco se entienden los huesos de los que nos hicieron el mayor beneficio, que es el de ponernos en el mundo. En no siendo absolutamente necesaria una distinción, ultraja tanto a los que no la tienen como cuando uno dice sin sustancia a otros: «yo soy mejor que Vds.»

Otro tanto debe decirse de los uniformes, principalmente de aquéllos cuya pompa no es proporcionada con el equipaje, vivienda y facultades de los que lo llevan, aunque no tengan ellos que costárselo. En España en estos últimos tiempos se han hecho tan comunes los uniformes, que casi es ya uniforme el no tenerlo. Pocas cosas son tan

ridículas como el ver a algunos que, de pura hambre, carecen de fuerzas para soportar el peso de sus bordados y galones. Si el lumbroso traje no los atara, quizá no se desdeñarían en los ratos que les vagan de aplicarse a ganar un medio jornal por ayuda de sus obligaciones, y no que imposibilitados a esto, están siempre entre sus polvos y galones meditando cualquier crimen o bajeza, borrando así la idea de la justa distinción de aquéllos con cuyo rango se les exterioriza, y consiguientemente propendiendo a persuadir que todo el mundo es igual.

Hasta los particulares ponen distintivo a sus criados. En Inglaterra los criados, que llaman mayores, pero que sirven a la mesa de un mero y mediano comerciante, llevan charreteras como nuestros capitanes. Enhorabuena pónganles por la casa lo que quieran. Pero ¿por qué nos han de venir persiguiendo por las calles con la importunísima noticia de: «ése y aquél son mis criados»? Y al pobre criado ¿con qué justicia se le exterioriza solemnemente la miseria de servir a un amo que acaso no sea tan bueno como él? En España, en su propio pueblo, no hay nadie que quiera ponerse de librea. Y si el criado hace vanidad de la servidumbre, ¿por qué título se le ha de estimular a la audacia, pregonándole con la ropa la protección y el valimiento de su amo?

9º De todo lo dicho se deduce que las condecoraciones artificiales, estando bien reglamentadas, equivalen, cuando más, a la uña que se dejan crecer los Chinos que no ejercen oficios mecánicos, y la base de todas las distinciones facticias es la distinción espontánea. Ésta es, pues, la que debe consultarse escrupulosamente para regular aquellas solemnidades que pueden ser precisas. No hay duda que lo son algunas.

Si tratamos con distinción al poderoso, es claro que el magistrado debe tratarlo con la misma. Si nos guardamos de andar a mojicones o a palos con la gente de honor, también debe guardarse el magistrado ¿Usamos cortesía, agrado y condescendencia con el bello sexo? Úselas también el magistrado ¿Desconfiamos de la palabra, y aun del juramento del hombre de baja esfera? Desconfíe también el magistrado. En esto el magistrado seguirá el voto general, y nadie estará quejoso. No haciéndolo así, su conducta no corresponde con la expresión común de la voluntad natural de todos, y por tanto se aparta de la ley.

Un hombre sin camisa que se encuentre con la mano en el bolsillo ajeno, o escalando una casa, se supone es para robar. Si un opulento se viera en las mismas diligencias, nadie diría que era para lo mismo ¿Por qué, pues, lo había de decir el magistrado? Un honrado padre de familias que no pueda huir sin perderse, y prometa ir al arresto, irá; un pobre vagabundo no irá ¿Por qué, pues, porque se emplee con éste la fuerza, se ha de emplear también de aquél? ¿por qué razón el magistrado no ha de distinguir de casos? Se distingue el niño del adulto, el loco del cuerdo, la hembra del varón, y ¿no se ha de distinguir el hombre de honor del hombre perdido?

No es lo mismo poner a la vergüenza sin testigos que con ellos. Lo segundo es mayor afrenta. Esto da idea de lo que es el hombre oscuro comparado con el visible. Al uno lo reparan pocos, al otro muchos. El uno no tiene rango que perder, el otro lo tiene. Luego, en igualdad de pena personal, es más afrentado, es más castigado, el más visible. Y por

tanto toda ley penal igual es injuriosa para las clases altas. Al contrario, en punto de exacciones o multas pecuniarias, toda ley o sanción igual es desigual para las clases menos pudientes. Conforme, pues, la equidad manda hacer distinción en lo económico a favor de las clases pobres, así también la equidad manda hacer distinción en lo personal y político a favor de las clases distinguidas.

Si las distinciones en lo económico se dejasen al arbitrio del magistrado, habría interminables quejas. Por esto la ley hace sus regulaciones prudenciales, y solemniza la cuota económica, la exacción, contribución, o pena pecuniaria de cada clase.

Por la misma razón y aun por razón más delicada, si las distinciones personales o políticas estuviesen puramente a la discreción del magistrado, habría muchas y más amargas quejas, porque el agravio en lo personal o político hiere mucho más vivo que en lo económico. Por tanto es forzoso que la ley señale y solemnice la cartilla del trato que el magistrado haya de dar a cada clase en cada caso. Y que esta cartilla se vaya corrigiendo de tiempo en tiempo según el estado del país.

Por esto, por ejemplo, en Inglaterra está establecido que no se ejecute por deudas a ninguna casada. En España al título no se le puede poner en cárcel pública, al noble no se le puede poner la mano ni impedir el uso de ciertas armas, y hay otros muchos estatutos por este estilo, unos bien, otros mal o bien fundados, y cuya enumeración y revista no es aquí del caso. Bastan los dichos para explicar la naturaleza de ellos, y para hacer palpable que la desigualdad espontánea exige esencialmente varias desigualdades solemnes de parte de la ley civil en lo personal y en lo político. Y no importa, ni nos entremetemos aquí en aprobar o criticar las desigualdades particulares solemnizadas o abolidas en ningún país. Debiéndose entender que lo que se ha censurado de algunos usos, unas veces nacionales y otras extranjeros, no ha sido con ánimo de remorderlos o de dar un voto inoportuno, sino tan sólo con el de desentrañar la significación y esencia de las desigualdades facticias que han sido el objeto de este capítulo y de todo el libro.

10° Estas solemnidades se aumentan naturalmente con la cultura, porque con ésta se aumenta y se multiplica en unos casos, y se disminuye en otros, la desigualdad espontánea que es la base de ellas. Así, el fuero del bello sexo se aumenta con la cultura, porque ésta le aumenta al varón la pasión y los celos que son la raíz de aquel fuero. Al contrario, el fuero de la edad mengua con la cultura, porque con la ilustración y los medios que ésta proporciona, un joven bien criado adquiere más racionalidad o se hace más persona que los ancianos sin educación.

Pero no puede encarecerseles demasiado a los gobiernos la moderación y el pulso tanto en la institución de nuevas solemnidades como en la reforma de las antiguas, las cuales notoriamente deben ser defectuosas por razón de su antigüedad. Es decir, por haberse establecido en tiempos en que la cultura y consiguientemente las distinciones o desigualdades espontáneas estaban en muy otro estado.

Pocos premios serían más bien empleados que el que se adjudicase al buen patricio, que teniendo talento, finura y ocio, deslindase parcial y claramente la propiedad de nuestros actuales ceremoniales y solemnidades.

En este libro no se habrá hecho poco, si se ha acertado a abrir el hasta aquí desconocido camino de la política, y sentado los verdaderos preliminares para que puedan avenirse los que lo intenten de buena fe.

FIN